

¿Y SI TUVIERAS UNA SEGUNDA
OPORTUNIDAD?

FELIZ

VIDA

LORENA FRANCO



Dedicado a todas las personas
a las que me gustaría volver a abrazar.

Copyright© 2016 Lorena Franco

Registro Propiedad Intelectual B -5379-03

Capítulo 1

MORIR ES FÁCIL

(Encontrar la puñetera luz, no tanto)



¿Sabéis ese tipo de chicas guapas, sexys, inteligentes, altas... que sin embargo van por el mundo sin creerse que tienen esas cualidades? Bien, pues yo no era de ese tipo de chicas. Con dieciséis años desfilé en las mejores pasarelas internacionales y con veinte, me instalé a vivir en Nueva York. El sueño de toda modelo, convertirse en “Top Model” a una temprana edad y vivir en la ciudad de los rascacielos, la ciudad que nunca duerme. Todas las modelos sabemos que con treinta años, estás muerta. La cuestión es que yo con veintiocho años y a punto de firmar un contrato millonario con una de las mejores marcas de lencería, morí. Y no metafóricamente.

Era una soleada mañana de junio de 2012. Ese día me levanté temprano, a las once de la mañana. Mi abuela siempre decía que a quien madruga, Dios le ayuda... creo que estaba equivocada. Hice un poco de yoga, desayuné un batido de frutas, un cereal integral de una bolsa que debía tener en el armario desde hacía años... me di una ducha y me vestí. Algo informal, algo desaliñada, pero a la moda. A pesar de vivir en un onceavo piso, siempre usaba las escaleras. Nunca el ascensor. Regla número uno si quieres tener un trasero duro y no lleno de cráteres llamados celulitis. Maldita la hora y el momento en el que hice lo que siempre vi en las películas... Un día importante, un sol brillante, un cielo despejado... y la protagonista de la historia se detiene en la entrada del edificio donde vive, mirando al cielo con una amplia sonrisa. No demasiado, salen arrugas... pero sí más de lo normal en mí. La sonrisa desapareció en cero coma segundos, cuando vi caer a una velocidad ultrasónica, lo que parecía ser una tostadora. También vi una escena parecida en una película y me dije: ¡será estúpida! ¡Apártate! ¡Venga! ¡Vas a morir! Es muy fácil criticar a los personajes de una película pero cuando hablamos de la vida real... ¡JA! Es otra historia. Al igual que aquella protagonista de cuyo nombre no me acuerdo y mucho menos de la película en la que lo vi, me quedé paralizada, embobada mirando como esa tostadora iba a caer encima de mí inminentemente. Hasta que en un momento... el impacto fue demasiado salvaje como para sobrevivir a algo así; aunque lo cierto, es que hubiera podido sobrevivir si no me hubiera torcido el tobillo, el tacón no se me hubiera roto y yo no hubiera caído golpeándome la cabeza con el

bordillo de la acera. Tuve un novio médico hace mil años, al que le fascinaba hablar de la muerte. Él decía que el oído era el último sentido que perdemos. Así que me dio tiempo a escuchar gritos, zapatos acercándose a mi cuerpo moribundo y ensangrentado... e incluso a Roberto, el chófer peruano bajito y regordete, que me esperaba tres pasos más allá de donde había tenido el accidente. Escuché que decía “*¡Señorita Laura, le dije que se apartase!*” Sí, yo también se lo dije a la de la película y mira... claro que a ella le cayó una estufa... es lo que tiene el cine, lo exageran todo.

De repente, tuve la sensación de estar flotando o algo por el estilo. Lo decía “*Casper*”... Morir es como nacer, pero al revés. Fue una especie de sacudida, una sensación muy extraña que no puede compararse con nada de lo que conocemos cuando estamos vivos. Mi cuerpo estaba en el suelo, ensangrentado y sin vida, podía verlo. Rodeado de desconocidos que seguramente recordarían ese momento el resto de su vida. Yo no, o al menos eso esperaba... un momento que hubiera querido borrar para siempre. Si lo hubiera llegado a saber, al estilo informal y desaliñado que tanta fama tenía entre las modelos, le hubieran dado por saco. Tal vez hubiera elegido para la ocasión un vestido Gucci maravilloso que me regalaron en la semana de la moda de París. Así pues, ya no sentía mi cuerpo como el que estaba tumbado en la acera de la calle. Simplemente, no sentía estímulos humanos y al intentar mirarme en el cristal de la puerta de la entrada de mi “ex” edificio, no podía ver mi reflejo. Sí, estaba muerta. Quise hacer alguna bromita a los primeros asistentes de mi defunción, pero aún no era lo suficientemente experta como para mover cosas sin tocarlas... algo que en vida por cierto, se me llegó a dar de maravilla...

Tras cinco interminables minutos, llegaron dos escandalosos coches. El de la policía y la ambulancia. Faltaban los bomberos para hacer un cóctel explosivo. Si hubiera estado viva, seguramente hubiera coqueteado con el primer policía que bajó del vehículo, apartó a la gente y con gran pena observó mi cuerpo sin vida. ¡Que mal trago! Quise recordar qué ropa interior me había puesto ese día y si estaba cien por cien depilada. Pero me di cuenta que la memoria del alma no es la misma que la del cuerpo físico, hay detalles que se nos escapan y padecemos una pérdida de memoria repentina de las cosas materiales que hemos dejado al otro lado. Un lado que yo podía ver desde el mío, pero a mí no me podía ver nadie, al menos no los vivos.

Esperaba algo así como una luz o incluso el fantasma de mi abuela, que en vida siempre me decía que cuando muriera, me estaría esperando... ¡Que ganas! Acostumbrada a ser el centro de atención, tenía que adaptarme a quedarme en esos momentos en un segundo plano... claro que por otro lado, mi cuerpo físico e inerte seguía siendo el protagonista, aunque no estuviera en sus mejores condiciones. La pose del pie y la cadera no me favorecía en absoluto.



Miré a mi alrededor tratando de encontrar alguna explicación. Pero no la había. La escenita se estaba convirtiendo en algo demasiado dramático para mí. ¿Qué era lo que tenía que hacer? Abandonar ese lugar. Sí, sin duda alguna. Debía abandonar el cuerpo que ya no me pertenecía e irme a... ¿dónde? Estaba perdida. Me dio mucha pena dejar un cuerpo al que le tenía cierto cariño... lo había maltratado durante mucho tiempo haciéndole pasar hambre, fumando cientos de cigarrillos y bebiendo gin tonics, manhattan's y mojitos... ¡Mmmm! ¡Mojitos! Si lo llego a saber, le hubiera dado un par de cereales más esa mañana.

-¡Hola! ¡Holaaaaa! ¡He muerto! ¿No se supone que alguien tiene que venir a buscarme? ¿A guiarme?

Por mucho que gritara pidiendo auxilio, nadie me escuchaba. Ni los vivos ni los muertos. Así que decidí dar un paseo. Fue una experiencia muy, muy curiosa.

De repente, me encontraba en la calle 72, sin saber cómo había llegado hasta allí. Me detuve en medio de la calle a observar. Observaba miradas, pasos frenéticos, tristeza, alegría, buenas noticias, muchas malas noticias... ¡Podía incluso escuchar los pensamientos de muchas de las personas que pasaban delante de mí sin percatarse de mi presencia! Oh Dios mío... Sí, estaba muerta. Muy muerta. De no ser así, el hombre cuarentón trajeado que pensaba en los miles de millones que su compañía ganaría ese año mientras hablaba por teléfono, me hubiera dado un repaso de arriba abajo. Me hubiera ido a tomar unos gin tonics con él, nos hubiéramos casado y cuando le hubiera sacado toda la pasta, me hubiera ido con un jovencito a las Bahamas... ¡La vida! Que bonita hubiera sido...

Y apareció el primer muerto al que conocí. John Lennon. Llevaba unas gafas muy retro y unos pantalones acampanados ideales en la década de los 70. En un desfile llevé unos similares de cuadros, pero lo cierto es que me horrorizaban.

-Hola Laura, soy John, John Lennon. Eres nueva ¿verdad? –asentí. Siempre he odiado ser la nueva. -¿Cómo te encuentras? –su tono de voz era muy pacífico. Resignado a vagar por las calles de Nueva York hasta la eternidad. ¿Era ese mi destino quizá?

-No muy bien. No sé qué hacer. Pensaba que vendría a buscarme mi abuela o algo así pero nada... ni ángeles, ni demonios, ni luz... nada.

John Lennon empezó a reírse. Estuvo riéndose de mí durante mucho tiempo. Pero claro, el tiempo es relativo y en ese mundo paralelo al de los vivos, estaba empezando a comprender que simplemente no existe. Ni tiempo, ni espacio, ni gravedad...

-Bueno, ¿vas a ayudarme de algún modo, señor Lennon?

-Ojalá pudiera. Estoy aquí desde hace más de treinta años. He visto como ha cambiado Nueva York y sus gentes y nadie me ha venido a buscar. No sé como demonios se sale de aquí. Imagino, querida, que estamos atrapados.

-¿Entonces así es la muerte? Te quedas aquí, sin saber que hacer? ¿Atrapados?

-En mi caso sí, Laura. Pero creo en el destino. En el destino de cada persona y seguramente el tuyo no es el mismo que el mío salvo que los dos estamos muertos. A lo mejor debes vagar por otro lugar.

-¿Vagar por otro lugar?

-Sí querida, esta zona es mía. Y parte de Central Park también. –el tono pacífico de John se había convertido de repente, en algo maléfico. Daba un poco de miedo, la verdad. Sus ojos pequeñitos parecían enfurecidos pero a la vez, resignados y tristes. Muy solitarios. ¿Era así la muerte? ¿Solitaria? ¿No había fiesta, alcohol y rock and roll en el cielo?

-¿Y donde quieres que vaya? Adoro Central Park pero la verdad... no era esta la idea que tenía de la muerte.

-¿Qué te pasó?

-¿Sabes mi nombre como por arte de magia, pero no sabes que me ha pasado?

-Sí, pero quería que me lo contaras tú. Para reírme un rato. Una muerte muy absurda, ¿no te parece?

-John, no vamos a ser amigos tú y yo.

-Tal vez en otra vida.

-Tal vez.

-Una lástima Laura. Bonitas piernas.

-Gracias John, bonitas gafas. Cuídate!

Y me alejé de John Lennon pensando en la cantidad de admiradores que pasarían por su lado sin saber que el mismísimo artista les estaba observando. ¡Que ironía!



Me senté en un banco de Central Park. Ponía “Recién pintado” así que no vendría nadie a sentarse encima de mí. No me apetecía saber cual era la sensación de que un vivo pudiera atravesar mi espíritu, mi cuerpo invisible o como lo queráis llamar. A mí no me importaba mancharme los pantalones, así que... allí me quedé. Y algún rincón “vivo” de mi mente, recordó algo bastante bonito que creía sobre la muerte cuando era niña. Imaginaba a la gente que se moría encima de las nubes, observándonos como si fuéramos piececitas pequeñas en continuo movimiento. Riéndose de nosotros y espiándonos felizmente como si de un juego sociológico se tratase. Dejé de creer en eso cuando subí en avión por primera vez. Tendría unos once años y al observar por la ventanilla del avión que no había “gente”, ni “espíritus” ni nada encima de las nubes, se me fue de la cabeza esa tonta idea de que nos observaban tumbados en unas nubes cómodas y esponjosas, mejor que cualquier colchón caro que se pudiera comprar en vida.

-Modelo ¿verdad? –me preguntó una voz joven, dulce e ingenua. Se sentó a mi lado una niña de unos 12 años. Tenía una melena rubia preciosa y unos ojos

verdes brillantes, resplandecientes.

-Bueno, más que modelo... top model... Top, muy top... –respondí sonriendo estúpidamente y entendiendo en ese momento que lo de top y lo de modelo carecía totalmente de importancia.

-Que pena ¿verdad? Tenías una vida muy chula, ¿eh?

-No me podía quejar, no... pero lo hacía continuamente... Bueno, eso ya no tiene importancia ¿no? ¿Cómo te llamas? –era la primera vez que me interesaba por alguien, sin apetecerme lo más mínimo, hablar sobre mí misma. También fue la primera vez que entendí a John Lennon, porque sabía como se llamaba. Y sabía de que había muerto. Pero quería escucharlo, quería preguntarlo. Quería jugar a volver a estar viva.

-Claudia. –Miró al frente. Me miró de reojo y sonrió. Dudó y finalmente soltó alegremente... -¡Maldita tostadora! –no pude hacer otra cosa que reír. Reírme de mi desgracia.

-¡Vaya! Hoy parece que es el día ideal para reírse de la novata.

-¿Te has encontrado con John Lennon? Un tipo interesante ¿verdad?

-¡Mucho!

-Es como una tradición. Morir en Nueva York y encontrarse con el bueno de John... –explicó pensativa. -Yo morí de cáncer, Laura. Quería ser modelo desde pequeña pero no pudo ser.

-Lo siento mucho. –de verdad lo sentía mucho. Parecía tener más sentimientos muerta, que cuando estaba viva. Algo positivo tenía que haber.

-Por eso me represento con esta melena. Nunca la tuve, así que ahora he decidido llevarla. Arriba me lo han permitido.

-¿Has estado arriba?

-¡Sí! ¡Claro! A lo mejor tú también tienes que subir.

-No me han llegado señales... ¿Cómo subiste? ¿Hay algún ascensor o algo? –Claudia se reía. Yo lo preguntaba totalmente en serio. Ya no me importaba la celulitis, en ese momento era espeluznante para mí pensar en la cantidad de escaleras que podrían haber hasta arriba.

-Bueno, yo fui enseguida. Cuando cerré los ojos vi una luz y fui hacia ella, acompañada de mi ángel, Catalina. Casi todos tenemos un ángel y una misión. A veces nuestro ángel tarda en venir porque tiene otras cosas que hacer o ¿quién sabe? Quiere que recapacites un poco. Al subir se me encomendó la misión de volver abajo como espíritu y guiar a almas perdidas, especialmente la de niños. Pero puedo subir siempre que quiera y estar allí.

-¿Cuántos años tendrías ahora, Claudia?

-Creo que 28... –respondió con mucha pena. –Como tú. –Si no fuera porque no podía, se me hubiera escapado una lágrima que hubiera hecho que el rímel corriera trágicamente por mis mejillas dejándome un aspecto horrible y yo hubiera dicho algo así como... ¡maldita alergia! También le hubiera dado un largo abrazo. De esos que tan poco di en vida.

-Oh...

-Laura, ¡tranquila! Soy feliz. No siento dolor. Para mí la vida sólo tuvo una palabra: dolor. Esto es mejor, ahora estoy bien.

Nos quedamos en silencio. Y no supe describir mi vida con una palabra. Al menos de momento.

-Bueno, me tengo que ir. Encantada de conocerte, Laura.

-¿En serio? ¿Qué prisa tienes? ¿Qué tengo que hacer?

-Esperar. Hay algo preparado para ti.

Claudia me guiñó un ojo, sonrió dulcemente y se fue. Me quedé como una tonta observando como se iba desdibujando elegantemente su silueta. Ni en la mejor de las pasarelas. Hubiera podido ser una modelo extraordinaria.



Volví al lugar de mi muerte. Mi cuerpo ya no estaba pero la maldita tostadora sí. La zona estaba acordonada y un policía hablaba con una mujer gruesa, muy gruesa, que vestía con una bata hortera estampada con florecillas rojas y hablaba rápida y atropelladamente con acento mexicano, sobre el

accidente de la tostadora.

-No funcionaba. No funcionaba. Yo sólo quería desayunar mis tostadas con mermelada y la tostadora no funcionaba. En un arrebato de furia, la tiré por la ventana y eso es todo señor agente. Fue sin querer, no quería... Dios mío, no quería matar a nadie... –la mujer se echó sus gruesas manos repletas de anillos baratos a la cara y empezó a sollozar exageradamente. La cara del policía era un poema.

Perfecto. Morí por culpa de un pecado capital. La gula. La comida. Unas malditas tostadas; algo que le prohibí a mi cuerpo desde que tenía quince años y quería subirme a las mejores pasarelas de todas las ciudades importantes de la mano de los mejores diseñadores del momento. Quería tirarle la tostadora a la cara. Pero era inútil sentir furia. Eso hacía que me debilitara y no me encontrara bien, así que intenté calmarme. Sólo quería sentir paz. ¿Era mucho pedir?

-Laurita. Laurita, ¿eres tú? ¿Has muerto? –cuando me giré vi al fin un rostro conocido que me saludaba. Era Anthony, mi vecino del noveno. Un hombre bajito y extremadamente delgado, de ojos azules pequeñitos y hundidos, nariz aguileña y un mostacho que llevaba con elegancia desde los años treinta. Murió hacía dos años de un ataque al corazón con noventa y dos años. El pobre no veía tres en un burro y por lo visto la muerte no le había devuelto la visión. A menudo, por eso de ganarme un cachito de cielo y esas cosas, le iba a hacer la compra o bajaba a tirarle la basura cuando tenía tiempo. Siempre me pareció un hombre entrañable, me recordaba a mi abuelo.

-¡Anthony! ¡Que alegría verte!

-Bueno, Laurita... ojalá fuera en otras condiciones hija. Siempre supe que esa gorda traería disgustos a la comunidad desde que su marido la abandonó por su prima.

-¿Eso le pasó? Anthony, estoy muy perdida. No sé qué hacer ni a donde ir. A lo mejor merezco esto por mala persona.

-¿Mala persona hija? Siempre fuiste encantadora conmigo. Cuando morí,

sabes que fue lo primero que hice? –negué con la cabeza.-Ir a verte. Pero no me veías. Así fue como supe que fallecí.

Nunca sabes el impacto que provocas en otras personas. Puede que pequeñas acciones para ti, sean grandes cosas para los demás. Puede que no fuera tan mala. Sonreí al pensar que al menos fui buena para alguien. Mi escala de valores y prioridades estaba empezando a cambiar. ¿Estaba convirtiéndome en buena persona después de morir? ¿O siempre lo había sido realmente?

-Anthony, lo siento mucho.

-Me propusieron ir arriba, con los demás. Pero yo he decidido quedarme aquí a cotillear. Ya tendré tiempo de irme arriba.

-¿A cotillear? –Espíritus cotillas. ¡Que repelús! -¿Y que cotilleas, Anthony?

Me respondió con una sonrisa traviesa, como la de un niño tramando su próxima trastada.

-Hija, me tengo que ir. La vecina del octavo está en la ducha, un espectáculo que nunca me pierdo. ¡Hasta la vista!

-Anthony. Anthony, ¡no! ¡Anthony!

Pero Anthony ya no estaba. Pensé en mis duchas y maldije la hora en la que no me puse biquini.



Seguí vagando por las calles de Nueva York al más puro estilo John Lennon. Si supieran esto los vivos, seguro que lo utilizarían como una expresión muy frecuente. Y de repente... ¡Uau! Menuda sensación. Una sensación física pero a la inversa. Sentí mi cuerpo muy lejos de mí.

Demasiado lejos. Tanto, que tuve que irme a vagar a la otra punta del planeta. Habrían pasado días desde que mi cuerpo fuera repatriado a España. El mito de que los muertos acuden a su funeral, es cierto. O al menos en mi caso.



Madrid, Tanatorio La Paz. Un montón de gente llorando desconsoladamente delante de mi cuerpo encerrado en un ataúd y rodeado de flores. Una escena fea, muy fea. Se suponía que debía dar consuelo a los vivos desde mi plano oculto para ellos. Poner mi mano encima del hombro de cada uno de los allí presentes. Ellos quizá sentirían frío o cierto alivio. Mirarían a su hombro y no verían nada, sólo la sensación de que alguien invisible les acompañaba. A lo mejor conseguía que alguien acabara en el manicomio. Esa idea me hizo reír. El tanatorio estaba repleto de muertos como yo. Pero estaban tranquilos, en paz. Salvo Teodoro, un viejo que iba corriendo por los pasillos gritando “¡Viva! ¡Viva! ¡Puedo caminar, puedo caminar! ¡Y sin el tacatá!”.

Vi a mis padres. Lloraban en compañía de mi hermano Adrián y su mujer, Irene. Mi hermana Miriam sin embargo, iba entregando tarjetas de su recién montado negocio de catering por doquier. “*Siento que os tenga que dar estas tarjetas en estas circunstancias*”... le iba diciendo a todo el mundo. Siempre me tuvo envidia y siempre hacía cosas que estaban fuera de lugar. Menuda chalada. Ya nos encontraremos hermana, ya nos encontraremos... Habían modelos, muchas modelos. Y alguna compañera del cole. Familia. Pero... ¿Amigos? ¿Amigos de verdad? ¿Novios? ¿Una persona importante? ¿Una? Ese “primer amor”, ese “hombre de mi vida” al que nunca llegué a conocer... en realidad esa sala estaba vacía de amor.

-Ya te lo advertí, Laura. Siempre te dije que acabarías sola. ¿Ves? No me equivocaba. –esas palabras sólo podían ser de...

-¡Abuela! ¿Has venido a buscarme?

-Ni en broma. Ya te aguanté en vida, no voy a aguantarte ahora. Por no querer aguantarte no ha venido a buscarte ni el perro.

-Pues por ahí me han dicho que era encantadora.

-Seguramente tendrías algún tipo de interés. ¿Una herencia tal vez? Por eso

fuieste encantadora. ¿Me equivoco?

Recapitulemos. ¿Qué intenciones tenía yo con el viejo Anthony? ¿Ir a hacer la compra? ¿Tirar la basura? ¡Venga ya! Eso no lo hace una top model... al no ser que... Escuché su vocecilla diciéndome “*Siempre fuiste encantadora conmigo*”. Pero lo que no recordaba era que siempre fui encantadora porque pensaba que me dejaría algo de su rica herencia. El muy maldito cotilla sin hijos, le dio todo su dinero a beneficencia y mis favores “desinteresados” no sirvieron de nada. Era cierto... nunca fui una buena persona. Ni en el fondo, ni en el trasfondo de nada.

-Vale. ¿Qué haces aquí?

-En realidad nada. Sólo quería disfrutar del momento.

-¿Eso se sigue haciendo cuando estás muerto?

-Yo lo estoy haciendo. –respondió mi abuela sonriendo. –Escucha, escucha lo que dice tu madre de ti. Mi hija siempre fue una santa bendita.

Mis padres, que habían dejado de llorar, hablaban con mi tío Ernesto que los escuchaba pacientemente intentando consolarles.

-Siempre fue la mejor en todo... pero era tan... tenía un corazón tan... – intentaba decir mi madre.

-Egoísta Carlota. Nuestra hija fue una egoísta. –terminó diciendo mi padre. –Hacía años que no la veíamos, no quería saber nada de nosotros. Por no pertenecer a su mundo, imagino.

-Le avergonzaba decir que su madre había fregado escaleras y su padre era fontanero. –explicó mi madre con pena. Mi tío Ernesto asentía con la cabeza.

-Pues entonces, nunca valoró lo importante de la vida. La familia. –terminó diciendo mi tío Ernesto creyendo estar dentro de una peli del Padrino, mientras esperaba la aprobación de mis padres, mi hermano y mi cuñada con una tripita que... ¡Espera! ¡Iba a ser tía! No lo sabía...

-Nunca tío, nunca. La llamé cientos de veces para contarle que iba a ser tía en agosto. Pero no me cogía el teléfono y no me devolvió la llamada. Me cansé. —explicó entonces mi hermano con amargura.

No quería escucharles más. Tenía al lado a mi abuela que asentía, sonreía y se reía a carcajadas. Era una especie de broma macabra. Si ni siquiera mi familia hablaba bien de mí, ¿qué se suponía que merecía? ¿Ir al infierno? Cuando mueres, se supone que eras el más bueno, el mejor y nadie se atreve a hablar mal de ti. Pues ni por esas merecía la pena morir. Las modelos tampoco estaban hablando demasiado bien de mí. ¿Arpía? ¿Perdón?

-Era una arpía... ¿recuerdas aquel desfile en el que rasgó el vestido de Emma? —le preguntó la modelo pelirroja a una rubia paliducha de la que no recordaba ni el nombre.

-Sí... fue tremendo. Todas supimos que había sido ella. Menuda zorra...

Ni siquiera recordaba esa pequeña travesura...

-Ya he tenido suficiente por hoy, abuela. Me largo de aquí.

-¿Y dónde crees que vas a ir?

-Alguien me dijo que esperara, que había algo preparado para mí.

Mi abuela me miró. Sonrió y esta vez pude ver un ápice de compasión en su mirada. No se burlaba, parecía entenderme. Entender que me había equivocado en muchas de las facetas de mi vida o al menos en las importantes. En las que no veía que eran importantes.

-Imagino que todo el mundo merece una segunda oportunidad. —dijo mi abuela con resignación. —San Pedro te informará al respecto, seguro.

-¿San Pedro? ¿Es un cura o algo?

-Un poco de respeto, niña. Ni muerta sabes respetar a los demás.

-Te lo tengo que preguntar o reviento. ¿Te has hecho un lifting o algo? —el rostro de mi abuela, que murió más arrugado que una pasa, estaba más estirado que el de Nicole Kidman.

-Claro niña. En el cielo, hay unos angelitos que nada más llegar, te ponen botox.

-¿De verdad?

En ese momento mi abuela me dio una colleja. La sensación era rara, no dolía pero sí me sacudió un poco mi cuello invisible para los aún mortales.

-No voy a perder más el tiempo contigo. Me espera Hilaria para jugar a la petanca. ¡Hasta la vista!

Se esfumó. Y ahí me quedé, con voces de fondo diciendo lo mala hija, hermana, sobrina, amiga que era... Que pena, sí... tan joven... en la flor de la vida, con tantos proyectos... pero egoísta, creída, maliciosa e interesada. Una arpía. Esa era yo. Esperé una señal. Algo que me dijera “*¡Vámonos de aquí! Este ya no es tu lugar*”. Acoplarme al juego de la petanca de mi abuela e Hilaria sólo por fastidiar... o que los angelitos me inyectaran botox para eliminar alguna arruguilla de expresión por tanto estrés. Nada. No había nada.



Miré al viejo Teodoro que seguía gritando felizmente sin su tacatá. Y ahí, en la sala lúgubre del tanatorio donde espera la gente para entrar en las salas privadas con sus difuntos; detrás del anciano y al lado de unas flores blancas, vi un rayito de luz. Era pequeño, a penas imperceptible pero era mío. Lo sabía. Fui hacia la luz atraída como un bicho. A medida que me iba acercando se iba haciendo más y más grande, hasta que la luz dio paso a un túnel negro. Me detuve. Miré a Teodoro que dejó de gritar para observar lo que yo hacía. Tuve miedo pero... ¿había algo peor que quedarme ahí y escuchar los lamentos y lo mala que había sido en vida? Con decisión, me

adentré en el túnel. Era largo y seguía oscuro, no se vislumbraba ningún final. Pensé en la suerte que tendría si encontrara a John Lennon cantándome “*Imagine all the people...*” para entretenerme y no pensar en que pudiera sucederme algo malo más allá. Yo misma empecé a tararear la canción de Lennon. Y pensé en Claudia y sus palabras “*Hay algo preparado para ti*”. Me lo dijo sonriendo, así que no podía ser nada malo. ¿Verdad? ¿Verdad? Avancé. Más y más... el tiempo se me hacía eterno. Me pareció incluso estar sudando y dudo mucho que el alma sude. Recordé las incontables horas encima de una bicicleta de spinning sudando y luego me vinieron a la cabeza imágenes de mi niñez. Fui una niña feliz, con muchos juguetes y dos hermanos mayores toca pelotas que siempre querían llevar la razón. Ví la sonrisa de mi madre, la mirada azul y pacífica de mi padre. Los sermones de mi abuela en el pueblo. El mar... su cálida brisa, los días de verano... Mi perro Rusqui moviendo su colita para que lo sacara a pasear a orillas del río. ¡El río! Que sensación de paz... ahí nada malo podía pasarme. Y de repente, el frenético movimiento de Milán, Roma, Londres, París, Nueva York... pasarelas, tacones, voces de un lado a otro gritando. Flashes, luces, muchas luces... y... ¡LUZ! Había luz al final del túnel. Fui corriendo hacia ella. Atravesé una gran puerta de madera, con oro macizo a su alrededor y figuras de ángeles celestiales en sus pomos. Todo era blanco, luminoso. En seguida imaginé que el hombre con túnica y barba que me esperaba al otro lado, era San Pedro, el cura del que me habló mi abuela. Aunque se parecía más al Rey Gaspar con su barba pelirroja, que a cualquier cura que hubiera visto en vida. No conocí a demasiados tampoco, todo hay que decirlo. Creo que fui a misa en cinco contadas ocasiones y no por voluntad propia. Siempre me dormía y odiaba madrugar para ir a la iglesia. Creo que a San Pedro no le gustaría mucho saber ese pequeño detalle de mí...



Capítulo 2
SAN PEDRO ES MAJO
(Él no piensa lo mismo de mí)



San Pedro me miró. Yo le miré. Negó con la cabeza desaprobando algo que yo aún desconocía. Sonreí para intentar caerle bien. No me devolvió la sonrisa. Miré a mi alrededor. No había ángeles pero la pureza del color blanco en cada rincón me tranquilizó al pensar que mi lugar no era el infierno.

Por llamarlo de alguna manera, os diré que me encontraba en una enorme sala. No sabría decirlos si era cuadrada, redonda o triangular; parecía no tener esquinas ni final.

-Pedro, tener todo esto limpito debe costar lo suyo ¿verdad? –quería romper el hielo.

San Pedro no reaccionó a mi broma. A su lado, apareció una mesa cubierta de oro y un gran sillón de terciopelo azul marino. Por lo visto en el cielo no había crisis. Se sentó frente a un montón de papeles. Los revisó un instante y me miró con determinación.

-Laura, Laura, Laura... –seguía negando con la cabeza.

-Pedro, Pedro, Pedro... ¿Por qué usted es San Pedro verdad?

-Sí. Soy San Pedro, quien recibe a las almas que llegan al cielo. O a otro destino... –respondió dándole un halo de misterio a sus tajantes palabras.

-¿Me toca el cielo? No me lo puedo creer, debo estar entonces muy agradecida porque empezaba a dudar que...

-No tan rápido muchacha. –me cortó San Pedro levantándose de la butaca. –Este no es tu lugar. Al menos no todavía.

-¿Eso que significa?

-Que debes volver.

-¿Volver?

-A vivir.

-¡Pero que buena noticia me da usted Pedro! ¿En quien me reencarnaré? Por favor, por favor, quiero ser hija de una celebrity. Alta, delgada y que por mucho que coma, no engorde ni un gramito... Lo agradecería muchísimo.

San Pedro empezó a reírse. Con descaro, sin disimulo. Creo que me

equivocué de profesión. Debería haber sido cómica, porque por lo visto la novata muerta provocaba carcajadas a todo aquel que se encontraba por el camino.

-Vale. ¿Dónde está mi ángel? No lo he visto todavía y necesito ayuda.

-Aún no tienes asignado ningún ángel. Porque como ya te he dicho, no vas a quedarte aquí. –repetió, señalando la puerta por la que instantes antes yo había entrado y por el que apareció una mujer algo desorientada. Joven, más o menos de mi edad y muy normalita. Bajita, entradita en carnes, atractiva pero sin ser lo espectacular que fui yo en vida. San Pedro la señaló. –Laura, te presento a Marta, tu nuevo cuerpo.

-¿Cómo? –preguntó Marta. -¿Cómo que su nuevo cuerpo? ¿Y yo que?

-Siento decirte que se ha terminado tu tiempo. ¿Te habrá informado al respecto Zacarías, tu ángel protector?

-Vamos a ver... aquí ha tenido que haber una confusión o algo. – Interrumpí.-Pedro, ¿cómo quieres que vuelva con el cuerpo de esta mujer? Te recuerdo que soy una reputada top model con un nivel físico muy elevado y esto no me llega ni a la suela del tacón de lo que yo fui.

-¿Perdona? ¿Tienes alguna pega con mi físico bonita? ¡Muchas quisieran! – saltó la tal Marta ofendida.

-Gafas. Llevas gafas. ¿Miopía? ¿Astigmatismo? No eres delgada, seguro que desayunas leche con cola cao y magdalenas cada mañana y tu culo está lleno de celulitis. ¡No te sacas partido en absoluto! Esa melena sin brillo, sin un buen corte, esas ojeras de no dormir lo suficiente... nada de maquillaje para tapar esas manchitas en tu piel... –le comenté sin pretender en absoluto volver a ofenderla.

-Pecas, son pecas. Y a todo el mundo le gusta. –respondió Marta malhumorada. En parte entendía que estuviera de mal humor, había muerto.

-Pues a mí no me gustan las pecas. ¿Y este señor está diciendo que yo tengo que ocupar este cuerpo? ¡Si no sé nada de esta mujer ni de su vida! ¿Cómo voy a volver sin saber quien soy? ¡Estamos locos! –repliqué esperando un poquito de compasión por parte de San Pedro.

-Tranquila Laura. Cuando vuelvas tendrás ayuda, la suficiente como para orientarte y empezar a vivir. –explicó San Pedro con toda la paciencia de la que era capaz.

-No entiendo nada, de verdad que no lo entiendo...

-Laura, es sencillo. Vuelves a la tierra, a la vida, con el cuerpo de Marta ya que el tuyo ya está bajo tierra. Como medida excepcional, recordarás quien fuiste en tu otra vida como todos los que vuelven con un cuerpo que lleva años viviendo en la tierra, pero ¡cuidado! No se lo digas a nadie. Maria Antonieta y Albert Einstein entre muchos otros, no acabaron muy bien en sus nuevas vidas al recordar quienes fueron en la anterior y airearlo a los cuatro vientos.

-¿Y yo? ¿Yo qué? –seguía preguntando Marta indignada.

-Marta, mira hacia allí... –San Pedro al fin sonrió y los ojos le hicieron chiribitas. - Te esperan...

Marta empezó a sonreír al ver a dos figuras altas, delgadas y resplandecientes que iban acercándose. A medida que se aproximaban, dejaron de ser dos figuras esbeltas llenas de luz, para convertirse en un hombre y una mujer gordinflones y poco atractivos.

-¡Papá! ¡Mamá! –a Marta se le caían las lágrimas. Nos miró llena de paz y felicidad y finalmente, cogió de la mano a su padre y a su madre y se fundieron en la resplandeciente luz desapareciendo ante nuestros ojos.

-Vale, muy bien, una escena muy bonita Pedro. ¿Y ahora?

-Ahora, es el momento de volver. Tengo muchas almas a las que recibir así que no puedo entretenerme más contigo. Feliz vida muchacha.



Capítulo 3

MARTA

(Y mi tremendo dolor de cabeza)



Desconcertada, tumbada en un suelo frío y extraño, rodeada de incontables personas que chillaban, hablaban rápido y apenas se les entendía nada. ¿Estaba en Rumanía? ¿En Japón? Aturdida, miré a mi alrededor. Todos suspiraban aliviados por mi despertar. Encima de mí, una enorme caja con una maldita tostadora.

-¡Que alguien me quite la tostadora de encima por Dios! –fueron mis primeras palabras como Marta. Y escuchar de mí misma una voz completamente diferente a la mía y con un acento extraño, me hizo darme cuenta de la situación. Ya no era la top model por la que todos suspiraban... era una común mortal estirada torpemente en el suelo a la que se le había caído la caja de una tostadora y había matado. Pero milagrosamente había resucitado... claro que nadie sabía que la auténtica Marta estaba ya cantando en el paraíso con los angelitos y la que se escondía tras ese cuerpo del montón, era yo. LAURA. Una excepcional top model con una vida fabulosa por delante a la que una maldita tostadora le había arrebatado lo más preciado... su bendito cuerpo.

-Marta ¿estás bien? Menudo golpe... –dijo preocupada la dependienta de lo que parecía una pequeña y familiar tienda de electrodomésticos. Ironías del destino. A Laura la mató una tostadora en pleno centro de New York. A la auténtica Marta también, pero aún tenía que descubrir donde estaba.

-En serio, ¿por qué habláis tan raro? –pregunté ante el asombro de todos los presentes. Pero yo hablaba como ellos. No había manera de pronunciar la S. Maldita sea, ¿dónde estaba? -¿Quién eres tú? –le pregunté a la mujer que estaba a mi lado. Joven, de rostro afable y ojos claros, me miraba sonriendo, pensando quizá que le estaba tomando el pelo. –Tu amiga Felisa, Marta. Deja

de bromear y vamos a casa, anda.

Me incorporé mirando a la maldita tostadora. Tenía un tremendo dolor de cabeza y llevaba unos pantalones horribles de color azul oscuro, anchos y gruesos. Las botas camperas tampoco eran muy favorecedoras y mejor no hacer comentarios sobre la enorme y masculina camiseta del mismo color que los pantalones, donde ponía en el lado izquierdo lo que parecía ser el nombre de un supermercado junto a su cutre logo. ¡Madre de Dios! ¡Marta era cajera de supermercado!

-Vale... vale, vale, vale... –intenté tranquilizarme. Todos me miraban de manera extraña. Me puse de pie. Miré a mi alrededor sintiéndome observada.

-Felisa, llévala al médico. Se ha dado un buen golpe en la cabeza. –le dijo la dependienta a la que decía ser mi amiga.

-Ahora se lo digo. Está muy extraña ¿verdad? Pobrecita... –respondió Felisa de manera exagerada.

Me acerqué a Felisa.

-Tú. –le dije señalándola con el dedo. –¿Dónde estamos?

-En el pueblo.

-Ya me había dado cuenta de que esto no es Beverly Hills precisamente. –suspiré. –¿Qué pueblo es?

-Valencia de Alcántara.

-¿Eso donde cae?

-En Cáceres.

-¿Extremadura? ¿Estoy en Extremadura? No conozco nada de Extremadura.

-Marta, vamos al médico.

-No, no, no, no... No, no... estoy bien, estoy bien... llévame a casa, me daré

un baño calentito con espuma y encenderé algunas velas...

-¿Cómo? No pagaste la factura del agua Marta... últimamente te bañas con un barreño de agua fría que vas a buscar a la fuente de la plaza. –me sermoneó Felisa.

-¿Estás de broma? –Felisa negó con la cabeza. Yo sólo quería llorar con mi nuevo cuerpo, con mi nueva vida.

-Venga, te llevo a casa.

-Al menos tendré luz ¿no?

-Sí, eso sí... De momento... –respondió Felisa suspirando.



Salimos a la calle. Hacía un calor de mil demonios y aunque todavía no se había hecho de noche, los farolillos de la época de mi tatarabuela empezaban a encenderse. Miré el desfasado reloj que llevaba en mi muñeca izquierda. Las ocho y media de la tarde.

-Feliciano, ¿qué día es? –le pregunté a mi nueva amiga que iba absorta mirando su blackberry.

-¿Feliciano? ¿Quién es Feliciano?

-¿Estás tratando de volverme loca?

-Marta deja de bromear, te lo pido por favor. Hoy es viernes, 20 de julio.

Conclusión... mi cuerpo de top model estaba criando malvas desde hacía algo más de un mes. ¿Cuánto tiempo estuve en ese maldito túnel?

Cuando llevábamos caminando en silencio cinco minutos, pasamos por el Paseo San Francisco, una plaza de suelo empedrado, árboles y arbustos que la separaban de la acera, repleta de gente tomando unas cañas en las terrazas de los bares de en frente.

-Espera, les vamos a decir a estos que quedamos a las doce. ¿O hoy te

quedas en casa?

-¿Cómo?

Antes de que pudiera entender nada, estaba frente a cuatro desconocidos que estaban sentados cómodamente en la terraza de un bar saludando a Feliciano. ¿Feliciano? ¡Felisa!

-Marta, ya nos hemos enterado de la que has liado en la tienda de Manoli. –dijo riendo una mujer de unos treinta y pocos, morena, de grandes ojos oscuros y un importante lunar en la mejilla derecha.

-Sí y estoy por llevarla al médico porque está rarísima. –respondió Felisa preocupada.

-¿Tan fuerte ha sido el golpe? –preguntó la mujer de cabello castaño corto que estaba al lado de la morena.

-Sí, ha sido un buen golpe. –respondí entonces mirándolos a todos y deseando que algún recoveco de mi actual memoria recordara los nombres de los que parecían ser mis amigos.

-La llevo a casa.

Todos asintieron y Felisa y yo salimos del paseo. Bajamos cuatro escalones y allí estaba aparcado el coche de mi amiga. Un Peugeot 206 destartado.

-Tu zarrío está ahí. –dijo Felisa señalando un Suzuki Vitara muy antiguo de color rojo y bastante hecho polvo, detrás del de ella.

-¿Zarrío?

-Coche. Tu coche está ahí. Si sales esta noche, te voy a buscar y luego si te encuentras bien te lo llevas a tu pueblo.

¿A mi pueblo? O sea que no vivía ahí... vivía en otro pueblo, tenía un coche del que temía que en cualquier momento pudiera incendiarse el motor, había un grupo de gente que parecían ser mis amigos, Felisa parecía ser mi mejor amiga... trabajaba en un súper, no tenía agua porque no había pagado las facturas, salíamos los viernes por la noche y... ¿Qué más? ¿Qué más debía saber?

-Mira Felisa... algo raro me está pasando.

-¡Lo sabía! Vamos al médico pero ya.

-No, no... estoy bien. Pero no recuerdo cosas.

-Eso es evidente Marta. Por eso hay que ir al médico.

-Felisa por favor, no. Sé de lo que estoy hablando pero no te lo puedo contar. –la expresión de Felisa era cada vez más extraña. Y yo no sabía explicarme bien porque no podía contarle la verdad. Si se lo hubiera dicho, se hubiera reído de mí y en vez de llevarme al médico me hubiera llevado al manicomio. –No preguntes ¿vale? Cuando yo te pregunte cosas, simplemente respóndeme. ¿Sí?

Felisa se sentó en el coche y cerró la puerta. Me indicó que me sentara en el asiento del copiloto y así lo hice. Encendió la radio, cogió el volante y me miró.

-Otra vez el trauma. –confirmó seriamente.

-¿El trauma?

-Así era como te comportaste cuando murieron tus padres. Recibiste tal shock, que durante días no recordabas nada ni a nadie, tu memoria se nubló. ¡No sabías ni siquiera como se llamaba Alejandro!

-¿Quién es Alejandro?

Mi nueva amiga negó con la cabeza y con más maniobras de las

realmente necesarias, logró sacar el coche, dio la vuelta al paseo, se detuvo en un semáforo y cogió la carretera a la derecha. No hablamos durante todo el camino. Yo me iba fijando muy bien en como salir de ahí y llegar a casa, intuía que debía ser un trayecto que tendría que hacer a diario. Diez minutos después, dejando atrás una carretera recta con amplias vistas a campos y montañas y tras pasar un pueblo de casas blancas llamado Las Huertas, Felisa puso el intermitente a la izquierda. Frenó un poco y subió por una estrecha carretera de curvas dirección a un pueblo llamado El Pino al que entramos en pocos minutos. Al pasar una plaza repleta de personas de la tercera edad sentadas en las puertas de sus casas y hablando animadamente, giró a la derecha y se detuvo. Bajó del coche y me indicó que hiciera lo mismo.

-¿No vas a entrar? –me preguntó.

No llevaba bolso y no se me había pasado por la cabeza rebuscar en los grandes bolsillos de mi horrible pantalón. Empecé a sacar llaves. Las del coche, las de casa, otras que desconocía... ¡y un móvil! Podía ser de gran ayuda. Le enseñé triunfal las llaves de casa.

-¿Paso a buscarte luego? A las once y media ¿vale?

-Vale.

-Descansa un poco y si necesitas cualquier cosa, llámame.

-Sí.

Felisa me dio un beso en la mejilla. Se subió al coche y se fue ante la atenta mirada de todos los octogenarios que no tenían otra cosa que hacer que cotillear todo lo que pasaba a su alrededor. Recordé a mi vecino neoyorquino Anthony y pensé en lo bien que se lo hubiera pasado en ese pueblo.



Miré a mi alrededor. El cielo lucía espectacular y mi casita no estaba nada mal. Abrí la puerta con mucha curiosidad. Lo primero que se veía nada más entrar, eran unas escaleras que llevaban a la segunda planta. Un comedor

amplio con chimenea y al lado dos sillones de cuero marrón. A la izquierda, un arco que conducía a un largo pasillo con una habitación, un pequeño cuarto de baño y al fondo, una cocina estrecha y anticuada. Subí las escaleras. Tres habitaciones más, otro cuarto de baño más amplio que el de la planta de abajo y un pasillito pequeño que conducía a lo que sería mi lugar preferido. Una gran terraza con vistas a los tejados amontonados de las otras casitas del pueblo, a las montañas y a un cielo que a esas horas era de color rosa. Al fondo, muy al fondo, se vislumbraba un pueblo en lo alto de una montaña ya iluminado. Tuve mucha curiosidad por él. Espectacular. Al mirar hacía la puerta, vi un sobre que no estaba instantes antes, cuando salí a la terraza. Lo cogí y me senté en el suelo con la espalda apoyada en la pared.

“A mi querida Laura”

Inmediatamente con mucha curiosidad, abrí la carta y me dispuse a leerla sin sospechar de quien se trataba. ¿Una ayudita del cielo quizá? Eso esperaba.

Querida Laura,

Volver a vivir en el cuerpo de otra persona sin saber nada de su vida y siendo tan diferente a lo que fue la tuya, no es fácil. Siento que esto haya sido lo que te ha tocado vivir. Les sucede a pocos, pero sucede. A la mayoría de los que les toca volver, empiezan de cero, una nueva vida desde el vientre de su madre; pero en esta ocasión no ha sido tu caso. Estás confundida, con cientos de preguntas y con una vida hecha que debes seguir, recordando más de tu anterior vida que de esta. Será difícil, pero conseguirás adaptarte, lo sé. Ahora eres Marta, una cajera de supermercado huérfana desde hace cinco años y sin familia cercana, nacida el 9 de noviembre de 1983. Vives en un pueblo pequeño y todo el mundo te conoce. Salúdales a todos, los nombres y sus vidas los irás descubriendo. A medida que te vayas adaptando a tu nuevo cuerpo, él te conducirá a los sitios que conoce, a su rutina y en unos días, sin saber como, llevarás la vida de Marta como si la hubieras tenido desde siempre. Revisa el móvil, las redes sociales de Marta, observa las fotos escondidas en un baúl debajo de la cama de su/tu habitación y

evita hacer preguntas. Jamás, bajo ningún concepto le digas a nadie lo que ha sucedido. Todos piensan que eres Marta, no podrían concebir que en su interior habita otra alma. Son muy pocos los que creen en los milagros, en los espíritus y en el renacer de las almas. Que se lo pregunten al pobre Napoleón, encerrado desde hace años en un manicomio londinense por gritar a los cuatro vientos en su cuerpo de ejecutivo que él era el auténtico Napoleón Bonaparte dentro de otro cuerpo. No cometas el mismo error que él y otros. Y sobre todo, aprovecha el tiempo que tienes para aprender todo lo que no aprendiste ni valoraste como Laura. Es, entre otras cosas, tu misión. Resolver deudas pendientes. Sólo así, encontrarás la paz que tanto necesitas.

Pero esta carta, va más allá de la advertencia, Laura. Has vuelto al mundo con un toque del más allá. Podrás ver cosas que nadie ve... podrás ver el otro lado, el lado en el que ya has estado; y por lo tanto a las personas que cruzan y sus espíritus. No tengas miedo, no te pueden hacer ningún daño. No todos serán agradables pero sí puedes intentar ayudarles. Sé fuerte y cree en ti, en tu nuevo ser.

Te deseo mucha suerte, Laura.

Con amor,

Claudia.

PD. Feliz vida

Estaba paralizada. No sabía si levantarme, tomarme una aspirina y empezar a indagar sobre Marta o quedarme sentada ahí por el resto de mis nuevos días. Claudia, la niña de doce años que se había sentado conmigo en el banco de Central Park el día que morí, me había escrito una carta desde el más allá para desearme una feliz vida y advertirme de las novedades de mi nueva vida. Una vida que no pintaba ser nada fácil. ¿Ver espíritus? ¿Estamos de broma? Era algo que siempre me había aterrorizado... si ni siquiera podía ver a Iker Jiménez en Cuarto Milenio, ¿cómo se suponía que tenía que ver a los muertos?

-San Pedro, cuando nos volvamos a encontrar te voy a meter una paliza que vas a bajar derecho a la tierra. –grité señalando hacia el cielo que ya estaba empezando a oscurecer con un juego de colores maravilloso.



Suspiré. Sonreí. Me levanté del suelo y entré en casa. Dejé la carta en el cajón de una mesita que había en el pasillo y entré en la habitación que tenía una ventana con vistas a la terraza. Era la mejor habitación, así que supuse que esa era la mía. Y no me equivoqué. Debajo de la cama había un gran baúl de terciopelo rojo que escondía cientos de fotos antiguas. Las miré pero por mucho que mirara, no aclaró ninguna duda. En ellas, salían personas que debían estar bajo tierra desde hacía muchos años. Aparecía Marta de pequeña con sus padres, siempre seria, siempre triste. Encendí un viejo ordenador portátil que había en la mesita de noche. A su lado, una libretita con un correo electrónico y tres contraseñas. Afortunadamente Marta tenía mala memoria si tuvo que apuntarlo todo. Algo que a mí, me venía muy bien. Dudé mucho de que tuviera internet pero... ¡se obró el milagro! Había internet, aunque iba un pelín lento. Antes de entrar en su Facebook, entré en el mío, en el de Laura. Cuando alguien muere, su muro de Facebook se llena de mensajes cursis y horteras diciendo cosas como “ *si el cielo tiene Facebook, seguro que estás sonriendo al leer todos los mensajes que te mandamos*”... pero ¿cuántos tenía? CERO. Solamente comentarios en el último selfi que subí con morritos incorporados con varios “DEP” y “RIP”. Cerré la sesión cabreada, muy cabreada. Y entré en el perfil de Marta. Triste y aburrido, casi nunca publicaba nada. La habían etiquetado en fotografías donde la pobre no aparecía muy favorecida. ¡Espera! ¡Donde YO no salía muy favorecida! Inmediatamente fui a mirarme al espejo. Madre mía... podría sacarme un poquito más de partido, eso seguro... pero Marta no tenía maquillaje en el lavabo. Ni un triste secador de pelo. Nada. Me quité las gafas de pasta que no favorecían en absoluto. Tenía los ojos de un color verde oscuro muy bonito pero que a penas se veían con esas gafotas. La nariz estaba bien, ni muy pequeña ni muy grande, normal... pero tenía demasiadas pecas y la piel... poco cuidada y con más arrugas de las necesarias. Alguna cana apuntaba en mi cabello castaño oscuro, poco vitaminado y cuidado, con un corte recto y poco definido. Volví a ponerme las gafas porque sin ellas no veía tres en un burro.

Ya me vería desnuda en otro momento, era demasiado traumático para mí ver como mi cara pedía a gritos una limpieza de cutis.

Volví a la habitación y abrí el armario. Tres camisetas, 2 negras y una blanca muy anchas. Dos tejanos pasados de moda. Unos leggins negros. Tres jerséis. Una chaqueta negra y una cazadora tejana de los años 90. Dos zapatos sin tacón y unas deportivas. Nada más.

Abrí el cajón de la mesita de noche. Marta parecía guardarlo todo ahí. Saqué la libreta del banco, actualizada hacía dos meses. Saldo: 50 euros ¡¡¡QUÉÉÉÉÉ!!! Estuve a punto de llamar a Carlota, mi anterior madre y pedirle todo el dinero que gané como top model, que no había sido poco precisamente. Añadiríamos cinco ceros a esa triste y pobre cuenta bancaria. Busqué y rebusqué por si habían más libretas bancarias pero nada. Sólo estaba esa. Sólo tenía 50 euros... y 5 euros en un cutre monedero de falsa piel marrón. Tenía la esperanza de que al volver a actualizar la libreta tuviera algo más... me conformaba con un cero más, ¡uno sólo! En un sobre estaban las nóminas del trabajo de Marta en el supermercado. Ocho horas diarias de trabajo de lunes a sábado para cobrar... alejé la nómina, la acerqué... miré al techo... volví a mirar la nómina... ¡600 euros! Me senté en la cama. Volví a pensar en la paliza que le daría a San Pedro. Miré el reloj, eran las diez de la noche. Volví al lavabo y abrí el grifo... pero era verdad, no había agua y mi cabello y mis sobacos pedían a gritos una buena ducha. Mientras bajaba las escaleras escuché la inconfundible risa de mi abuela. Bueno, de la abuela de Laura. Y no estaba loca, sonó su risa. De verdad.

Fui hacía la cocina pensando en positivo. Mi nuevo estómago crujía como si hiciera un siglo que no comía. Pero al abrir la nevera, mis pensamientos positivos se esfumaron al ver una triste y solitaria mantequilla y un par de yogures caducados desde hacía meses.

-Genial. Cuando vuelva a subir, no sólo San Pedro va a recibir. Marta también. Lo juro.

Otra vez la risa de mi abuela.

-Abuela, en serio basta ya. Vete a jugar a la petanca y déjame en paz. –dije mirando al techo. ¿Por qué cuando hablamos con los muertos miramos al techo? Yo nunca estuve en el techo. Caminamos, flotamos o vagamos por el suelo. No por el techo.

La risa de mi abuela paró. Al menos de momento. Miré el barreño verde fosforito que había al lado de la puerta de la cocina. No me quedaba más remedio que bajar a la plaza del pueblo a buscar agua para ducharme. Mientras bajaba por la calle, iluminada con una tenue luz; recordé mi gran apartamento neoyorquino... mis ventanales con vistas al resto de edificios... mi gran cuarto de baño y su jacuzzi... Mmmm... mi jacuzzi! Que buena vida aquella y como tenía que verme en esos momentos.



En la plaza del pueblo ya no había nadie. Los octogenarios se habían retirado a sus casas y sólo se escuchaba gritos de niños de fondo y algo de música. Entretenida, mirando como el agua iba llenando mi barreño, escuché una voz de mujer mayor muy escandalosa que me llamaba. Al primer “¡Marta!” no me giré, pero ya en la cuarta ocasión que gritó mi nuevo nombre, caí en la cuenta que era a mí a quien llamaba.

-Dígame, señora. –respondí respetuosamente. La mujer desde la ventana de su casa me miró extrañada. Y entonces me hizo una señal con su mano para que me acercara a su casa.

Cogí el pesado barreño y fui a casa de la señora a cinco pasos de la fuente. Ella salió inmediatamente, la pobre casi no cabía por la puerta y llevaba puesto un camisón blanco con flores lilas que dejaban ver sus tobillos hinchados. ¿Qué les pasaba a las mujeres con las flores estampadas en sus vestidos, camiones y demás vestuario ancho y feo? Recordé a la responsable de la muerte de mi anterior vida, la de la maldita tostadora y pensé en su vestido floreado de mal gusto, en el puñetero marido que la había dejado por su prima y en la madre que la parió.

-Ten Marta, te he preparado algo de cenar. –casi lloro. Los ojos se me iluminaron, cogí la cena y abracé a la generosa mujer.

-Gracias, muchas gracias.

Llegué a casa con cierta dificultad y forzando el lado derecho de mi cuerpo debido al pesado barreño. Rápidamente me senté en la mesa y abrí el tupper. Miré con desconcierto lo que había en su interior. Chorizo, patata cocida repleta de una salsa roja muy extraña y al lado una carne grasienta muy curiosa. Pero el estómago crujía cada vez más, así que sin más reparo y sin pensar en los quilos que añadiría al imperfecto cuerpo de Marta, empecé a devorar y a engullir la comida como jamás había hecho como Laura.

Con el estómago lleno, me dispuse a darme una ducha. La que lié en el cuarto de baño... eso fue para morirse de la risa y de echo sí, sé de una que se rió a carcajadas. Otra vez. Y sabía que la tendría ahí, presente e invisible, escuchando su risita ante todas mis desgracias humanas. El champú barato y el gel de olor peculiar, no me dejaron perfecta. Pero algo bueno tenía que tener asearse en esas condiciones y con el agua muy, muy... muy fría. El dolor de cabeza se había ido. ¡Bien!

Me puse los leggins negros, una de las camisetas anchas de tirantes blanca y unos zapatos planos. Me miré en el espejo. Recordé mis largas piernas como Laura, mis ojazos azules, mi melena castaña que aún seguía apareciendo en anuncios de televisión como imagen de una importante firma de champús, siendo la envidia de cualquier cabello... mi nariz perfecta sin pecas, mis estupendos, hidratados y carnosos labios... mis pómulos... ¡Cómo echaba de menos mis marcados pómulos! Y quise llorar más al descubrir el primer apellido de Marta, un detalle que había pasado por alto hasta el momento. Marta Matalascañas Ortega. ¡Nooooo! Matalascañas. Si ya cambié mi apellido (Ruíz) como Laura por el de Smith (porque sonaba más cool e internacional), ¿qué iba a hacer con Matalascañas?



Aún faltaba media hora para que Felisa me viniera a buscar. Cogí el

móvil que había dejado tirado en la cama y me dispuse a cotillear mensajes y cosas así. El móvil dice mucho de las personas, es algo personal, único e intransferible. Mi anterior móvil guardaba muchos secretos... ¡Mierda! Whatsapps obscenos, fotos casi en bolas con mi ex perfecto cuerpo delante del espejo del lavabo, vídeos de borracheras y elegantes juergas varias... no quería ni pensar en quien podía tener mi Iphone y sólo tuve un deseo... que hubiera muerto conmigo o estuviera sin batería.

Vamos a ver... Whatsapps de Marta... Felisa, Felisa, Felisa... y más whatsapps de Felisa. Descubrí el nombre de la mujer de pelo corto, Clara. Y la del lunar en la mejilla Silvia. Perfecto, vamos bien. Un tal Adolfo con una foto en su perfil en la que sólo enseñaba sus bíceps tatuados con lo que parecía un león. Muy bien entrenados, sí señor... lástima del cutre tatuaje.

2 de mayo de 2012.

“Hola guapa! ¿Quedamos mañana?”

“No puedo, trabajo hasta las mil”

“Lástima, tenía algo preparado para ti...”

“¿El qué?”

“Algo parecido a lo del otro día...”

“Estaré tan cansada...”

“¿Me estás dando largas?” (Emoticono triste)

“¡No! Sabes que me encantas... (Emoticono sonrojado). Quedamos mañana y me sorprendes”

“¡Hecho! Besos preciosa” (Emoticonos, muchos emoticonos con besos de corazón)

Tenía que descubrir el rostro de esos fuertes bíceps. Aunque no parecía una relación formal y estaba muy convencida de que los gustos de la anterior Marta eran muy distintos a los míos. De echo, dudaba mucho que en ese pueblo hubiera alguien que me pudiera llamar la atención.

Tras indagar en diversos whatsapps, sobre todo los masculinos y descubrir

que los otros dos hombres que estaban con Silvia y Clara en la terraza del bar se llamaban Toni y Jaime y que este último tenía un rollete con la del lunar, vi al fin un nombre. ALEJANDRO. Felisa lo mencionó, debía ser importante en la vida de Marta. Nadie pone una foto en la que salga espeluznante en su perfil de whatsapp y redes sociales pero el chico era realmente guapo. Cabello oscuro, piel bronceada, ojos verdes, una sonrisa bonita...

Última conversación: 9 de abril de 2012.

“Hola Alejandro... no quiero molestarte”

“Nunca molestas”

“¿Estás bien?”

“Podría estar mejor”

“Podrías estar conmigo”

“Pero no lo estoy”

“Lo siento”

Fin de la conversación. Retrocedí...

15 de febrero de 2012

“Hola Alejandro”

“Hola”

“¿Cómo estás?”

“Me pillas ocupado. Trabajando”

“Hablamos en otro momento”

“Sí, mejor”

Abrí los ojos como platos. Pocas palabras, secas, muy secas y cortantes. ¿Qué había pasado con Alejandro? ¿Quién era? Retrocedí más.

4 de noviembre de 2011

“Hola hermosa. ¿Quieres ir a cenar hoy?”

“Me encantaría”

“Te paso a buscar a las nueve” (Emoticono guiñando un ojo)

“Sí. Besitos guapo” (Muchos emoticonos con besitos de corazón)

(Infinitos emoticonos con besitos de corazón y rosas de parte de Alejandro).

FIN de los whatsapps. No entendía nada. ¿Qué pasó? ¿Qué historia tuvieron? Aunque claro, nunca me interesé por entender a ningún hombre ni profundizar en él. En mi anterior vida, los usaba. Solía decir orgullosa de mí misma que para mí los hombres eran como un kleenex, de usar y tirar. Por dinero, por copas, por cenas, por sexo... y nada más. En mi anterior móvil no tenía conversaciones profundas ni bonitas... bueno, alguna declaración de amor de algún chalado obsesivo pero poco más...

-¿Sabéis que estaría bien ahora? Que hubiera algún espíritu cotilla que conociera la historia y viniera a contármela... –dije mirando al cielo estrellado. Pero no apareció nadie, ni siquiera la molesta risa de mi abuela que muy seguramente estaría ocupada en el cielo brindando por la terrible nueva vida de la arpía de su nieta, con sus amigas de la tercera edad hasta arriba de botox para tener una apariencia que ya quisiera yo en esos momentos... –Mejor no bromeo con la aparición de espíritus y esas cosas ¿verdad? –pasó una estrella fugaz a modo de señal. –Ya... sí... mejor no.

Al otro lado de la calle escuché el sonido de un insistente claxon. Debía ser Felisa, puntual a recogerme.

Bajé corriendo, apagué las luces, cerré la puerta con llave y me subí al Peugeot destartado de mi nueva amiga.

-¿Ya estás mejor? –me preguntó.

-Un poquito mejor, sí...

-¿Quieres un cigarrito? -¡Un cigarrito! ¡Sí! Había olvidado mi adicción a la nicotina.

-¡Claro!

Y fumé... con una sonrisa puesta en la cara, mientras escuchábamos “Imagine all the people” de mi no-amigo John Lennon y la brisa veraniega nocturna acariciaba mi nuevo y desastroso rostro...



Capítulo 4

*“Si vienes, por ejemplo, a las cuatro de la tarde,
comenzaré a ser feliz desde las tres”*

“El Principito”



Ya conocía la poca habilidad de Felisa ante el volante. Estuvimos diez minutos para que aparcara el coche en un hueco donde cabía sin problemas un camión.

-No podemos quedarnos hasta muy tarde, mañana trabajamos. –advirtió Felisa cuando bajamos del coche.

-Claro, el súper... –respondí desanimada. Tenía tantas ganas de trabajar en un súper, como de que se me volviera a estampar una tostadora en la cabeza. -
¿Tú también trabajas ahí?

El ritmo frenético al caminar de Felisa se fue ralentizando hasta detenerse en seco y yo con ella.

-¿Ya estamos? ¿Otra vez? –me encogí de hombros. –Marta, sabes perfectamente que trabajo en la óptica de mi padre, en el paseo. Deja ya de preguntar chorradas, no tiene sentido. ¿Es que no lo ves?

-Claro, claro... lo siento. -¿Lo siento? ¿Esas dos palabras habían salido de mí? ¿Qué me estaba pasando?

Continuamos caminando hasta detenernos frente a un bar. No era el Death&Co de Nueva York que tanto me gustaba, pero no estaba mal... Saludamos a los que ya habían llegado, apoyados en la barra tomando algo. Clara, Silvia, Toni, Jaime y una mujer más junto a otro hombre que me sonaban de haberlos visto en algunas fotos de Facebook, pero ni idea de sus nombres.

-¿Qué quieres tomar? –preguntó Felisa.

-Nada... –respondí recordando los malditos 50 euros que quedaban en mi pobre cuenta bancaria y los 5 que tenía en el bolso.

-Vale, luego te animas si eso ¿no?

-Ya, ya...

Miré a todas las personas que conversaban entre si animadamente.

Hubiera sido más fácil que alguien se hubiera acercado a hablar exclusivamente conmigo, pero todos hablaban con todos. Empezaba a estar tan perdida como el día que morí; pero no había ningún John Lennon para entretenerme. Era odioso recordar más de mi feliz vida anterior que de esta. Porque a mi mente vinieron imágenes de Laura, siempre elegante e impecable con vestidos de firmas carísimas. Al entrar en cualquier lugar, todos los presentes me miraban maravillados, admirando mi belleza y cediéndome los mejores lugares del local. Me invitaban a copas, todos querían hablar conmigo y ser mi centro de atención. ¿Y ahora? Era una mamarracha mal vestida y sin maquillar por la que nadie demostraba ningún interés y tenía que estar incómodamente de pie sin tomar nada porque nadie la invitaba y sabía que no podía malgastar el poco dinero que tenía en una consumición. Instintivamente, miré a la puerta del bar y ahí apareció él. ÉL. Lo reconocí de inmediato. Supongo que ÉL, tuvo una sensación parecida a la que tenía siempre Laura. Todas las mujeres del bar dejaron de hacer lo que estaban haciendo para mirarlo. Pero a él parecía no importarle. Se iba acercando cada vez más a nosotros, majestuoso, elegante... con ese aire de tipo duro, de “soy guapo pero no me lo creo”... sonriendo. Pero dejó de sonreír al verme. Sólo una mirada, de reojo y fugaz. Pude ver desprecio hacia mí en su rostro.

-¡Alejandro, tío! ¡Cuánto tiempo! –le saludó Jaime.

-Demasiado ¿no? He estado bastante ocupado. –respondió mientras le daba dos besos a todas las mujeres. MENOS A MÍ. –Una coca cola Merche, por favor. –Pidió dirigiéndose a la camarera que lo miraba hipnotizada desde hacía rato.

Nadie es tan guapo como en su foto de perfil de whatsapp o de redes sociales... nadie, excepto ÉL. Él era más guapo en persona. Mucho más. ¿Pero que le había hecho Marta? ¿Cómo pudo fijarse alguien como él en alguien como Marta? ¿En alguien como YO?

Felisa se acercó a mí.

-Un poco incómoda la situación ¿verdad? Chica, desde luego... no sé como lo dejaste escapar. –dijo negando con la cabeza y dándome un golpecito en el

hombro.

-¿Vamos fuera a fumar un cigarro? –le pregunté mirando a Alejandro que en todo momento había evitado volver a mirarme.



Felisa y yo salimos a fumar. “¡Mal vicio!”, nos gritaron riendo desde una de las mesas de la terraza del bar, un grupo de cuarentones y cuarentonas. Felisa rió, seguramente Marta también los conocía. Tras dos caladas, me decidí a preguntarle a Felisa qué era lo que había pasado entre Alejandro y Marta. Entre ÉL y YO...

-Felisa... esta tarde, me hablaste de mi trauma al morir mis padres... que me había olvidado incluso de Alejandro... –empecé.

-Sí, pero eso es agua pasada. Pasó hace cinco años.

No tenía mucho sentido porque Marta y Alejandro se habían escrito hace meses. No años. Meses.

-Ya. ¿Pero que pasó?

-Cuando tus padres tuvieron el accidente de coche, te aislaste del mundo. Eso lo recuerdas ¿verdad? No saliste de casa durante meses. No sé que pasó por tu mente, pero te olvidaste de la gente, como parece ser que te está pasando ahora... incluso de Alejandro. No conocías a nadie, no recordabas a nadie... Él ha sido el amor de tu vida, desde que erais niños y creo que ha tenido demasiada paciencia contigo. Fue quien te ayudó a salir del hoyo y créeme, no fue nada fácil, lo pasó fatal. Y tú se lo pagaste... bueno, como se lo pagaste. Pobrecito... ahora lo veo bien, algo más feliz.

-¿Pero que le hice? –susurré.

-¿En serio me estás preguntado eso? No me lo puedo creer Marta, lo tuyo es muy fuerte tía. –Felisa gritó tanto que todos los allí presentes se giraron a mirarla.

-Shhh... baja la voz...

-Mira, si mañana no vas al médico te llevo yo.

-¡Y dale con el médico! –ahora era yo la que había hablado demasiado alto. Los de las mesas de la terraza del bar se lo estaban pasando en grande con nosotras.-Sólo quiero que me digas qué le hice a Alejandro.

Felisa me miró con el mismo desprecio que Alejandro instantes antes. Me sentía como una auténtica mierda, aunque ni siquiera eso era real. Porque yo no le había hecho nada al pobre hombre, sólo era la nueva propietaria del cuerpo de la que le había hecho tanto daño. Volví a maldecir a Marta, la que estaba feliz cantando con los ángeles o jugando a la petanca con mi abuela, quien sabe. Sin preocupaciones mortales, sin dolor, sin traumas... recordé la paz y la felicidad de su espíritu al cruzar la luz con sus padres. ¿Y esa cruzó la luz? ¿Y yo no? ¿Estamos de broma?

Cuando volví a entrar al bar, tuve la grata sorpresa de que todos estaban hablando de mí. ¡De la top model Laura Smith!

-¿En serio ha muerto? ¿Y que le pasó? –preguntó Clara.

-Sí, hace unos días. Drogas, ya sabes... estas modelos se pasan con la coca para estar delgadas. –respondió Silvia. ¿Eso se había dicho? Maldita prensa sensacionalista. Hubiera vendido más la real historia de la tostadora, pero claro... era más simple escribir que la droga había acabado conmigo y en cierto modo, era menos cómico. Mucho más trágico y a la gente le encanta leer tragedias.

-Estaba buenísima. –dijo Jaime lascivamente mientras bebía un sorbo de su bebida.

-A mí me encantaba. Tenía algo, tenía ángel. –observó seriamente Alejandro.

Cuando él hablaba, todos callaban. Le escuchaban, le miraban, le respetaban. No hablaba como el resto, pronunciaba las S sin dificultad, tenía un acento neutro y lo miré embobada como todas... feliz porque pensara eso de

mí. ¡Porque sí! Yo era Laura y seguía teniendo ángel. Dentro de un cuerpo equivocado y desastroso... pero... tal vez podría hablar con él. Tal vez se enamorara de mí. De Marta otra vez, sin sospechar que en su interior habitaba esa top model que le encantaba. Sospeché que mi nuevo cuerpo se sentía atraído hacía él por todo lo que habían vivido y que yo, desconocía completamente. Pero ese “enamoramiento” que estaba experimentando desde el momento en el que lo había visto entrar por la puerta, ¿hubiera ocurrido también con el cuerpo de Laura? ¿Nos enamoramos con el alma, o con el cuerpo? ¿Del alma o del cuerpo? Por un momento, incluso se me ocurrió la delirante idea de contarle a Alejandro que bajo ese cuerpo que él parecía conocer tan bien, se escondía esa modelo que le encantaba. Pero claro, pensé en ese ejecutivo desconocido, encerrado en un manicomio y afirmando que era Napoleón y se me fueron las ganas.

Iba a decir algo sobre la modelo muerta a la que conocía tan bien, cuando me di cuenta que me había quedado sola. Todos habían salido del bar y sólo Felisa, me esperaba pacientemente en la puerta fumando otro cigarrillo.

-Mira que estás rara...

Felisa me estaba empezando a caer bien. Era dura y cruelmente sincera pero parecía ser el tipo de amiga que siempre querías contigo, que estaba en las buenas y en las malas. Como Laura, me hubiera gustado tener una amiga así y si tuve la oportunidad de tenerla, seguramente la rechacé. Como Marta, me sentí afortunada de tenerla. Habían cosas de esta segunda oportunidad que de momento tampoco estaban tan mal.



Tras pasar el Paseo, caminamos unos pasos por la calle Duquesa de la Victoria y giramos a la izquierda, calle San Bartolomé. Parecía ser la calle de bares y pubs, había muchísima gente bebiendo, riendo, hablando... viviendo. Pero en realidad, sólo habían dos pubs abiertos. Uno tenía dos entradas, iluminado con una luz tenue, podía verse desde la calle. El otro, completamente cerrado y sin poderlo ver desde el exterior no me dio tan buen rollito. Sólo entraban y salían jóvenes de dieciséis años.

Entramos en el pub, ambientado con una canción de David Bisbal. Yo seguía sin saber de qué hablar con nadie. Esperaba que Marta también fuera mujer de pocas palabras y que a nadie le extrañara mi comportamiento.

-¡La una! A las dos nos vamos, que mañana hay curro en el súper. ¿Quedamos antes en el paseo para tomar un café? –por lo visto, Clara, la mujer de pelo corto trabajaba en el súper conmigo. Nunca me había hecho tan feliz una proposición para ir a tomar café. Sabía donde estaba el paseo, pero no tenía ni idea de donde estaba el súper. Y mi situación económica no estaba como para que me despidieran. ¡Menuda ironía! Como Laura no me levantaba de la cama por menos de tres mil euros y como Marta, tenía que trabajar duro para ganar más bien poquito y no al día... al mes...

-Claro, ¿a qué hora?

-A las siete... ¡uf! –rió Clara mirando el reloj.

Mi cuerpo se estremeció al pensar en esas intempestivas horas pero le devolví la risa antes de que se fuera a la barra a pedir un cubata. Me quedé sola, en medio del pub. Rodeada de gente, pero sola. Moví un poco el pie al ritmo de Bisbal pero no me apetecía ser la reina de la pista. Esa noche no. Todos mis amigos estaban en la barra incluido ÉL. Me miró. Lo miré. Ninguno de los dos apartamos la vista el uno del otro. No me sonreía pero al menos no me miraba con el desprecio de antes. Me miraba con pena, se lo veía en sus ojos. Seguía mirándolo fijamente y era como si lo conociera desde siempre, sin haber cruzado una palabra con él. Claro, para él, yo era alguien a quien conocía muy bien... con quien había hablado, a quien había besado... y que claramente algo muy malo le había hecho. Algo que seguramente no perdonaría nunca. En el momento en el que decidí acercarme a él, alguien me dio un golpecito en el trasero. Inmediatamente y por instinto, le di una fuerte bofetada al propietario del descarado e inoportuno acto. Vi como Alejandro apartaba la mirada de mí, con gesto decepcionado y miraba hacia la barra.

-¡Imbécil! –le grité al hombre que me había tocado el culo.

-¿Estás loca? ¿Qué te pasa? ¿No te alegras de verme? –esto último lo preguntó haciendo morritos y acercándose babosamente a mí. Miré su brazo. Cachas. Muy cachas. Y ese tatuaje feo y hortera de un león. Inconfundible. Era Adolfo, el rollete de Marta. ¿En serio? ¿Había dejado a Alejandro por ese? No era feo, pero no resultaba tan atractivo ni elegante como Alejandro. Estaba medio calvo pero llevaba el tema con dignidad rapándose la cabeza. Nariz grande, ojos marrones y alto, muy alto. -¿No me has echado de menos? – insistió.

-¿Cómo?

-¡Chacho!

-¿Chacho? –con el tiempo supe que “Chacho” es una expresión bastante común en Extremadura, diminutivo de “Muchacho”.

-Después de un mes... ¿no has echado de menos estos bíceps?

-¿Y dónde has estado en este mes? –pregunté mirando de reojo a Alejandro, que había empezado a entablar conversación con una mujer a la que no había visto hasta ese momento.

-Te lo dije, en Sevilla con mi padre. En una obra. –respondió Adolfo desconcertado. Estaba empezando a acostumbrarme a la confusión y desconcierto de la gente cuando les preguntaba cosas que evidentemente, tenía que saber.

Alejandro se reía, sonreía tímidamente y miraba fijamente a su acompañante. Ella coqueteaba descaradamente. Desde luego, era mucho más guapa que yo, o al menos la chapa y pintura a la que se había sometido funcionaba. Melena bien arreglada, rubia, alta, buen físico... y una cara dulce y bonita. Alejandro volvió a mirarme de reojo al percatarse que lo estaba observando. Posó su mano en el hombro de la mujer y salieron del pub. Adolfo seguía hablando de calor, sudor, alturas, gimnasio, caballos... pero había dejado de escucharle desde hacía rato. Me entristecí mucho... como nunca antes.

-Adolfo, muy interesante... pero me tengo que ir. Mañana trabajo. –dije

cortante.

-¿Te acompaño? ¿Y pasamos una de nuestras noches... ya sabes? – respondió acercándose más y más... le aparté de un manotazo.

-En serio, ¿qué te pasa?

-Tú estás muy cambiada. –silencio. Bisbal le había dado paso a Carlos Baute y muchas mujeres del bar cantaban como locas su canción. –Antes no hubieras esperado a irnos a casa y lo hubiéramos hecho en el lavabo. –aluciné. ¿En el lavabo? ¿Y la anterior dueña de ese cuerpo estaba en el paraíso celestial?

-No me interesas. Y hasta aquí llegó nuestra conversación. Así que haz el favor de no molestarme más.

-Tú te lo pierdes. –y se fue. No sin antes mostrarme sus bíceps, su león tatuado y volver a poner morritos.

Fui hacia mis nuevos amigos que hablaban, movían un poco la cadera de vez en cuando al ritmo de Baute y bebían sorbos largos de sus respectivos cubatas.

-Felisa, dime que tengo gasolina en mi coche.

-Tienes gasolina en tu coche.

-Pues me voy a casa.

-No te reconozco. El golpe en la cabeza te ha cambiado completamente. Pero creo que para bien. –dijo Felisa guiñándome un ojo.

-A ver, dime... ¿en qué he cambiado? ¿Qué estaría haciendo ahora?

-Emborracharte. –respondió riendo. -Beber como una cosaca e irte con cualquiera por ahí. Vivir la vida, ¿recuerdas? Pero ese tipo de vida no te beneficiaba en absoluto... –dijo entonces con tristeza. –Estuve a punto de llevarte a alcohólicos anónimos, pero ya veo que no lo necesitas.

Sonreí. Como Laura, reconozco que abusé de drogas y alcohol pero desde

luego no me iba con cualquiera a la cama. Y jamás me lo monté en un lavabo. ¡Puajjj! Era más elegante que eso. Y decidí en ese momento, llevar mi elegancia y saber estar al nuevo cuerpo de Marta. Tunearlo un poco y conquistar a Alejandro.

-Felisa, mañana me vendrás a buscar al súper?

-¿A las dos?

-Claro, a las dos...

-Bueno, mañana es sábado, ¡tarde libre! ¡Tarde de chicas! –alzó su cubata a modo de brindis.

-Mira que bien. Me gustaría hacerme unas lentillas.

-¡Por fin! ¡Te lo llevo diciendo años!

-Genial. ¿Me das un cigarrito para el camino?

-Ten. ¡Hasta mañana!

-¡Marta! ¡A las siete en el paseo! –me recordó gritando Clara desde la otra punta del pub.



Salí. Busqué entre todas las caras la de Alejandro, pero ni rastro de él. Ni de su partenaire. Sabía donde estaba mi coche pero decidí optar por una ruta desconocida para conocer un poco el pueblo. En vez de bajar la calle, subí y giré a la izquierda, donde había una plaza con una fuente en medio cuyo nombre era Plaza Gregorio Bravo. Sabía que tenía que bajar para encontrar mi coche, así que bajé, bajé... y sin dificultades encontré de frente el paseo. Las mesas de las terrazas de los bares ya estaban recogidas y en esa zona no había ni un alma. Llegué a mi viejo Vitara y mientras buscaba las llaves del coche, lo vi. ÉL. En la otra acera, quieto como una estatua en la penumbra, con las manos en sus bolsillos. Ni rastro de la mujer. Me miraba, como sólo se mira a alguien por quien sientes AMOR. No conocí el sentimiento real de esa palabra en mi anterior cuerpo, pero no había que ser un premio Nobel para darse cuenta que tras esa mirada se escondían sentimientos. Sentimientos muy bonitos. Sin apartar la vista de mí, cruzó la calle y se acercó. Tenerlo delante

hizo que mis piernas empezaran a temblar y un cosquilleo se apoderara de mi estómago.

-Hola. –saludó. No pude articular palabra. -¿No vas a decirme nada?

-Claro... hola... –dije tímidamente. ¿Qué había sido de Laura Smith?

Nos quedamos en silencio un rato. No era de esos silencios incómodos en los que sientes la necesidad de soltar cualquier tontería para romper el hielo. Era de esos silencios, donde las miradas lo dicen todo. Y de repente, sin previo aviso, vi fugazmente a una mujer detrás de Alejandro. Ni siquiera me dio tiempo a distinguir su rostro, ya que parecía que estuviera corriendo de un lado a otro. Parecía llevar un camisón blanco y tener el cabello largo y oscuro pero nada más. Miré detrás de Alejandro para cerciorarme de que ya no había nadie ahí. Si se hubiera quedado, sí me hubiera dado mal rollo, la verdad. Pero desapareció al instante. Bajé la mirada rogándole a San Pedro que en ese momento no apareciera ningún espectro que me destrozara el momento...

-¿Estás bien? –preguntó Alejandro preocupado.

-Sí, sí...

-Estás rara.

-Eso dicen.

-Tenemos que hablar. –y me miró aún más fijamente. -¿Quieres? –aunque me hubiera propuesto tirarme de un puente con él, le hubiera dicho que sí.

-Sí.

-¿Te paso a buscar mañana a las cuatro? ¿Te va bien?

-Sí... has estado en mi terraza ¿verdad? –Alejandro asintió extrañado. – ¿Sabes el pueblo que se ve a lo lejos desde la esquina de la barandilla? Que por la noche está iluminado y...

-Marvão.

-¡Ese! –dije feliz de saber al fin el nombre del pueblo que había visto a lo

lejos. –Quiero que me lleves allí.

-Pero si odias Portugal. -¿Portugal? ¿Eso era Portugal? Tenía que buscarlo en google y tenía que saber exactamente en qué punto geográfico de Extremadura me encontraba.

-Hay muchas cosas que quiero cambiar, Alejandro. –respondí resuelta y esperando con eso, poder tener alguna oportunidad con él.

-Me parece muy bien Marta. Ya era hora.

-Vale, sí... esto... a las cuatro entonces.

-A las cuatro.

-A las cuatro...

-Sí...

Alejandro sonrió. Se agachó un poco, yo humedecí mis labios para tenerlos preparados, pensando que era el momento de un romántico beso y... señaló su mejilla como si yo fuera una niña pequeña y él me pidiera un inocente beso. Le di un beso. Y se fue. Dejándome con las ganas. Como Laura había hecho tantas veces por las calles de Nueva York, Milán, Roma, Londres, Barcelona, Madrid... buena jugada.



Arrancar mi coche fue una odisea. Le pillé el truco a los quince minutos y al fin, salí dirección a mi pueblo pequeño de casas blancas, rodeado de montañas con pinos.

Eran las dos y media de la madrugada pero no tenía sueño. Mi cuerpo estaba cansado, pero mi alma, la de siempre, estaba más viva que nunca. Encendí el cigarrillo que me había dado Felisa y miré el cielo estrellado. Era algo que nunca había hecho como Laura. Laura seguramente estaría asqueada, deseando el asfalto y el olor a contaminación de una gran ciudad. Loca por un buen Martini al lado de un apuesto ejecutivo trajeado, con una conversación superficial. Y yo seguía siendo Laura, esa top model engreída que sólo buscaba popularidad y riquezas materiales, sólo que en ese momento me daba igual que me quedaran 50 euros en mi nueva cuenta bancaria y que mi apellido

fuera Matalascañas. Estaba sorprendida de mí misma y dispuesta a empezar a vivir esa segunda oportunidad.

-Marta... -la locura de hablar con una misma. -Te voy a tunear. Empezaremos a hacer deporte, a dejar de comer chorizo y te convertiré en una top model. Bajita y con pecas pero... -me resigné.

Y me fui a la cama, no sin antes poner el despertador a las seis y cuarto de la mañana. ¡Madre de Dios! A las cuatro, un escalofrío me despertó.

-¡iiiiiiAHHHHHHHHHHHHHHH!!!!!! -chillé con todas mis fuerzas y me tapé con la sábana hasta la cabeza.

A los pies de la cama, aparecía la mujer que anteriormente había visto tras Alejandro. Su figura estaba desfigurada por la velocidad a la que corría de un lado a otro. Negué con la cabeza, me pellizqué y me dolió... no estaba soñando, era real. Podía ver espíritus de verdad y daba miedo. Al menos verlos de esa forma. Encendí la luz con cierta torpeza, temblando.

-¡Chica para ya! ¡Te vas a cansar! -le grité. Pareció funcionar.

-¡Me puedes ver! -y finalmente se detuvo ante mí. Abrió mucho los ojos, de un color negro intenso. Estaba pálida y muy ojerosa.

-¿Cómo te llamas? -se encogió de hombros. -¿No lo sabes? -negó con la cabeza. -¿Mujer de pocas palabras? -me miró aterrorizada. Dejé de tener miedo.

-Algo malo va a pasar. –eso ya sí me dio miedo.

-¿Y puedo hacer algo para evitarlo? –negó tristemente. -¿Cuándo moriste?
–volvió a encogerse de hombros. Difícil, muy difícil.

-Tengo un hijo. Tiene cinco años. Algo malo va a pasar, algo malo va a pasar... –seguía diciendo inquieta. Y volvió a correr de un lado a otro. Miré el reloj, las cuatro y media.

-¡Quieta! ¡Por favor! –volvió a detenerse. -¿Algo malo relacionado con tu hijo?

-Se va a perder. Se va a perder...

-Tranquila. Vete con él, ¿sí? Y cuando se pierda, ven a verme y a decirme donde está. Yo le encontraré y le protegeré. –mis palabras sonaron seguras y convincentes. El fantasma se tranquilizó, agradeció mi seguridad con una sonrisa y desapareció. -¿Alguien más? –esperé unos segundos. Nada, no había siguiente tanda. Pero yo no volví a pegar ojo. No escuché la risa de mi abuela ni de otro ser del otro plano existencial burlándose de mi curiosa existencia humana. -¿Qué andarás haciendo a estas horas?



A las seis fui hasta la cocina loca por un poco de cafeína. Pero nada. Pensé en que pronto cobraría mi sueldo en el súper y eso me animó un poco. Tendría dinero para comprar comida, pagar gastos, tener agua... tener una vida más organizada de lo que había parecido llevar la anterior Marta. Y si pudiera, ir ahorrando un poquito. Antes de irme, me di una ducha de agua fría con el agua que fui a buscar a la fuente. Los octogenarios aún no habían salido de sus camas. Me horrorizó ponerme el uniforme del súper. Esos pantalones, esa camiseta... al menos iba cómoda.

Cogí el coche, estaba amaneciendo. El cielo volvía a regalarme un increíble juego de colores que agradecí enormemente. ¿Cómo me desenvolvería en mi nuevo trabajo? Estaba acostumbrada a trabajar con cientos de personas observándome, maquilladores y estilistas cuidándome, cámaras a mi alrededor sacando lo mejor de mí... focos iluminándome y favoreciendo mis poses artificiales que tan bien quedaban en las fotografías y televisión. Pero ¿cómo era la vida de una cajera de supermercado? No

tardaría en descubrirlo.

Clara me esperaba en el paseo. Su cara era un poema.

-¡No he dormido nada! –me informó. Gus me lió y...

-¿Quién es Gus? –de nuevo, otra cara de desconcierto.

-Sí estás rara, sí. –dijo riendo, mientras me guiaba por unas callejuelas hasta llegar al bar donde tomaríamos un café. Mmmm... ¡Café!

Nos sentamos y al dar el primer sorbo de café, me sentí genial. ¿Cuánto tiempo hacía que no bebía café? El último que recuerdo fue en Nueva York, antes de que me cayera la maldita tostadora por la ventana a velocidad ultrasónica.

-Complicada la situación con Alejandro, ¿verdad? Te noté muy incómoda.

-Sí, bueno... –no sabía en que punto estaba mi relación amistosa con Clara. ¿Era una persona en la que se podía confiar? ¿Era una buena amiga? ¿Conocida? ¿Quién era Clara?

-¡Venga! Siempre me lo cuentas todo... y más tratándose de mi primo.

-¿Tu primo? –de nuevo la cara de desconcierto. Empezaba a divertirme tener el don de dejar a todos flipados.

-Eso dicen nuestras madres. –respondió riendo.

-No, sí, claro... pues hoy he quedado con él.

-¡Pero si es nuestra tarde de chicas!

-Tendrá que ser otro día. –le guiñé un ojo.

-Entiendo... pues me parece fenomenal que quedéis y habléis. Sobre todo teniendo en cuenta que ya le queda poco en el pueblo.

-¿Cómo?

-¿No lo sabes? Bueno, ya te contaré. Le han ofrecido un trabajo muy bueno en Aveiro. –no tenía ni puñetera idea de donde estaba Aveiro. –Será encargado

de un centro comercial. Subdirector o algo así. Ha tenido suerte.

Y mi cabeza se fue a otro rincón del planeta. La información que me había proporcionado Clara, fue peor que el fatídico momento en el que vi caer la maldita tostadora por la ventana. ¿No se me olvidaría nunca ese momento verdad? NO... escuché decir por ahí a alguien con la voz muy parecida a la de San Pedro.

A las ocho fuimos al súper. Dos hombres abrían la persiana y Clara y yo entramos. Imité todo lo que ella hacía, colocándome en lo que parecía ser “mi caja”. Afortunadamente, mi cuerpo parecía ir en modo automático, como si le hubieran pulsado un botón para que hiciera todo lo que sabía que tenía que hacer. Mis manos sabían perfectamente como debían manejarse con la caja, dinero, cambios, productos, códigos de barra... mientras que mi cerebro funcionaba a mil por hora, pensando en el trabajo, en Alejandro, en espíritus y tostadoras. A las ocho y media, empezó a entrar gente, sobre todo octogenarios con sus bastones y carritos de la compra.



La hora de cerrar llegó rápido y sin ninguna dificultad a pesar de mis temores iniciales. Había estado muy entretenida en mi puesto de trabajo. La gente era muy agradable, por lo visto me conocían todos y me saludaban y hablaban, como si fuera un miembro más de su familia. Mis manos ágiles, no me fallaron, trabajaron correctamente en todo momento y no estaba acostumbrada a que hubiera tan buen ambiente entre los compañeros de trabajo. Eso me ayudó a sonreír y ser agradable. ¡AGRADABLE! ¿Cuándo había sido la última vez que yo, Laura “Smith”, había sido agradable con alguien desinteresadamente? Entre las modelos, si hubiéramos podido sacarnos los ojos, estoy convencida de que lo hubiéramos hecho... ¿Compañerismo? ¿Eso que era? Sin embargo en el súper, todos se ayudaban los unos a los otros, no había rivalidad e incluso el encargado, Manuel, de unos cincuenta años, bajito y regordete, hacía que el trabajo fuera más fácil. Antes de cerrar, me dijo que pasara por su despacho. Por un momento temí que la anterior Marta tuviera un lío con el jefe, pero me alivió ver una fotografía en su mesa donde aparecía un Manuel súper feliz con su mujer y dos

adolescentes con la cara llena de granos.

-Marta, me pediste un adelanto de tu sueldo. —empezó con vehemencia. —Te voy a adelantar la nómina de julio, la paga doble y algunos bonos que te debía. El lunes ingreso en tu cuenta 1500 euros.

-Muchas gracias, Manuel. —quería llorar. Como cuando mi vecina del pueblo me entregó el tupper con la cena la noche anterior.

-Para eso estamos. Disfruta del fin de semana.

-¡Gracias!

Salí del súper a las dos y cuarto, como si me hubieran inyectado una dosis doble de felicidad. Faltaban menos de dos horas para ver a Alejandro, aunque la idea de saber que habíamos quedado para darme la fatal noticia de que se iba, hizo que la dosis doble de felicidad, disminuyera a menos de la mitad...

Felisa me llevó hasta la óptica, donde mientras me graduaba la vista me iba preguntando detalles de mi ratito con Alejandro.

-Espero que te de una... —meditó unos segundos.- ¿decimosexta oportunidad?

-Me ha dicho Clara que se traslada a Aveiro a trabajar.

-Eso he oído. A lo mejor le haces cambiar de opinión. —sus palabras me dieron un poquito de esperanza. —Pero si fuera el caso, no la vuelvas a cagar.

-¿Tanto daño le he hecho?

-¿Daño? Le hubieras hecho menos daño si le hubieras clavado un puñal en el estómago, Marta. No sé ni siquiera como te atreves a preguntarlo después de todo... mejor no hablar del tema porque me sulfuro.

-Tu sinceridad es... no encuentro la definición exacta. ¿Dónde está Aveiro, por cierto?

-Portugal, lo sabes de sobras. Aveiro es la Venecia Portuguesa. Ahora vas

a odiar aún más Portugal.

¿Por qué odiaba Portugal? En mi vida anterior rodé un par de anuncios en Lisboa y me pareció una ciudad preciosa.

-Esto está listo. 3,75 dioptrías de miopía en cada ojo. –buscó en un cajón repleto de cajitas. –Aquí las tienes.

-¿Cuánto te debo?

-Nada, estas te las regalo yo. Son mensuales, tienes para seis meses.

-No, pero quiero pagarte...

-No, no, no. Te las regalo, en serio. Suficientes problemas tienes tú ya, como por ejemplo... pagar los recibos pendientes del agua?

-Sí... estoy cansada de ir a buscar agua a la fuente... –dije riendo. – Gracias, Felisa. –y volví a estar a punto de llorar. Como con Manuel y su generosidad adelantándome el sueldo, como con mi vecina octogenaria y su tupper...

-¿O sea que hoy no te apuntas a la tarde de chicas?

-Me hubiera encantado, pero... –Felisa asintió con la cabeza, feliz de verdad por mí. No conocía la sensación de que alguien se alegrara de verdad por lo bueno que le sucedía a otra persona. Ese no había sido mi mundo. El mío, era el de las envidias, el de ser odiada por otra modelo si conseguías arrebatarse la campaña publicitaria que ella tanto deseaba. –Por cierto, ¿tienes algo de maquillaje?

-¿Maquillaje? ¿Tú? –asentí. –¡Claro! ¡No te reconozco! –dijo feliz.

Me dejó un neceser con maquillaje y me fui al baño de la óptica para someterme a una buena sesión de chapa y pintura. ¡Anti ojeras! ¡Que maravilla! Al fin pude quitarme las dichas gafas de pasta para que pudieran verse bien mis nuevos ojos verdes gracias a las lentillas. Con el cabello poco podía hacer, así que decidí hacerme un moño. Me miré en el espejo.

-¡Uau! Estás realmente guapa... Menudo cambio. ¿Dónde has aprendido a maquillarte así? –preguntó sorprendida Felisa.

-Tutoriales de youtube... –por la cara de Laura habían pasado las mejores maquilladoras contándome todos sus trucos... gracias a todos mis años como modelo, conocía muy bien todos los secretos del maquillaje y como sacar el mejor partido a cualquier rostro.

-En la peluquería de Loli buscan maquilladora... creo que no se te da nada mal.

-¿Tú crees? Y por casualidad, no sabrías el sueldo ¿verdad?

-No la busca fija, sería algo esporádico. No para dejar el trabajo del súper, pero sí para sacarte un sobresueldo, que lo necesitas...

-¿Se lo puedes decir?

-Vale, yo se lo digo. Pero ve a hablar con ella lo antes posible.

-¡Sí! –respondí risueña, pensando en la manera para poder mejorar mi cuenta bancaria y no tener problemas económicos. No me iba a hacer millonaria ni volvería a llevar mi vida lujosa de antaño, eso seguro... pero al menos podría tener agua en casa. –Bueno, me voy. Gracias por todo.

Abracé a Felisa. Se sorprendió mucho y yo también. Apenas hacía 24 horas que había aterrizado en ese nuevo mundo y ya estaba aprendiendo que la amistad, es uno de los tesoros más bien preciados.

Mi estómago empezó a crujir cuando llegué a casa, a las tres de la tarde. Pero allí estaba mi ángel octogenario, esperando en la puerta de su casa con un tupper en la mano y un abanico. Me acerqué corriendo.

-Bonita, te he preparado la comida de hoy. Algo ligerito.

-¡Muchísimas gracias! –le di un beso en la mejilla. La mujer empezó a reír, feliz.

-Estás muy guapa. –observó ajustándose las gafas.

Abrí el tupper. Coliflor con bechamel. ¿Bechamel? ¿Ligerito? Me reí, por si a la bruja de mi abuela se le ocurría aparecer para cachondearse de mí. Comí rápido y fui a la habitación a cambiarme de ropa. Me puse unos tejanos, otra de las camisetas de tirantes anchas que había en el armario y las deportivas. No estaba mal. Nada mal. Mi rostro tenía luz, le había dado vida a esa cara apagada con ojeras y a esos ojos verdes que tan escondidos estaban tras las gafotas de pasta.

Tres y media. Media hora para ver a Alejandro. Contaba los segundos con impaciencia y nerviosismo, algo que como Laura, no me hubiera pasado. Tampoco existió ningún Alejandro en mi anterior vida, que desmontara mis esquemas y me hiciera creer que había corazón tras esa armadura de hielo.

-San Pedro... tranquilo, ya no te voy a patear el culo. –le dije mirando al cielo, mientras le daba una calada a mi cigarrillo sentada en la barandilla de la terraza. Hacía calor, mucho calor. –Esta vida no está tan mal. Pintaba mal, claro... pero hay personas geniales en este mundo, ¿sabes? –no esperaba respuesta, claro. San Pedro debía estar muy ocupado recibiendo nuevas almas en su lujosa sala blanca como para pararse a escuchar mis delirios. –Si las hubiera tenido en mi anterior vida, quizá me habría ganado el cielo.



Y de pronto, pensé en mi primer espíritu. Había estado tan ocupada que me había olvidado por completo de la mujer, su preocupación y su hijo de cinco años. Temí que llegara la noche por si volvía a aparecer a los pies de mi cama corriendo su maratón personal. Los escalofríos volvieron a mí. Y mis pensamientos se desvanecieron al escuchar un suave claxon que procedía de la calle. Bajé las escaleras tan rápido, que tropecé y acabé con la cara a un milímetro del suelo, como si estuviera rezando en una ermita árabe por Allah. Me levanté como si nada, esperando que Alejandro no hubiera escuchado el estruendo desde el coche. Y de repente, una carcajada de mi abuela. A ella sí le iba a patear el culo la próxima vez que la viera.

Salí de casa. Mientras cerraba la puerta con llave pude ver de reojo como Alejandro me miraba embobado y sorprendido a la vez. Me subí al coche, un Seat Ibiza oscuro bien cuidado y esperé a que fuera él quien se acercara a

darme dos besos. Pero no lo hizo.

-Estás... –no le salían las palabras. Lo miré, intensamente. ¿Guapa? ¿Radiante? ¿Espectacular? –...diferente. –Diferente no era la palabra que esperaba escuchar. Olvidé por un momento que ya no era una espectacular top model... era una mujer del montón

-Gracias. Supongo.

-Hace calor. Tendríamos que haber quedado más tarde. –con las ganas que tenía de verlo, eso tampoco era lo que quería escuchar.

-¿Me llevas a Marvão, entonces?

-Claro. Allí son las tres ahora. Estará desierto. –informó con cierta negatividad.

-Un café servirán ¿no?

-¿Desde cuando bebes café en Portugal? Detestas el café de allí. – Alejandro sabía demasiadas cosas de mí, incluso los detalles más insignificantes. Desmontar todos sus conocimientos sobre mi persona en segundos no me parecía el mejor plan para volver a conquistarlo. El ser tan diferente a Marta tampoco ayudaba.

-La gente cambia. He cambiado Alejandro, y mucho... ¿Cuánto hace que no hablamos? –quise saber.

-En persona desde enero. No nos hemos visto desde... –quise que continuara. ¿Desde que? ¿Por qué? –Mejor déjalo... no quiero hablar del tema.

-¿Tanto daño te hice?

Alejandro dejó de mirar la carretera unos segundos y me fulminó con la mirada. Le señalé la carretera, no quería volver a morirme. No en ese momento. No con ÉL. Iba a enloquecer como no supiera qué era lo que le había hecho. ¿Liarme con Adolfo tal vez? ¿Fue eso? No creo que clavarle un puñal en el estómago doliera menos que serle infiel con un cachitas. ¡Esas cosas se superan! Pero por lo visto lo que le había hecho la anterior Marta, era de lo que no se olvidaba jamás. De lo que no se podía perdonar nunca. Y

seguía repitiéndome una y otra vez... ¿por qué ella se había ganado el cielo y yo no? Tal vez ella también había sufrido y por eso se lo ganó. ¿Sufrir hace que San Pedro se compadezca de nosotros y nos regale un pedacito de cielo? ¿Será eso? Laura no sufrió en absoluto, tuvo una buena vida. No sufría por nada, sólo por si se le rompía una uña o el corte de pelo no había quedado como quería. Con lo que estaba sufriendo en esos momentos y en ese nuevo cuerpo, ya podía ganarme una híper mega mansión en el cielo.

-¿Quién era la mujer que estaba contigo anoche? La rubia... –vi como se sonrojaba.

-Por eso hemos quedado. Quiero contarte cosas.

En seguida me di cuenta que Alejandro era de esos tipos a los que les gusta resultar misterioso. Un hombre de pocas palabras, ya que durante todo el trayecto no volvimos a hablar. Hacía rato que habíamos cruzado la frontera y habíamos llegado a Portugal. Tras unas cuantas curvas en plena montaña, Alejandro aparcó el coche y subimos andando hasta llegar al pueblo, cuya entrada me maravilló.

-Así que esto es Marvão... –dije admirando el majestuoso arco por el que se entraba en el rocambolesco pueblo, rodeado de una muralla, repleto de casitas blancas y baldosas de piedra que parecían estar ahí desde sus orígenes.

Alejandro me miró extrañado pero no dijo nada. Caminamos hacia arriba, encontrándonos con algún turista despistado que miraba el cielo despejado, pero era cierto lo que había dicho Alejandro cuando salimos del pueblo, estaba desierto. Bajamos unas escaleras y nos sentamos en la terraza de un bar con vistas a montañas, pueblos y al cielo... la camarera tardó en venir unos cinco minutos que me resultaron eternos, ya que Alejandro miraba el móvil sin tener en cuenta mi presencia. Cuando nos trajeron los dos cafés con hielo, encendí un cigarrillo y por la cara de Alejandro, parecía que iba a estallar una guerra.

-¿No lo habías dejado? –preguntó molesto. Me encogí de hombros. Bebió un sorbo de su café. Me miró con determinación. Yo le miraba expectante. Sonrió. –Ya habrás oído que me voy del pueblo...

-Algo he oído.

-Me han ofrecido un buen trabajo en Aveiro, en un centro comercial.

-Lo sé. –bajé la mirada. Si seguía mirando fijamente esos ojos verdes, duros y fríos ante mí, me pondría a llorar de un momento a otro. Y algo en mi interior se preguntaba... ¿Dónde está la top model fría como el hielo? Una mujer vestida como una campesina de siglos atrás se sentó en la mesa de al lado. La miré y me devolvió la mirada con una sonrisa. -¿Es carnaval o algo?

-No... ¿Por? –Alejandro miró a la mesa donde yo veía a la campesina y volvió a mirarme a mí, desconcertado una vez más. La campesina, seguía sonriendo.

-¿Quieres algo? –le pregunté sin darme cuenta aún, que sólo yo podía verla. La mujer, de unos cincuenta años negó con la cabeza y se fue.

-No, sólo el café. Ya está bien. –respondió Alejandro en el mismo momento en el que yo comprendí, que había visto a mi segundo fantasma.

-Vale...

-Respecto a la mujer de anoche... me voy a casar con ella. Es una locura porque hace poco tiempo que salimos juntos pero... –suspiró. –Sí, me caso...

Me quedé blanca como las paredes de las casitas del pueblo portugués. ¿Quería torturarme o algo así? No sabía que decirle, puesto que en realidad desconocía lo que había pasado entre Marta y él. Lo único que sabía es que como Laura, nunca llegué a sentir nada parecido por nadie como lo que empezaba a sentir por Alejandro, sin tan siquiera conocerlo.

–Es verdad, has cambiado. La anterior Marta se hubiera levantado y a lo mejor me hubiera dado una paliza. –dijo riendo.

-¿Tan bruta era?

-Además estás muy guapa. -¡Al fin!

-Gracias. Pues nada... –no sabía que decir.-Espero que seas muy feliz.

Alejandro me miró sonriendo pero en sus ojos podía ver pena, mucha pena.

-¿Sólo eso? ¿Qué sea muy feliz?

-¿Qué quieres que te diga? –le pregunté. Eso pareció hundirlo, estaba herido.

-Que ojalá hubiéramos tenido ese niño... que a ti no se te hubiera ocurrido la loca idea de abortar sin mi consentimiento, sin decirme nada... –las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos mientras removía lentamente el hielo de su café con la cuchara. Nunca había visto llorar a un hombre, no así. Sentí una pena inmensa al conocer al fin parte de la historia. –Y que luego, para ahogar tus penas y tu arrepentimiento, no te hubieras emborrachado cada noche, liándote con cualquiera en el lavabo de un bar.

-Alejandro... –miré al cielo, donde estaría Marta diciendo algo así como... *“Ahora ya no es mi problema, es el tuyo”*. Quería subir y darle una paliza. A ella y a San Pedro otra vez, por dejarla entrar en la luz. Y también empecé a llorar, sintiendo una insoportable punzada en mi nuevo corazón.

-Ahora ya... no hay solución. Nueva vida, es lo que necesito.

-Pero aún me quieres. –afirmé. –Y te vas a casar con una mujer a la que no quieres.

-Eso no es verdad, la quiero. –respondió sin titubear. Pero ni siquiera él creía su propia mentira. La cuestión era... ¿podía querer yo a alguien a quien realmente no conocía? Desde el principio, algo muy fuerte me atrajo de él pero no sabía qué era exactamente. Tal vez fuera cosa de mi cuerpo, tan acostumbrado a Alejandro como mis dedos a la máquina registradora del súper.

-Sabes perfectamente que no. No te engañes más. –dije dándole una última calada al cigarrillo y reflexionando mucho sobre lo que yo, podía sentir por alguien a quien acababa de conocer.

Alejandro secó sus lágrimas y se acercó a mí cogiéndome suavemente de la nuca. Y mientras acariciaba mi cara con la otra mano, nos miramos fijamente. No podía apartar la mirada de la suya, me atraía poderosamente. Sonriendo, acercó sus labios a los míos y le correspondí con un dulce, lento y romántico beso. El beso más bonito y auténtico que jamás me habían dado. Si eso no era amor, ¿qué era? Mientras le besaba, pensaba en la auténtica Marta, en la que se estaba perdiendo ese momento y en parte la que se lo había ganado durante toda su vida. Yo, recién llegada y ocupando su cuerpo, no creí ser merecedora de dicha suerte.

-Besas diferente. –me dijo separándose sólo un par de milímetros de mí. – Nunca me has besado así.

-Porque no quiero perderte. –respondí automáticamente, como si mis labios tuvieran vida propia y mi cerebro estuviera dormido. Y volvió a besarme, esta vez más apasionadamente pero con la misma dulzura que el beso anterior.

Al separarnos, vi como empezó a dudar. Me hubiera gustado por un momento, volver a ser un espíritu y poder leer su mente. Saber qué era lo que le angustiaba, lo que le preocupaba. Descubrir qué era lo que iba a hacer con su vida... y con la mía. Sabía que esperaba que yo le dijera que no se casara y que no aceptara el nuevo trabajo, pero no podía pedírselo. No, si eso era lo que iba a hacerle feliz. Y entonces, sonó su móvil. Miró fijamente la pantalla. Serio, muy serio. Era ella, la mujer con la que iba a casarse.

-Dime.

-...

-No, hoy no.

-...

-Luego hablamos.

-... ..

-Te estoy diciendo que luego hablamos.

-... ..

-Adiós.

Negó con la cabeza.

-Tienes razón, no la quiero. ¿Cómo voy a casarme con ella si no la quiero?
¿Y como voy a aceptar un trabajo si quiero estar en el pueblo, contigo?

-¿Cuántas oportunidades me has dado?

-Muchas...

-Y siempre lo he fastidiado todo. –asintió tristemente. -¿Por qué crees que esta vez va a ser distinto?

-¿Me estás diciendo que me case?

-No, si no la quieres, no te cases. Pero si ese trabajo es mejor que lo que tienes ahora, acéptalo. Tal vez conozcas a alguien de quien te vuelvas a enamorar, y esa persona te haga feliz. Por lo visto, yo no he sabido hacerlo.

Tenía miedo de hacerle daño. Me encantaba, una fuerza superior a mí y a todo lo que conocía hasta ese momento, me atraía a él como un imán... pero... ¿cómo asegurarle un final feliz para su historia? Y mientras tanto, mi egocéntrica top model seguía dormida... porque de no ser así, le hubiera dicho algo parecido a... *“No me cuentes tus problemas y llévame a casa”*. En ese momento entendí que mi historia como Laura había terminado y que parte de lo peor de ella había muerto con mi anterior cuerpo. Lo que quedaba era bueno, lo que nunca llegué a ver de mí misma. Y estaba ahí, en un cuerpo marcado por un aborto y una grave adicción al alcohol.

-Ven conmigo. –propuso.

-No puedo.

-Después de todo lo que hemos vivido y de todas las oportunidades, nos merecemos una segunda parte. Me gusta lo que veo en ti, como has cambiado, como... Podemos ser felices, Marta.

Volví a tener tentaciones. La tentación de contarle quien era en realidad. Pero luego volví a pensar en Napoleón y se me quitaron las ganas. ¡Y encima veía espíritus! Era de locos.

-Sólo puedo decirte que te quiero. –de nuevo el modo automático vino a mí. ¿Lo pensaba realmente? ¿LO SENTÍA?

-Y yo a ti.

Nos abrazamos. Durante mucho tiempo. En mi vida anterior nunca tuve un abrazo así, cálido, sincero... pura magia, puro AMOR. Pero no podía centrarme en Alejandro. En ese pueblo, los habitantes y los turistas convivían con muchos espíritus que fueron pasando por mi lado sonrientes y siendo cómplices de la bonita escena que miraban y envidiaban. Con la mano les iba haciendo señales para que se fueran y dejaran de molestar, pero no había manera de que me hicieran caso los muy cotillas. Recordé a John Lennon y la cantidad de abrazos que vería por las calles de Nueva York, sin tener la oportunidad de volver a sentir unos brazos rodeando su cuerpo. Y le agradecí a San Pedro la nueva oportunidad de sentir el calor de un buen abrazo.

-¿Qué hacemos? –preguntó. Me encogí de hombros. –Subamos al castillo.

Pagamos los cafés y subimos con nuestras manos entrelazadas, toda la cuesta que había hasta llegar a lo alto del pueblo. Nos cruzamos con más

turistas, pocos habitantes y en mi caso... con muchos fantasmas. Incontables espíritus que vagaban por esas callecitas empedradas. La mayoría iban vestidos de época. Campesinos, nobles... un par de mujeres con unos vestidos medievales maravillosos que me recordaron mucho al Carnaval de Venecia donde tuve la suerte de haber estado como Laura Smith en cinco ocasiones. Afortunadamente, ninguno parecía necesitar la ayuda de un mortal. Se les veía felices, contemplando a los vivos que ocupaban el lugar en el que ellos estuvieron hace tiempo.

Nos sentamos en una piedra contemplando el paisaje que teníamos ante nosotros. Alejandro tenía puesto su brazo en mi cintura, protegiéndome en todo momento. Yo no sabía como decirle que estaba sudando dado el calor insoportable que hacía y su fuerte brazo no ayudaba a aliviar mi sofoco. Pero a pesar de esa incomodidad, era feliz. Y no feliz por firmar un contrato millonario por ser el rostro de una marca, por tener los mejores vestidos y tacones en mi vestidor, un gran piso en el centro de Nueva York o por tener la mejor melena del planeta... FELIZ de verdad, por ese pequeño gran momento que estaba viviendo con mi nuevo cuerpo.



Capítulo 5
FANTASMAS



Era de noche. Alejandro dormía plácidamente entre mis sábanas, mientras nuestros teléfonos móviles echaban humo. Yo tenía incontables whatsapps de Felisa y Alejandro quinientas mil llamadas y mensajes de voz de la rubia que por lo visto estaba que trinaba. Pero a Alejandro no le importaba. Habíamos hecho el amor tres veces, fundiéndonos en un solo ser y siendo la mejor sensación que había experimentado en mi nuevo cuerpo. Al principio me sentía insegura por todos los michelines que Marta había acumulado por una mala alimentación y cero ejercicio a lo largo de su vida... pero Alejandro me miraba como si no existiera una mujer más perfecta. Ni siquiera como Laura había sentido que nadie mirara así el cuerpo del que yo me sentía tan arrogantemente orgullosa.

La luz de la terraza estaba encendida. Yo no podía pegar ojo al ver por la rejilla de la persiana de la habitación, como una sombra iba y venía a gran velocidad. Había alguien en la terraza. Sin hacer ruido, salí. Volví a ver a Morticia que seguía corriendo de un lado a otro.

-Teresa, me llamo Teresa. –dijo sin mirarme a la cara.

-Hola Teresa. Gracias por no venir a la habitación, al menos has sido discretita. –le guiñé un ojo divertida. Seguía tan pálida como la noche anterior.

Y asustada, muy asustada.

-Mañana es el día. Mañana es el día.

-¿Tu hijo se va a perder?

-A mi hijo lo van a secuestrar.

Ahora la que estaba blanca era yo. ¿Cómo impedir un secuestro? Se supone que los secuestradores son chungos y con mi nueva forma física, dudaba mucho que pudiera correr tres minutos seguidos.

-Tranquila... ¡No corras! –advertí. -¿Conoces al secuestrador? –asintió con la cabeza. –Pero no puedo denunciarlo si todavía no ha hecho nada... –dije para mí misma. Teresa empezaba a ponerse nerviosa. Gritó. Como sólo se grita cuando estás duchándote y alguien aparece con un cuchillo tras la cortina de la bañera para apuñalarte. Yo también grité al sentir una mano en mi hombro.

-¿Qué haces despierta? –preguntó Alejandro risueño y guapo hasta con cara de dormido. Al girarme, Teresa ya no estaba.

-¿Has visto las estrellas? Que maravilla... no podía dormir. –me besó. – Por cierto... te acuerdas de Teresa, la mujer que murió?

-¿Teresa la mujer que murió? Ni idea.

-¿No? Con un hijo de cinco años...

-No me suena, no. ¿Estás bien? –preguntó tocándome la frente.

-Sí, sí. Pero en el pueblo nos conocemos todos ¿no?

-La mayoría. Pero ahora en verano se llena de gente a la que no conocemos. Veraneantes y esas cosas. ¿Vamos a dormir?

-Sí... –aunque en mi mente siguiera sonando el escalofriante grito de Teresa.

Despertar a las doce del mediodía con el brazo de Alejandro

rodeándome los michelines, fue una maravilla. ¡Había dormido diez horas seguidas! Pero de nuevo me sentí inquieta al pensar en el hijo de Teresa. Según el fantasma, ¡al niño lo secuestrarían hoy! ¡HOY! Me levanté rápidamente de la cama. Alejandro hizo una mueca y dijo una palabra que decía algo así como “Shuaffma”.

Busqué en internet muertes en el pueblo, Teresa, esquelas, niño de cinco años, secuestro... NADA. No conseguí averiguar nada. Llamé a Felisa a la que no pude preguntar nada de lo que me interesaba, hasta después de diez minutos en los que tuve que contarle con todo detalle lo que había pasado con Alejandro. Se alegró por mí y prometió venir a verme al pueblo por la tarde para tomar un café.

Resignada por lo complicado del asunto del fantasma y sin saber ni por donde empezar para ayudarle, fui a la plaza a buscar agua. Allí estaba sentada mi ángel octogenario con una amiga. Ambas hablaban animadamente y gritándose la una a la otra, ya que, supuse, en un tono de voz normal seguramente no oirían nada. Las saludé.

Mientras llenaba mi barreño verde fosforito, la conversación de las dos octogenarias empezó a interesarme.

-Pobre Teresa... hoy hace cincuenta años de lo de su niño. –empezó diciendo la señora de la verruga en la frente.

-¿Cincuenta? ¡Éramos chavalitas de treinta años! –suspiró mi ángel octogenario. Cerré el grifo y me acerqué a ellas.

-¿Quién era Teresa? –pregunté con curiosidad.

-Una vecina de aquí del pueblo. –respondió la mujer de la verruga.

-¿Y qué pasó?

-La pobrecita murió muy joven.

-¿Tenía un hijo? –pregunté. Las dos mujeres estaban contentas de que yo me interesara por su conversación. –Me gustaría saber la historia. –mi ángel octogenario se frotó las manos y mirando hacia arriba como haciendo memoria, empezó a hablar.

-Teresa vivía en esa casa de allí. –dijo señalando la casa de arriba de la calle, en la que había una mujer de unos cincuenta años fumando un cigarrillo. –Con su marido y su hijo Ernestito. La pobre murió joven, de una neumonía en 1960 si no recuerdo mal. Hoy hace 50 años que su hijo, Ernestito, desapareció. Tenía sólo cinco años y por lo que cuentan, alguien lo secuestró.

-¿Alguien del pueblo?

-No sabemos. Su padre fue al huerto y cuando volvió a casa, el niño ya no estaba. Dicen que fueron unos veraneantes, pero nadie más supo de él.

-Que pena Angustias, que pena... –se lamentó la otra señora que al fin me descubrió el nombre de mi ángel octogenario.

-Gracias por contarme la historia, Angustias. Me voy a casa.

-Ya veo que hoy tienes compañía, ¿eh? –dijo Angustias picarona. Yo me reí.

-Aquí se ve todo ¿verdad? –y me fui con mi barreño a casa.

Los paparazzis ya no estaban en mi vida. Ahora eran los octogenarios los que lo querían saber todo de ella. Me reí para mis adentros. Y volví a pensar en Teresa y en lo perdida que había estado todos estos años, para pensar que su hijo aún era un niño y desaparecería hoy, un 22 de julio. En parte me sentí aliviada por no tener que luchar contra ningún secuestrador ni fuerza del mal, pero por otro lado, no sería tarea fácil explicarle que el niño, que ahora tendría 55 años, tal vez estuviera vivo en algún lugar. Para contarle que el secuestro sucedió hacía 50 años y no sería “hoy” el día del suceso. Supuse que su espíritu, tal vez en paz, únicamente volvía cada 22 de julio para intentar evitar el secuestro. Una especie de bucle del que la pobre no sabía salir. Horroroso si yo tuviera que vivir una y otra vez el día en el que la tostadora se me cayó encima o, recuerdo bien, un 13 de diciembre en el que un mojito manchó mi vestido Paco Rabanne de 6000 euros, delante de un montón de modelos que sólo pudieron abrir (un poquito) la boca y decir “Ah”.

Cuando volví a casa, Alejandro me esperaba con dos cafés en la mesa.

-Divertida conversación con las dos abuelitas ¿eh? He ido al bar a por café.

-¡Gracias! –le di un beso e inmediatamente le di el primer sorbo al café.

-¿Qué quieres hacer? ¿Vamos a comer a la Portagem? –no tenía ni idea que era la Portagem pero dije que sí.

Antes de arreglarnos, subí a la terraza a fumar un cigarro. Alejandro me acompañó, aunque no dejó de repetir en todo momento, que mis pulmones estarían negros y moriría con graves problemas respiratorios que harían que tuviera un final lento y repleto de agonía. Tal vez así San Pedro me acoja con los brazos abiertos, pensé.

-Hablando del tema, me gustaría saber que crees sobre la muerte? ¿Crees que hay algo después? –Alejandro rió.

-No. No creo que haya nada. Nos comen los gusanos y ya está.

-Mmmm... puede ser... –dije mirándole de reojo y sonriendo. Su tajante respuesta e incredulidad ante fenómenos extraños y espirituales, me hizo darme cuenta de que no podía contarle nada de mi anterior y actual transcurso por la vida. Y mucho menos de mi viaje como espíritu. O que con mis actuales ojos, podía ver el otro lado... a los fantasmas atrapados, en busca de cotilleos o con problemas para ir hacia la luz. Alucinaría si le contara que como espíritu, conocí al mismísimo John Lennon, mi no-amigo.

Alejandro suspiró y a mí no me hacía falta ser un espíritu para saber en lo que estaba pensando.

-Me voy a Aveiro el miércoles. –dijo al fin.

-¿Ya has tomado la decisión? –asintió. -¿Y no hay nada que yo pueda hacer para que te quedes? –negó.

-Insisto, ven conmigo.

-No, Alejandro... tengo mucho que hacer aquí. –y aunque el pueblo no era Nueva York, sorprendentemente me estaba empezando a gustar. Ya ni siquiera

me reconocía y eso también me estaba empezando a gustar.

-Lo entiendo. Bueno, sólo estoy a tres horas de aquí. Podré venir los fines de semana.

-Encontrarás a alguien allí. Seguro. Y estarás bien, el nuevo trabajo pinta genial ¿verdad? Hay trenes que sólo pasan una vez en la vida y este lo tienes que coger.

-Te perderé. –lo que el pobre Alejandro no sabía, es que a la auténtica Marta, ya la había perdido. Yo sólo era una falsificación aunque por lo visto, le gustaba.

-No perderás nada. Mira, vamos a hacer una cosa... –le cogí las manos mientras él, me miraba embelesado y con una sonrisa permanente en su rostro. Una sonrisa triste, pero sonrisa al fin y al cabo. –Vivamos el día a día, como si fuera el último. Hoy, mañana, pasado... y el miércoles vete, vete con un buen recuerdo de mí. Y olvida todo lo malo. –asintió con la cabeza tristemente.

-Mañana y pasado estarás metida en el súper todo el día... –lo había olvidado por completo.

-Pues me vendrás a buscar. A las...

-A las nueve.

-Eso, a las nueve. –me horrorizó verme sentada en el súper desde las ocho de la mañana hasta las nueve de la noche. ¿Qué horario era ese? –Y pasaremos las dos noches más increíbles de nuestra vida.

-Hablas tan diferente... no sé que te ha pasado, Marta. Pero me gustas más así. –¡Punto para mí! ¡Cero para la auténtica Marta!



A las dos hora española, fuimos a la Portagem. Estaba repleta de gente con una vestimenta muy veraniega puesto que cerca había un par de piscinas, incluso una natural que me fascinó. Nos dieron la mejor mesa de la terraza del restaurante, o al menos eso me pareció a mí. Con unas vistas privilegiadas, nos sentamos en una mesa al lado del río y una suave brisa acariciaba nuestros felices rostros.

-Por cierto, -empecé a decir. –no es por nada, pero me parece un pelín fuerte que no hayas llamado a la mujer con la que te ibas a casar. –Alejandro abrió mucho los ojos.

-Mierda, ni me acordaba. Tendría que quedar con ella, ¿no?

-Creo que sería lo correcto. Ve con ella esta tarde, Felisa va a venir al pueblo a tomar un café conmigo.

-Vale. ¿Ves como estás distinta? La Marta de antes no hubiera vuelto a mencionar a Ramona y hubiera pensado “que le den por culo”.

-¿Cómo? Eso no es expresión para una señorita. –Alejandro rió. Mis modales refinados como Laura aparecieron. –Al menos te has librado de casarte con una mujer cuyo nombre es Ramona... sin pretender ofender, claro.

-Mi abuela se llamaba Ramona. –dijo seriamente.

-Ya...

-Yo también detesto ese nombre. –susurró riendo.

Comimos un delicioso bacalao a la dorada y sardinas asadas y luego fuimos a dar un paseo a orillas del río. De fondo se escuchaban alegres gritos, niños, música y el chapoteo del agua de la piscina. Después Alejandro me llevó a casa y tras un largo beso, se fue al pueblo mayor -así fue como empecé a llamar a Valencia de Alcántara, ya que por lo que había leído en Wikipedia, yo me encontraba en uno de los pueblecitos de su llamada campiña-; a ver a Ramona y hablar con ella sobre el tema de la ya-no-boda. Me puse en el lugar de la rubia y me supo mal por ella. A su vez pensaba que Alejandro tampoco era el hombre perfecto que quise ver en un principio. Aunque no tuviera nada que ver, me acordé de Frederick, un productor francés con el que me enrollaba cada vez que iba a París. Estaba casado y tenía tres hijos, pero cuando yo iba lo dejaba todo por tener una noche de lujuria y pasión con su top model preferida, como él me llamaba... lo cual me hacía pensar que no era la única top model con la que estaba, pero me daba igual. Estaba bueno y tenía pasta, era lo único que me importaba... sin sentimientos por medio, sin complicaciones. En ningún momento pensé en su mujer, encerrada en una gran mansión a las afueras de París con sus tres niños, pensando que su marido

tenía que trabajar toda la noche. Que engañada estaba... por primera vez sentí lástima por esa mujer y por tantas otras, cuyos maridos preferían estar conmigo que con sus familias. Me hubiera gustado ver la cara de Frederick y la de todos mis ex amantes cuando se enteraron de que había muerto. ¿Alguno habría derramado una lágrima por mí? Perdonadme que lo dude.



A las cinco, Felisa me envió un whatsapp diciéndome que ya me estaba esperando en el Bar del Pino. Mierda. ¿Dónde estaba el bar? Supuse que con lo pequeñito que era el pueblo, sólo podía haber uno. Así que recorrí el pueblo, calles arriba, calles abajo, saludando a octogenarios, cincuentones y cincuentonas, adolescentes y niños que jugaban por las calles. No había visto el pueblo tan animado en los dos días que llevaba en él. Pasé por la iglesia, por otra plaza -pero sin fuente-, un par de callecitas... y al fin ¡el bar! Con una pequeña entrada y un cartel de madera que ponía “BAR”. Felisa estaba dentro.

-Joe, como has tardado. Menos mal que estás a dos calles. Te he pedido tu café con hielo, vamos a la terraza.

Salimos a una terraza donde varios octogenarios jugaban a las cartas y unos adolescentes compartían mesa pero no conversación, enfrascados en sus teléfonos móviles y i’pads.

Felisa era cotilla. Muy cotilla. Lo quería saber todo y si presentía que aún faltaban cosas por explicar, preguntaba insistentemente.

-O sea, ¿qué se queda?

-No. El miércoles se va.

-¿Cómo? Pensaba que lo convencerías para que se quedara.

-No puedo hacerle eso, Felisa. Es un buen trabajo, tiene que aprovecharlo. Además, sólo está a tres horas de aquí.

-Ya bueno, todos sabemos como acaban estas cosas. —advirtió

encendiéndose un cigarro y ofreciéndome uno a mí.

-Que acabe como tenga que acabar. ¿Crees en el destino? –reí al ver su cara de “*¿Qué me estás contando?*”. Por lo visto la anterior Marta no hacía ese tipo de preguntas y seguramente, no creería en el destino ni en algo más después de la muerte. –Yo sí. Y si mi destino es acabar con Alejandro, acabaré con él aunque se vaya a Japón.

-En eso tienes razón... lo que tenga que ser, será.

-Y cuéntame... ¿tú como vas de amoríos? –Felisa se sonrojó. Dudó, sonrió y bajó la mirada.

-Sigue sin haber nadie. Esto se me queda pequeño, el que no es primo es vecino de toda la vida, el que está bueno pasa de mí o es un idiota, el que es feo se interesa pero a mí no me gusta... No sé, no es tan simple como tu historia con Alejandro. Ya desde pequeños decíais que ibais a casaros y esas cosas y en la adolescencia pasó. Habéis estado enamorados el uno del otro desde siempre... ¡es tan bonito! A pesar de todo lo que ha pasado en estos meses... Pero desde lo del golpe en la tienda de Manoli con la tostadora, te veo mejor ¿no? Ya no bebes, pasas de todos los tíos excepto de Alejandro... no sé...

Pues sí, una historia muy bonita, pensé mientras meditaba mi respuesta a su afirmación sobre mi repentino cambio. Sólo que la que había estado enamorada desde siempre de Alejandro, ya no estaba aquí. Y dudo mucho que lo mío, a pesar de ser especial, fuera enamoramiento. No, aún no. No podía estar enamorada, no podía ser. ¿O sí?

-Estoy mejor. He entendido cosas... no se puede vivir con excesos al fin y al cabo. Y debemos estar con las personas que valen la pena, las que nos importan y a las que importamos. –Felisa se quedó alucinada ante mis palabras y yo también. No pude evitar pensar en mis padres, mis hermanos, mi futuro sobrino... ¿o sobrina? En mi familia como Laura, claro. Que poco los valoré... ¡y que mal hablaron de mí en el tanatorio con mi cuerpo aún presente!

-¿Hola? ¿Esta parrafada ha salido de Marta Matalascañas?

-Por favor no recuerdes mi apellido...

Empezamos a reír como quinceañeras. Felisa me gustaba cada vez más.

-Por cierto, ten un regalito. –me dio un neceser con florecitas. Al abrirlo, vi un maravilloso kit de maquillaje. Otra vez quise llorar.

-¡Gracias! –exclamé abrazando a mi amiga. –Ahora sólo me falta hacer deporte para bajar este culazo.



Al cabo de media hora apareció Alejandro. Tan guapo... tan alto y fuerte. Sonriendo, guiñándome un ojo y apartando un mechón de su cara. Le dio dos besos a Felisa y un morreo a mí.

-Que bien os veo. –dijo sonriendo Felisa con envidia sana.

-¿Quién lo diría, no? –respondió Alejandro mirándome. Nunca, nunca olvidaría esa manera de mirarme. Como sólo se mira a alguien a quien quieres de verdad. Como nunca antes me había mirado nadie.

Mientras Felisa y Alejandro hablaban de no sé que fiesta del pueblo, vi al otro lado de la terraza tras una verja, al fantasma de Teresa. Triste, sombrío, angustiado.

-Perdonadme un momento. –dije levantándome de la silla. Salí del bar y bajé por un camino de tierra hasta toparme con Teresa. Fui unos metros más abajo asegurándome de que nadie me veía. Cogí mi móvil y mirando a Teresa, empecé a hablar con ella.

-Hoy, hoy raptan a mi hijo. –volvió a repetir con obsesión y cierta locura en sus oscuros ojos.

-No Teresa. A tu hijo se lo llevaron hace cincuenta años. ¿Entiendes eso? – estaba confundida pero escuchándome con atención. –Hoy hace cincuenta años que desapareció, ya no tiene cinco años, tiene cincuenta y cinco.

-No puede ser... –repuso negando con la cabeza.

-Moriste hace muchos años. –hice una pausa cuando pasó un viejecito con bastón por mi lado. Lo único que me faltaba es que se dijera por el pueblo que estaba chalada y hablaba sola de la muerte aunque tuviera el móvil pegado en la oreja.

-Encuétralo. Habla con él, dile que...

-Teresa, ¿cómo quieres que lo encuentre?

-Él vendrá a ti.

-¿Cómo?

-Sí, él vendrá. Él vendrá. Y tienes que decirle lo mucho que le quiero y lo mucho que sentí tener que irme cuando era tan pequeño... mi niño... –sus ojos eran los más tristes que vi jamás.

Y como siempre, dejándome con la palabra en la boca, desapareció. Y yo alejé el móvil de mi oreja. Unos pajarillos cantaban en la rama de un árbol dentro de un sombrío huerto en el que me fijé. En él, araba una mujer de unos noventa años, fuerte y con una vestimenta antigua y sucia. Levantó la vista hacia mi.

-Nada como el trabajo en el huerto para sentirme viva. –pero no estaba viva.

Era un espíritu fuerte y feliz que seguramente había ignorado la luz, para quedarse cuidando de su huerto. Era muy probable que ella viera lechugas, tomates... todo lo que había cuando estaba viva. Pero lo cierto es que sólo habían malas hiervas, estaba tétricamente descuidado. Le sonreí, aunque no con la alegría que me hubiera gustado. Empezaba a no darme miedo

ver espíritus, ya que yo había sido uno de ellos vagando por el mundo. Pero sí me entristecía pensar en los que se quedan aquí, viviendo... sin la compañía de sus seres queridos y sin saber que algunos, siguen estando cerca. Muy cerca. En un plano que no pueden ver aunque a veces, sí sentir. Habrían más como yo, almas que vuelven del más allá en otro cuerpo con una vida hecha que deben reemplazar y seguir y con el cual pueden ver el otro lado y ayudar a quienes necesitan algo de paz o resolver asuntos pendientes. Así que esperaba al pequeño Ernestito que ya no sería tan pequeño, e intentaría cerrar el capítulo obsesivo de la pobre Teresa.



Volví a la mesa con Alejandro y Felisa. No volví a reparar en mi nueva voz y su acento totalmente extremeño hasta que pregunté por la fiesta que seguían comentando. Alejandro vendría a finales de agosto a pasar unos días y estar en las fiestas del pueblo.

-Algo es algo, al menos te volveremos a tener aquí. –le dije, contenta al saber que el miércoles no nos diríamos “Adiós”, si no un “Hasta pronto”.

-Bueno, tu tienes vacaciones los primeros quince días de agosto ¿no? Como siempre. Puedes venir a verme a Aveiro. –más buenas noticias. ¡Vacaciones! ¿Dónde narices estaba Aveiro? Seguía pensando.

Felisa se fue y Alejandro y yo nos quedamos en el bar del pueblo a cenar una ensalada. Demasiado aliñada para mi gusto pero... ¡al fin comida sana! Hablamos de Ramona, de lo mal que le había sentado la ya-no-boda y de la escenita de mujer despechada histérica, que le había montado a Alejandro en plena calle.

Volvimos a casa y con la pasión de dos enamorados que saben que pronto estarán lejos el uno del otro, volvimos a acostarnos. Y yo volví a sentirme la mujer más deseada y querida del planeta hasta que el despertador al día siguiente me devolvió al mundo real. Besé a Alejandro, que se quedó plácidamente dormido y salí de casa a las siete y media. Empezaba mi larga jornada laboral... Siempre odié los lunes... y seguía siéndole fiel a ese

sentimiento en mi nueva vida.



Capítulo 6

SERENDIPIA

*Hallazgo afortunado e inesperado que se produce
cuando se está buscando otra cosa distinta*



Mis manos seguían siendo fieles a su rutina diaria con la máquina registradora del súper. La jornada me pareció eterna pero en mi hora libre aproveché para salir, pagar mis deudas, dejar mi nueva cuenta bancaria temblando, tomar un café rápido con Felisa y esperar a que pasaran las horas

para ver al fin a Alejandro. A las nueve me despedí de mis compañeros y fui corriendo hacia Alejandro que me esperaba en la acera de enfrente del súper. Lo abracé.

-Te he echado de menos.

-Estás romántica. –respondió riéndose.

-Pues no quiero ni pensar en cuando te vayas...

-No hablemos del tema. ¿Tienes hambre? –asentí. –Pues venga, a cenar. ¿Pizza? –me moría por una pizza.

-¡Sí! –a la porra la dieta. No ser una top model también tenía sus ventajas. Mi sustento económico ya no dependía de mi físico.

Después de comer unas deliciosas pizzas, volvimos al pueblo. Nos sentamos en la terraza y hablamos hasta las tres de la madrugada. Por suerte, ningún fantasma nos molestó, preferían venir a visitarme cuando estaba sola. Hablamos de muchas cosas. Él pensaba que me conocía y se sorprendía al escuchar respuestas que seguramente la anterior Marta no hubiera dado jamás. Y yo me enamoraba más a medida que iba descubriendo cosas de él, cosas que en principio, debería conocer.

-Nunca habíamos hablado así... tan relajados, sin peleas. –dijo satisfecho. Encendí un cigarrillo. –No fumes tanto.

-¡Hoy no he fumado casi! El súper me ha tenido absorbida todo el santo día...

-Pero ya estás acostumbrada.

-Sí, claro... me gustaría acostumbrarme a otras cosas. –por ejemplo... tener maquilladoras, peluqueras y estilistas a mi disposición. Ganar cientos de millones por trabajar dos días al mes y acudir a veinte fiestas en las que ser el centro de atención resultaba ser lo más divertido del acto... ¡Ui! Si eso era a lo que ya estaba acostumbrada... (*Mensaje mental a San Pedro*).

-¿En que piensas?

-No querrías saberlo. –pero antes que esos cientos de millones, profesionales a mi disposición y fiestas... lo prefería a ÉL. –Bueno, esta es nuestra penúltima noche...

-Ya has tenido que sacar el tema...

-Venga, en un mes estarás aquí.

-En unos días tú en Aveiro.

-Ni siquiera sé donde está...

Alejandro sacó un mapa del bolsillo de sus tejanos. ¿Qué persona normal lleva un mapa en su bolsillo? Era de Portugal. Se acercó a mí rodeándome con su brazo y me señaló el punto donde se encontraba Aveiro en el mapa. Ahí, en una esquinita y al lado del mar. Necesitaría un GPS seguro, pero el saber al fin donde estaba Aveiro me hacía feliz.



Martes. Último día de Alejandro en el pueblo, algo que me deprimía enormemente. Nuestra última noche. A penas habían pasado cinco días desde que aterricé a esta nueva vida y aunque era muy poco tiempo, había vivido con intensidad cada uno de los extraños segundos. ¿Quién puede decir que en cinco días se ha enamorado y ha visto a unos cuantos espíritus? ¿Quién?

Mi día de trabajo transcurrió con normalidad. Ese día en mi hora libre, aproveché para ir a hablar con Loli, la propietaria de una de las cuatro peluquerías que había en el pueblo. Felisa ya le había hablado de mí y de mi sorprendente y repentina habilidad para el maquillaje. La peluquería era pequeña y necesitaba modernizarse, ya que sus tonos marrones no favorecían a un ambiente donde quieres relajarte y que te hagan feliz con un cambio de look. Loli era una mujer bajita, enérgica y agradable, aunque no podía evitar ponerme nerviosa cada vez que se le movía un mechón de su media melena rizada de un color rubio anaranjado. Trabajaría para ella como maquilladora los sábados por la tarde cuando acabara mi jornada en el súper. Ocupar mi tiempo trabajando, quien me lo iba a decir en mis tiempos de top model... pero pensaba que así los días pasarían más rápido y el momento de volver a ver a

Alejandro no se haría eterno. Antes de irme, eché un vistazo a las sillas negras donde estaban sentadas tres clientas fantasmas. Miraban como le hacían la permanente a la que supuse, fue una de sus amigas octogenarias en vida. Y las tres negaban con la cabeza con el ceño fruncido, posiblemente por el tinte lila que su amiga había elegido para ese martes caluroso.



Mi última noche con Alejandro llegó. Mi nuevo corazón se estaba rompiendo por momentos sabiendo que en unos días nos veríamos pero después... quien sabe después. Él tampoco tenía ganas de hablar, aunque yo podía ver claramente que estaba entusiasmado por el nuevo rumbo que iba a llevar su vida.

En la cama, después de haber hecho el amor dulcemente, lo miré fijamente y le dije lo que pensaba que tenía que hacer. Aunque doliera y aunque en esos momentos no lo viera claro.

-Si encuentras a alguien de quien te enamoras, vive el momento. -él negó con la cabeza riendo. -Te lo digo muy en serio. Estamos de paso Alejandro... mañana se te puede caer una tostadora en la cabeza e irte al otro barrio. -sé de lo que habló, pensé. -Vive el momento y si además de tener un trabajo genial conoces a alguien con quien puedes ser feliz, adelante. Yo seré feliz si tú lo eres.

-¿Y eso a que viene? ¿Te acuerdas de lo que pasó con Ramona?

-¡Venga ya! Ramona no te gustaba. Yo hablo de amor de verdad.

-O sea que crees que tú y yo no estamos destinados a estar juntos.

-No es eso. No quiero que vivas tus días preocupado o pensando en mi ausencia. No creo en las relaciones a distancia. En unos días estaremos juntos, claro... si soy capaz de llegar a Aveiro... pero ¿luego? ¿Has pensado en el invierno?

No creía en las relaciones a distancia y tenía mis motivos. Con catorce años y el espectacular cuerpo delgado de Laura, tuve un novio de verano

en un pueblo costero de Tarragona, donde mi abuela tenía una casa preciosa con vistas al mar. Ya ni siquiera recuerdo su nombre pero nos lo prometimos todo. Él era de Barcelona y yo de Madrid y aunque nos enviamos cartas románticas e infantiles durante un tiempo, nos cansamos y perdimos el contacto. Al verano siguiente, él estaba con otra chica y no nos hablamos. Nos convertimos en dos desconocidos. Eso no pasaría con Alejandro, claro... pero el bonito verano pasa, llega el duro invierno... y alguien sabio me dijo una vez “No se puede vivir la vida bailando”. A mí me gustaba bailar pero a veces hay que dejar de moverse al son de la música que marca tu vida para centrarte en lo que verdaderamente importa, en las ineludibles responsabilidades de la vida adulta. Y para eso, hay que estar quieto y concentrado.

-Si estuvieras enamorada de mí, si me quisieras, no me dirías estas cosas. –parecía ofendido, incluso enfadado. Se sentó en el borde de la cama con las manos apoyadas en la frente. Le abracé por detrás y le di un beso en la nuca.

-Nunca he querido a nadie como te quiero a ti. –de nuevo, eran mis labios quienes mandaban mientras mi cerebro dormía, algo a lo que debería acostumbrarme por el resto de mis nuevos días. –Y nunca, nunca, me enamoraré de nadie como lo estoy de ti.

Alejandro se giró. De nuevo me derritió con esa mirada firme y amorosa... y nos fundimos en un largo beso. Al día siguiente, fue él quien me besó en la frente y se fue. Sin hacer ruido, sin querer despertarme. Lloré hasta que sonó el despertador. Dejé de bailar en sueños, para centrarme en un nuevo y duro día.



A las doce del mediodía recibí un whatsapp de Alejandro, que con emoticonos de caritas sonrientes, me informaba que había llegado a Aveiro y tendría el día repleto de reuniones. No volvió a escribirme en todo el día. Clara me propuso ir a cenar pero le dije que no, quería estar sola. Tampoco me apetecía ir a casa, el olor a colonia masculina de Alejandro seguía impregnando cada recoveco. Salir del súper y mirar a la acera de enfrente esperando ver a Alejandro fue el momento más difícil del día. Ya no estaba

ahí, esperándome con una sonrisa radiante como los dos últimos días. Me fui a tomar una coca cola a un bar cercano al súper, repleto de gente joven en la terraza. Algunos de ellos me saludaron con una sonrisa que yo devolví, sin saber quienes eran y con un poco de vergüenza al verme tan mal vestida con el uniforme del súper. El camarero también parecía conocerme.

-Hombre Marta, ¡cuanto tiempo! ¿Cómo estás?

-Muy bien, gracias. ¿Y tú?

-Aquí andamos, con la tarea de siempre. ¿Qué te sirvo?

-Una coca cola light, por favor. –respondí al mismo tiempo que un hombre de unos cincuenta y tantos, calvo y bien vestido que estaba a mi lado y en quien no había reparado hasta ese momento. Me miró y sonrió. De nuevo, volvió a mí el temor de que Marta estuviera liada con ese hombre. No, no, no... negué para mis adentros.

El camarero nos ofreció una coca cola light a los dos. La cogimos. El hombre seguía mirándome y sonriendo. No sabía que hacer, hasta que vi al fantasma de Teresa en la puerta del bar.

-Marta. –me presenté ofreciéndole mi mano, que estrechó gustosamente.

-Ernesto, encantado.

El fantasma de Teresa sonrió.

-Le va a parecer extraño señorita, pero he soñado con usted. –no sabía si me estaba afectando más que me tratara de usted o que me dijera que había soñado conmigo sin haberme visto en ningún otro momento.

-Por favor, trátame de tú. Y salgamos afuera, tenemos que hablar. –mi seguridad era pasmosa. Teresa seguía pendiente de nosotros y nos siguió hasta la mesa en la que Ernesto y yo nos sentamos, la más alejada del resto y la

única que quedaba libre. -¿Por donde empiezo? –sonreí. -¿Qué es lo que ha soñado exactamente?

-Por favor, trátame de tú también. –era un señor muy elegante y agradable. Y sus ojos eran oscuros y grandes como los de Teresa. –Te va a parecer una situación muy surrealista...

-¿Surrealista? Mi vida es muy surrealista desde que... perdón, sigue.

-Soñé contigo, en esta mesa. Y con una coca cola light. –reímos por el insignificante detalle. –En mi sueño, me hablabas pero no recuerdo de que. Sólo recuerdo tu cara, tan detallada como la veo ahora. Algo muy curioso. –añadió pensativo, frunciendo el ceño en su despejada y ancha frente.

-¿Veraneas aquí, Ernesto? –me interesé.

-No, es la primera vez que vengo. Soy de Bilbao y recientemente ha fallecido mi madre tras una larga enfermedad. Antes de morir, me mencionó este pueblo y me hizo prometer que vendría.

-Y... ¿Sabes si era tu madre biológica? –pregunté observando el rostro enfurecido de Teresa, quien seguramente estaría pensando en patearle el culo a la que secuestró a su hijo y se lo llevó lejos.

-No, me adoptaron de pequeño. –respondió extrañado. -¿Quién eres?

-Alguien muy surrealista. –respondí sonriendo. Di un sorbo a mi coca cola. -¿Por donde empiezo?

-Por favor, a estas alturas... creo totalmente en ti.

-Naciste aquí, Ernesto. Concretamente en un pueblecito llamado El Pino, a diez kilómetros de aquí. Debes saber que tus padres biológicos te querían mucho. Tu verdadera madre, se llamaba Teresa. –la volví a mirar. Me miraba expectante. –Murió de una neumonía cuando tú eras muy pequeño. Hace cincuenta años, tu padre te dejó en casa un momento para ir al huerto y al volver, no estabas. Por lo visto, te secuestraron. Y es todo lo que sé.

-Pero no puede ser... ¿Secuestrado? ¿Cómo es posible que no recuerde nada? Tenía cinco años, algo debería recordar. –me encogí de hombros.

-Los niños tienen mucha facilidad para olvidar las cosas ¿no? –asintió tristemente.

-Quiero saber porque he visto tu cara en mis sueños.

-Ernesto, veo espíritus. Y he visto el de tu madre, Teresa. –Ernesto se quedó pálido como la pared. Pero parecía creer en mi mundo surrealista y extraño y tenía fe en mí. –No la recuerdas ¿verdad? Está aquí, con nosotros. Y me hizo prometer que cuando te viera, te dijera lo mucho que te quería y lo mucho que sintió tenerte que dejar siendo tan pequeño. –Ernesto estaba emocionado y en mi caso las lágrimas amenazaban con aparecer de un momento a otro.

-Pregúntale si fueron buenos con él. –intervino el fantasma de Teresa.

-Teresa pregunta si fueron buenos contigo. Si tuviste una buena infancia.

-Sí, la mejor. –Teresa estaba satisfecha con esa respuesta.

Y a mí me daba mucha pena por Teresa, su verdadera madre. Sin olvidar la angustia que debió pasar el padre de Ernesto cuando éste, tan pequeño, desapareció.

-Teresa pensaba que te raptarían el domingo, 22 de julio. El día que te raptaron hace cincuenta años. Por lo que parece, ella ha vivido durante todo ese tiempo en bucle, como si no hubieran pasado los años. –Ernesto asentía.

-Dile que ya puede descansar. –Teresa lo miraba con infinito amor. –Y que algún día la veré.

Miré a Teresa. Su rostro dejó de ser tan pálido y su melena negra ya no daba miedo. Irradiaba luz después de tantas sombras. Me miró y sonrió susurrándome “Gracias”. Y en un destello de luz, se fue para siempre.

-Ya está. Muchas gracias Ernesto, la hemos ayudado.

-Gracias a ti. Siempre sospeché algo pero... tuve unos buenos padres aunque no tuvieran corazón separándome de mis orígenes. Eran otros tiempos, supongo.

-Lo siento mucho.

-No lo sientas, Marta. No lo sientas. Gracias de nuevo, yo también he encontrado un poco de paz. A veces sólo hay que dejar que la vida te sorprenda para encontrar lo que hacía mucho tiempo y sin saberlo, estabas buscando.

-Tienes razón.

-Tienes un don muy bonito. Aprovéchalo.

Se levantó lentamente dejando cinco euros en la mesa para pagar nuestras coca colas. Me dio la mano y con una sonrisa bajo su bigote blanco, se fue. Yo me quedé pensativa, dando sorbos a mi coca cola y caladas a un cigarrillo. Absorta en mi teléfono móvil que silenciosamente, se reía de mí.



Capítulo 7
EL VERANO ES UNA FIESTA
(Efímera)



Los días pasaron a la velocidad de un rayo. Agosto llegó con sus cielos despejados y su sol radiante y duradero. Eran días calurosos. Días de trabajo, coca colas light en las terrazas de los bares, paseos eternos por el campo, noches mirando las estrellas desde los tejados, fiestas nocturnas y veraneantes que nos avisaban que las vacaciones estaban en su punto álgido. Pero faltaba ÉL. Lo echaba de menos en todos y cada uno de los rincones de mi casa, en el hueco ahora vacío de mi cama... mis dedos también echaban de menos tener entrelazados los suyos. Y mis ojos parecían más tristes desde que no tenían su mirada. Nos enviábamos whatsapps con muchos emoticonos de

corazoncitos y sonrisas. Hablábamos por teléfono y estábamos en contacto casi a diario. Pero Alejandro tenía mucho trabajo en Aveiro y tenía poco tiempo. Yo tampoco podía presumir de que mi agenda estuviera demasiado libre. Mi día preferido era el sábado, cuando iba a la peluquería de Loli a poner guapas a las mujeres que iban a su sesión de maquillaje para no-sé-que-historias. Me explicaban sus vidas, yo asentía sonriente y les daba la razón en todo. Me encantaba encontrarme con Maruja, un fantasma de sesenta y tantos que me esperaba cada sábado en la entrada de la peluquería. La tenía a mis espaldas observando todo lo que hacía durante la tarde. No me molestaba, excepto cuando me explicaba anécdotas de su marido aún vivo Mariano, que se me solapaban con las palabras de la clienta viva. Era una locura. Pero me gustaba.

Nada que ver con mis veranos en mi anterior vida. Desde los veinticuatro años, podía permitirme unas vacaciones de ensueño durante todo el mes de agosto. Mi destino preferido era Bali, pero me encantaba tostarme al sol en las playas de Acapulco, beber tequila en México, la fiesta de Ibiza, perderme por los resorts más lujosos de Brasil y disfrutar de sus deliciosas caipiriñas... Vaya, sí, tenía un grave problema con el alcohol... Aunque fuera sola, siempre estaba rodeada de gente que me seguía allá donde iba yo. Era la protagonista indiscutible, la que manejaba el cotarro... la que realmente no le importaba un comino a nadie.



Me di cuenta de que Laura había muerto del todo cuando una noche, absorta en mis pensamientos fumaba un cigarrillo en la terraza de mi casa contemplando las estrellas. De fondo algunos niños chillaban y hablaban alto, muy alto. Los tejados estaban oscuros, las calles cementadas iluminadas tenuemente con sus farolillos. Y a mi lado se sentó ella. Claudia, el segundo fantasma al que conocí aún como espíritu. Con su resplandeciente melena rubia, sus ojos verdes brillantes y su cara angelical.

-Me alegra verte. –la saludé.

-Te has convertido en toda una experta. –sonrió.

-¿De que?

-De la vida.

-Pensaba que hablabas de los espíritus.

-También. Arriba están muy sorprendidos contigo.

-¿De verdad? –pregunté incrédula. –Pensaba que no habría manera de caerle bien a San Pedro.

-Entre tú y yo... San Pedro es una simple marioneta. –rió. –Lo estás haciendo bien, eres mucho mejor de lo que fuiste como Laura.

-¿Sí? –asintió.

-Caes bien a todo el mundo, haces cosas por los demás desinteresadamente, trabajas duro para llegar a fin de mes...

-Lo mío me cuesta... –hice una mueca de disgusto.

-Imagino que era mucho más divertido subirse a las pasarelas y posar para los mejores fotógrafos ¿verdad? –me encogí de hombros. –No tiene nada que ver con lo que haces ahora. Pero ¿sabes? No importa lo que hagamos, lo que de verdad importa es lo que somos.

-Y yo era una arpía. –dije con tristeza.

-Aún se sigue hablando de tu muerte. De la muerte de Laura Smith. Mucha gente la recuerda como la mejor top model pero...

-No como la mejor persona. –seguí.

-Exacto. En esta vida estás consiguiendo algo que a mucha gente le cuesta entender. El mundo está repleto de avariciosos, egoístas... personas que buscan satisfacción en las cosas materiales sin entender lo esencial.

-¿Qué es para ti lo esencial, Claudia?

-El tiempo. Los momentos. Los recuerdos que dejamos en nuestros seres queridos. El amor. –me guiñó un ojo. –Y estás cosechando buenos recuerdos en todo aquel que te conoce. Sigue por ese camino. Ya no eres tan graciosa... tu historia ya no parece una comedia pero... merece la pena, ¿no te parece?

-Sí.

-¿Eres feliz?

-A veces. Tiene que haber momentos para todo ¿no?

-Sí. ¿Recuerdas que te dije que la palabra de mi vida fue “Dolor”? –asentí sonriendo, recordando nuestro primer encuentro en un banco recién pintado en Central Park cuando yo, como espíritu, me encontraba tan frustradamente perdida. –Y tú pensaste en que era triste no tener una palabra para tu vida. ¿Has encontrado tu palabra?

-Ni siquiera llevo un mes en esta vida pero... mi palabra es muy corta. Sólo tiene dos letras.

-Entiendo. Es muy bonita.

-Gracias.

-Tengo que irme. Ha sido un placer hablar contigo y por la carta... de nada, me alegra que te haya servido de ayuda.

-Ven a verme más a menudo, Claudia. Me gusta verte.

-¡Lo intentaré! Sigue así y sé feliz.

Y de nuevo, su cuerpo menudo se marchó elegantemente, esfumándose encima de los tejados. En ese momento se cruzaron dos estrellas fugaces ante mis ojos. Pedí un deseo.



Felisa me dejó su GPS para que llegara sin problemas a Aveiro. Estaba emocionada, al fin iba a ver a Alejandro. Tenía quince días de vacaciones y quería aprovecharlos. Pasaría cinco días en Aveiro y luego Alejandro se vendría al pueblo hasta el dos de septiembre. Días, más días. Tiempo. ¡Un valioso regalo!

Mi destartado Vitara aguantó las tres horas de viaje sin incidencias. La voz femenina del GPS me indicaba con claridad hacia donde tenía que ir excepto cuando nos adentramos en Aveiro. Me perdí por sus estrechas calles, el GPS me decía que girara a la izquierda cuando sólo había derecha, me indicaba salidas en algunas rotondas que no existían y yo decidí preguntar directamente por el centro comercial, donde estaría trabajando Alejandro. Era

un centro comercial moderno, bien estructurado, de pasillos largos y con una decoración exquisita. Sus tiendas eran interesantes y pensé en la posibilidad de renovar mi armario. Era un viernes por la tarde, así que tal y como esperaba, estaba repleto de portugueses y turistas ansiosos por comprar. Me dirigí a la planta superior donde Alejandro me esperaba en su pequeño pero señorial despacho. Me chocó verlo sin sus tejanos y sus camisetas. Llevaba un elegante traje oscuro, una impecable camisa blanca y una corbata granate. Estaba guapísimo y bronceado. Incluso parecía más alto y fuerte. Me sonrió y mis ojos miopes estaban felices, volvían a ser los protagonistas de su mirada. Esa mirada...



Di vueltas por el centro comercial haciendo tiempo hasta que Alejandro acabara de trabajar a las ocho de la tarde. Compré algo de ropa barata pero con el buen gusto de una ex top model. Tomé café en la terraza de uno de los bares del centro comercial... y me sentí extraña. Y no solo por el idioma, entendía perfectamente el portugués. Me había acostumbrado al pueblo y a que todo el mundo me saludara. Ahí no me conocía nadie, aunque por otro lado era un alivio. Desde la terraza del bar se podía ver un largo y ancho canal por donde paseaban muchos transeúntes. Las calles estaban limpias y cuidadas, repletas de casitas tradicionales, algunas muy coloridas, que me recordaron mucho a Venecia. Por algo le llaman a Aveiro, la Venecia portuguesa, pensé. Estaba ansiosa por recorrer sus calles y conocer la casa donde se había instalado Alejandro hacía días. Parecía cómodo y feliz en su nuevo puesto de trabajo, con su nueva vida. Temía no encajar en su nuevo mundo pero no quería atormentarme con tantos pensamientos negativos. Todo iba a ir bien. Sí, seguro.

Llegó la hora deseada. Alejandro se acercó a mí, seductor, guiñándome un ojo y desatándose la corbata. Le seguí con mi coche por las calles de Aveiro hasta llegar a nuestro destino. Aparcamos en un descampado. Cruzamos un puente que nos conducía a otro canal, más chiquitito que el anterior que había visto, con pequeñas barcas pesqueras en él y rodeado de casitas coloridas y rocambolascas. La casa de Alejandro estaba ahí, una placa en su fachada indicaba que estábamos en Cais dos Botirões, esquina con la calle Largo da Praça do Peixe y era de color amarillo chillón con los bordes

de las pequeñas ventanas de madera pintados de azul. Al lado, un bar con una terracita muy acogedora de toldos rojos con vistas al canal, al igual que los bares de la acera de enfrente. A unos metros, una amplia plaza llamada Praça do peixe, el mercado José Estevão según marcaba una señal y a su alrededor restaurantes y locales de ocio.

-Es todo muy bonito. –dije antes de entrar en casa.

-Y muy pequeño. En un día conoces Aveiro. –respondió aburrido.

La casa no tenía mucha luz. Los suelos eran de madera vieja así como el techo de vigas rústicas. Nada más entrar, nos topábamos con un pequeño salón-comedor-cocina. Todo junto y bien distribuido. Una puerta que dirigía a un pequeño lavabo y al lado del sofá cubierto con una tela verde, una vieja escalera que conducía a una habitación, otro cuarto de baño y una pequeña terraza de baldosas amarillas con vistas.

-Me pongo cómodo y salimos ¿vale?

Salí a la terraza a fumar un cigarro. Las vistas eran amplias, se veía la plaza, las casitas y los locales. Gente que iba y venía y un cielo despejado que amenazaba con oscurecer de un momento a otro.

-¿Te gusta? –preguntó Alejandro abrazándome.

-Sí. Es todo muy hogareño. –sonreí. –Aunque esas casas con baldosas de cuarto de baño... como que no. ¿Cómo te va?

-Muy bien. El trabajo es genial pero no conozco a nadie.

-¡Tiempo al tiempo!

-¿Y tú? ¿Qué tal?

-Echándote de menos, la verdad... –respondí mirando las baldosas amarillas del suelo de la terraza.

-Yo también te echo de menos. Han habido días en los que he tenido ganas de tirar la toalla y volver al pueblo.

-Podrías... –medité. No. Jamás le pediría eso. –Todo irá bien.

-Seguro que sí.

Y por fin me besó. Como si no hubiera pasado ni un solo día desde nuestra silenciosa despedida.

Una hora más tarde, fuimos a cenar a un restaurante muy chic al lado de su casa. Cenamos una abundante mariscada y el vino blanco se nos subió un poco a la cabeza. Después recorrimos Aveiro, sus calles y sus canales en silencio. Se nos hizo muy tarde. Las calles empezaban a estar desiertas y al volver hacia casa, nos detuvimos en la plaza. De fondo, sin saber de donde procedía, escuchamos violines y acordeones que se fundían para dar paso a una melodía lenta y preciosa . Tal vez fue el vino o las ganas de abrazarnos, pero viví el momento más romántico de mi historia. Ahí, en medio de la desierta plaza, empezamos a bailar lentamente. Mirándonos a los ojos, embobados el uno con el otro, besándonos, sonriendo... viviendo un momento mágico que no olvidaría jamás. Si la anterior Marta nos estaba viendo desde algún lugar lejano, seguramente estaría muerta de envidia. Y a mí ya me daba igual no ser aquella top model de perfectas medidas, un rostro y un cabello envidiables, ropa cara y dinero a raudales. Era Marta, esa mujer sencilla, con una cuenta bancaria penosa, mal vestida e imperfecta... la mujer más maravillosa del mundo para los ojos de Alejandro.



Al día siguiente, sábado, Alejandro trabajó hasta las dos del medio día, así que aproveché para salir a tomar un buen café portugués en la terraza de un bar y hacer turismo por la ciudad. Sentada con mi taza de café en la mano, observaba el frenético movimiento que había en la Praça do Peixe. Turistas haciendo fotos a todo lo que había a su alrededor, incluidas esas casas con baldosas de lavabo que me horrorizaban. Y sin embargo, ante tanto

movimiento, colores y belleza, podía sentir paz... hasta que tras darle una calada a mi cigarrillo todo empezó a nublarse. De repente, todo se transformó. Yo seguía sentada, viendo un mundo frenético que no era el que conocía. Observé el bullicio y sus gentes con una indumentaria muy antigua. Pescado, mucho pescado. Me llegó un desagradable olor putrefacto. Casas de piedra, sin color... madera, mucha madera. Hombres rudos, señoras con sus pequeños en brazos... ruido de monedas, gritos, fuertes pisadas... Madre mía... ¿Qué llevaba ese cigarrillo? El camarero tocó mi hombro y afortunadamente me devolvió al tiempo real.

-¿Tudo bem?

-¿Eh? Sí, sí... todo bien... gracias... esto... obrigado. Obrigado.

¿Qué había pasado? Esperé que no volviera a sucederme algo así nunca más. Se me quedó muy mal cuerpo, ver espíritus era pan comido al lado de esa desagradable sensación que había acabado de experimentar. Apagué el cigarrillo prometiéndome que ese sería el último de mi vida, aunque a los diez minutos me encendiera otro.

Antes de que pudiera levantarme y empezar mi paseo por Aveiro, se sentó a mi lado un hombre de unos cuarenta años que con solo una mirada, frenó mi intención de empezar a hacer turismo por la ciudad. Hipnotizada, lo miré. Tenía los ojos muy pequeños, de un color miel muy especial. De su rostro afilado destacaba una cuidada barba pelirroja que le aportaba originalidad bajo una nariz aguileña.

-Hola Laura. -lo miré sorprendida. Miré a mi alrededor. ¿Era un fantasma?

-No, no soy un fantasma. Estoy realmente aquí.

-¿Laura? -¡Claro! ¡Laura! Estaba totalmente adaptada a mi nuevo nombre. -Vale. ¿Quién eres?

-Buen disfraz ¿verdad? -dijo guiñándome un ojo. -¿No me reconoces?

-Pues hombre, la verdad que no...

-¡Soy San Pedro niña!

-¿San Pedro? ¿Qué pasa? ¿Hoy no se muere nadie?

-Tengo a unos cuantos dobles trabajando. Quería hablar contigo.

-Tú dirás... –dije con miedo de que me reprochara las veces que había pensado en patearle el trasero.

-¿Estás satisfecha con tu nuevo cuerpo? ¿Con tu nueva vida?

-Nunca pensé que diría esto pero... soy más feliz que nunca. –respondí sonriendo.

-Cuanto me alegra. Las imágenes que has visto antes tienen una razón, no ha sido casualidad. ¿Nunca te has preguntado quien fuiste antes de Laura? –negué pensativa. –Al igual que la mayoría de los mortales, llevas siglos visitando la tierra, de una reencarnación a otra. Excepto en esta ocasión, una medida excepcional ocupando otro cuerpo que por lo que veo, no te está yendo nada mal.

-Sin rodeos. –San Pedro tenía el don de ponerme nerviosa.

-Año 1617. Mira al frente.

Obedecí. Vi a una mujer que no debía superar los veinte años con un bebé en sus brazos, envuelto en una manta deshilachada marrón. Ambos lloraban. Ella llevaba una trenza mal hecha en su cabello castaño claro, su indumentaria estaba rota y no llevaba zapatos. Su rostro blanquecino, repleto de pecas ensombrecidas por las lágrimas que brotaban de sus grandes ojos azules, era muy bonito.

-¿Quién es? –pregunté sintiendo una punzada en mi corazón.

-Fuiste tú. Una de tus anteriores vidas.

-¿Yo estuve aquí? –asintió.

–Y no fue nada fácil. A los tres días de esta escena tu bebé murió. Dos días más tarde, por decisión propia te fuiste tú.

-¿Me suicidé?

-Sí.

-Que fuerte ¿no? ¿Por qué me enseñas esto? Ahora entiendo porque cuando volvemos de una reencarnación a otra no recordamos nada. Mucho mejor, donde va a parar... hubiera preferido no verlo.

-Tenía que enseñártelo. Sé que estás bien pero...

-¿Pero...? –empezaba a preocuparme. Nunca me gustaron los “PERO”.

-En la vida hay momentos malos, niña. Recuerda esto. Y recuerda que siempre podría ser peor.

-¿Me estás advirtiendo? ¿Va a pasar algo más? ¿Me van a aumentar las dioptrías?

-A tu tercera pregunta no tengo respuesta... –respondió negando con la cabeza. –Y a lo demás... todo a su tiempo. Como Laura, tuviste una vida fácil y cómoda. Tu coraza y orgullo no permitía que sufieras por nada ni por nadie. En poco tiempo, esto ha cambiado. Eres otra, eres diferente... diría que mejor... sigue así, pase lo que pase, tendrás tu recompensa...

Sin darme tiempo a reaccionar o a decir cualquier estupidez más, se levantó con su característica majestuosidad envuelto en un halo de misterio y tal como había venido, se fue. La extraña sensación seguía apoderándose de mi cuerpo, que temblando después de lo ocurrido, se fue a pasear sin rumbo.



Mis cinco días en Aveiro junto a Alejandro fueron increíbles, sin más sobresaltos, presencias de otro mundo ni escenas desagradables de otra vida. Y lo mejor de todo, aún nos quedaban más días juntos. Disfrutamos de cada momento. Como Aveiro con sus sesenta mil habitantes se nos quedaba pequeño, visitamos Costa Nova do Prado. Sus infinitas playas, sus casitas de ensueño, atardeceres inolvidables... Nos pusimos hasta arriba de marisco, parrilladas de carne, chocolate, helados... en Portugal no sabían lo que era una ración pequeña. Disfrutamos como niños y Alejandro me enseñaba la cantidad de “Likes” y comentarios que teníamos en las fotos que iba subiendo

a Facebook. ¡Redes sociales! Como Laura estaba enganchada. Como Marta, sorprendentemente, dejaba el móvil en casa y ni siquiera me acordaba de él.

Volvimos al pueblo más bronceados y cargados de energía. Enseguida nos dimos cuenta que la población había aumentado con sus veraneantes. Recordé a Ernesto. ¿Seguiría en el pueblo? ¿Habría visitado la que fue su verdadera casa?

Me encantaba no ir a trabajar. Quedarme hasta las tantas en la cama con Alejandro, salir a comer algo y volver a acostarnos sin pensar en otra cosa que el uno en el otro. Salíamos a tomar unas cañas con nuestros amigos (sí, NUESTROS, estaba totalmente integrada en el grupo), disfrutamos de las fiestas de Valencia de Alcántara. Sus casetas con la música a todo volumen, sus atracciones en la feria, el botellón donde beber y hablar en corrillo ya no me parecía tan espantoso como el primer día en el que me sentí como una mamarracha fuera de lugar... algunas tardes viendo el atardecer desde lo alto del castillo de Marvão, nuestras noches en la terraza viendo el cielo despejado repleto de estrellas... un sin fin de imágenes y bonitos recuerdos que seguro, vendrían a mi memoria en los peores momentos. El peor día no fue el sábado veinticinco cuando volví a trabajar en el súper y por la tarde en la peluquería de Loli. No. El peor día fue el domingo dos de septiembre, cuando me despedí de Alejandro sin saber cuando le volvería a ver. Las dudas de si estaba enamorada o no de Alejandro en el poco tiempo que llevaba con mi nueva vida, se habían disipado a lo largo de NUESTROS (muy nuestros) días. Lo que sentía por él me hacía sentir viva y feliz. Más viva y feliz que nunca. Si como Laura fui afortunada en ciertos aspectos de mi vida, como Marta me había tocado la lotería.

-Y ahora... ¿hasta cuando? –pregunté subiéndome de puntillas para poder rodearle con mis brazos.

-¿Ya no piensas que las relaciones a distancia no funcionan? ¿Qué si encuentro a alguien, que sea feliz?

-Sigo pensando esas cosas... pero no me gustaría. Prefiero que seas feliz conmigo. –le besé.

-Eso me gusta. No sé cuando podré volver... no estaba en mis planes

trabajar los sábados pero ya ves que tengo que estar allí... a ver si algún fin de semana de octubre puedo escaparme.

¡Octubre! A penas habíamos empezado septiembre. Pensar en otoño se me hacía cuesta arriba. Asentí tristemente. Nos dimos un largo beso y desde la puerta vi como su coche se alejaba de mí. En ese momento sonó mi teléfono móvil. Era Felisa, me esperaba en el bar del Pino. Se había convertido en una tradición tomar el café con ella los domingos por la tarde. Hablábamos, fumábamos y cualquier cosa nos entretenía.

-Se acaba de ir... -dije antes de dar el primer sorbo a mi café con hielo.

-Lo siento. Después de los días que habéis pasado... ¿Qué duro, verdad?

-¿Así pretendes animarme Feliciana? -odiaba que la llamara Feliciana. Y a mí me encantaba chincharla.

-Bueno a otra cosa mariposa. He conocido a alguien.

-¿Cómo? –abrí los ojos como platos. En ningún momento pensé que Felisa tuviera las puertas abiertas a ningún hombre.

-Sí, sí... no te he dicho nada porque estabas muy ocupada, pero ahora que estás libre de hombres... –rió. Yo resignada, también. –Se llama Felipe. ¡Hasta nuestros nombres empiezan igual! Es más feo que la primera rebanada de pan bimbo pero es tan moooooono...

-¿Pero cuando ha sido?

-¡En la feria! ¿Recuerdas un gordinflón con gafas de pasta, medio calvo y con una camiseta de Star Wars? –Madre de Diós... ¿Qué llevaba el cigarrillo de Felisa?

-Hija, visto así... pues no.

-Pues ese. –dijo risueña señalándome con el dedo.

-¿Y de dónde es?

-Ahí está la pega... –respondió poniendo pucheros. –De Barcelona... se fue ayer.

-¿Entonces? ¿Cómo lo vais a hacer?

-Marta, pues con las nuevas tecnologías. Skipe, whatsapp, redes sociales, teléfono... Y si me motivo me voy a verle a Barcelona.

-Pero parece un poco friki ¿no?

-¿Friki? ¿Tú te acuerdas de Rodolfo? –no tenía ni idea de quien era Rodolfo. Y me temía que debería saberlo. –Ese sí era friki. Con ese juego de WarCraft todo el santo día...

-Es que tú también te fijas en cada uno que...

-¡Leñe! ¡En lo que me dejan!

Y empezamos a reír. De nuevo nuestras quinceañeras habían salido a la luz.



Efectivamente, el verano es una fiesta efímera. Los veraneantes se habían ido al bullicio de sus grandes ciudades y quedamos los de siempre. Los del pueblo. En el supermercado se notó un gran descenso de trabajo, algo que mis manos, agotadas de teclear a mi amiga la máquina registradora, agradeció. Y los días a partir de ese momento, se me harían lentos, pesados... echando de menos a Alejandro y todo lo vivido, con el único consuelo de los recuerdos que tenía con él. A veces sonreía como una tonta, volviéndome a imaginar en Aveiro, en la plaza desierta bailando con Alejandro al son de la música que sonaba de fondo. A veces, sólo a veces, aún podía sentir sus labios sobre los míos y su mirada clavada en mí. Me llamaba una vez al día pero teníamos poca cosa que contarnos... trabajo y más trabajo. Nos enviábamos whatsapps, fotos, mensajes de voz... *“Para que no te olvides de mi voz”*, me escribía, adornándolo con graciosos y enamorados emoticonos. Pero temía que la ausencia rompiera nuestra historia. Estaba claro que para mí sólo acababa de empezar... era algo nuevo, emocionante, repleto de ilusión y con vistas a un futuro prometedor. Para él, la historia con Marta era larga, tormentosa y repleta de oportunidades fallidas. Recordé a San Pedro y su advertencia, la visión de mi anterior vida... nada podía ser peor que esa triste experiencia. ¿Cuántas vidas dejamos atrás? ¿A cuantas personas? ¿Cuánto amor? ¿Cuánto orgullo? Estaba claro que todos y cada uno de nosotros, llevamos una pesada mochila en nuestra espalda... Entonces, pensé en mis padres –en los padres de Laura-. Lo triste que es sobrevivir a una hija. Aunque fuera una arpía... ¿Cómo estarían? ¿Habrían superado mi pérdida? Una soleada mañana de domingo, marqué instintivamente el teléfono móvil de mi madre. Tras cuatro *“¿Diga?”*, pregunté por un nombre inventado. Me dijo que me había equivocado y colgó. Necesitaba oír su voz. Para no olvidarme de ella.



Capítulo 8

REGRESO AL PASADO



Septiembre, caluroso y solitario, se esfumó. Y con él llegó octubre y las promesas incumplidas de Alejandro. Le era imposible venir al pueblo, tenía mucho trabajo. Nuestras llamadas telefónicas habían disminuido notablemente y nuestros whatsapps no tenían tantos emoticonos románticos. Mis temores se habían hecho realidad. La ausencia estaba matando nuestra historia. Algo bueno tenía que tener tanto disgusto... había perdido seis kilos. Mi ángel octogenario, estaba muy preocupado por mí, diciéndome a diario que estaba muy flaca y tenía que comer más. Por supuesto, Angustias seguía

dándome tupperes repletos de succulenta y grasienta comida que yo iba amontonando en la nevera. Estaba triste, muy triste... mi nueva vida como Marta ya no me gustaba tanto a pesar de tener nuevos frentes profesionales a la vista y buenos amigos con los que hablar, salir y despejar mi mente.

Un sábado por la tarde en la peluquería, Loli me hizo una propuesta que no pude rechazar aunque eso implicara dejar de trabajar en el supermercado.

-Las clientas están encantadas contigo, Marta. –me dijo Loli, con unas tijeras en una mano y un peine en la otra como era habitual en ella. -Y la verdad, te necesito mucho más que los sábados por la tarde. No te puedo pagar mucho, pero veo que te gusta el maquillaje y sé que disfrutarías trabajando aquí. Me gustaría enseñarte peluquería y dado el buen gusto que veo que tienes, que también fueras asesora de las clientas. –Mis fantasmas octogenarios, sentadas en las sillas de cuero negro me miraban expectantes. *Di que sí, di que sí*, me decían con sus ojos arrugaditos.

-¿Qué me propones? –pregunté sonriendo.

-De lunes a sábado. De diez de la mañana a siete de la tarde con una hora libre para comer. Ochocientos euros al mes y paga doble en diciembre y julio. ¿Te quedas?

-Por supuesto. Me quedo. –más dinero y horas de sueño. ¡Genial! -Pero... este fin de semana, si no te importa... –dije con cierto reparo porque incluso yo dudaba de lo que quería hacer. –Tengo asuntos pendientes que resolver.

-No te preocupes, haz lo que tengas que hacer.

Hablé con Manuel, el encargado del supermercado. Le dio mucha pena que después de tanto tiempo –para él-, dejara el trabajo, pero se alegraba por mi nueva oportunidad y prometió irse a cortar el pelo con la condición de que lo dejara “bien guapo”. Clara al enterarse, se llevó un buen disgusto. “¿Con quien voy a compartir la resaca los sábados?”, preguntó riendo al mismo tiempo que me abrazaba. Yo también los echaría de menos, seguro.



Tras mi exitosa primera semana en la peluquería de Loli, llegó el temido fin de semana libre. Sentada en mi destartado Vitara, con una pequeña maleta en el asiento de atrás y mi teléfono móvil y cajetillas de cigarros preparados en la guantera, sujeté el volante con las manos temblorosas. Arranqué el motor y me alejé de mi casita del Pino para volver a un pasado que necesitaba recordar. Cuatro horas de viaje hasta Madrid, fumando sin parar y cantando a grito pelado por la autopista canciones de Maldita Nerea, La Oreja de Van Gogh, Melendi, Estopa... evitando a Carlos Baute y Bisbal, ya que me recordaban a la noche que conocí a Alejandro... y no quería deprimirme más de lo que ya estaba.

El temblor a mis manos y peligrosamente a mis piernas, volvieron cuando un cartel me daba la bienvenida a Loeches, donde vivían mis padres –los de Laura-, desde hacía ocho años tras vender el piso de Atocha donde me crié. Dejaron atrás el bullicio de la gran ciudad, buscando un poquito de tranquilidad a sólo media hora de Madrid, en un chalet adosado con piscina comunitaria. Sólo fui a visitarlos una vez. Nos juntamos toda la familia e hicimos una rica barbacoa que yo no probé... me limité a comer lechuga y a mirar constantemente el móvil sin disfrutar de mis padres, de mis hermanos...

Aparqué frente a una pequeña panadería. Bajé del coche observando los chalets adosados que tenía enfrente. Todos eran iguales, simétricamente perfectos. Fui hasta el número veintidós. Me detuve en la verja y miré las escaleras que daban a la entrada principal. Seguía temblando. Finalmente, tras unos segundos, toqué al timbre. Unos pasos se acercaban, lentamente, con calma... y ahí estaba ella. Mi madre Carlota. Mucho más alta de lo que la recordaba, con su melena castaña oscura recién lavada, sus ojos azules y sus finos labios que me sonreían amistosamente. Dada mi poca altura, tenía que mirarla hacia arriba, tratando de buscar la manera de iniciar la conversación que necesitaba. Ella, me escudriñaba con la mirada y fruncía el ceño al ver que yo no era capaz de articular palabra. La última vez que la vi yo era un espíritu en su propio funeral. Vestía de negro y a pesar de criticar mi actitud y comportamiento, tenía los ojos rojos e hinchados de llorar por mí... por la muerte de su hija. Ahora tenía ojeras y alguna arruga más, pero seguía siendo bella como en sus años de juventud.

-Hola, ¿quieres algo? –dijo al fin.

-Perdón. ¿Carlota? –asintió. –Me llamo Marta y... bueno, era amiga de su hija Laura.

Era lógico que mi madre me mirara con sorpresa. ¿Laura amiga de alguien como... Yo? ¿Quién iba a creer eso?

-¿Amiga de mi hija Laura? ¿Seguro? –preguntó indecisa.

-Sí, nos conocimos en Nueva York. Fui su maquilladora en varias ocasiones. –inventé. Ella seguía sin creer en mí.

-¿Sí? Bueno, pasa, pasa... no te quedes en la puerta. ¿Quieres un café?

-Sí, estaría bien, muchas gracias. –durante todo el trayecto sólo había parado una vez en una gasolinera para repostar. Me moría por un café.

-¿Cómo lo quieres?

-Café con hielo. –se detuvo y me miró fijamente sin reparo, pensativa.

-¿Azúcar?

-No, gracias.

-Así lo tomaba mi hija... –suspiró.

Nos sentamos en la mesa del comedor. Para mi sorpresa, Carlota se encendió un cigarrillo. ¿Desde cuando fumaba mamá? Me ofreció uno. Acepté. Envueltas en una nube de humo, los ojos de Carlota seguían escudriñando la apariencia sencilla y humilde de Marta, sin creer que Laura hubiera sido en vida, amiga de alguien tan poco llamativo.

-Debo reconocer, que me sorprende que fueras amiga de Laura. Pero siento curiosidad.

-Sólo he venido a dar el pésame a su familia. Y... –no me salían las palabras. Era la primera vez que mi madre me imponía, la veía alguien muy

superior a mí. Un sentimiento que como Laura no experimenté jamás, ni con ella ni con el mismísimo Brad Pitt.

-¿Y...?

-Laura hablaba mucho de vosotros. –tuve la necesidad de abrazarla. Abrazarla durante mucho rato, decirle que estaba ahí, que era su hija... y que la quería. Que a pesar de todo siempre la había querido.

-No me lo creo. –dijo riendo.

-Pues es verdad. –mi madre abrió los ojos como platos. Por un lado, parecía complacida, feliz de escuchar que Laura hablaba de ellos. –Decía que sus padres eran su ejemplo a seguir.

-No parecía sentir eso... Perdona, ¿cómo has dicho que te llamabas?

-Marta.

-Marta. Mi hija vino sólo una vez a esta casa. Antes vivíamos en un piso en el centro de Madrid. Hicimos una barbacoa con sus hermanos y ella no nos dirigió la palabra en todo el día. De eso hará... que sé yo... ¿Cuatro años? Fue la última vez que la vimos.

-También me habló de eso. –inventé. –Fui su amiga este último año. Ella quería venir a veros, tener más contacto con vosotros. Pero el tiempo nunca jugaba a su favor, tenía mucho trabajo. –Carlota asintió, triste, pensativa. –La vi el día anterior a su muerte y justamente hablamos del tema, como si presintiera que algo malo le iba a pasar... –iría al infierno. Por mentirosa. – Tenía que venir a deciros que ella os quería mucho a pesar de todo. Siento si remuevo cosas que es mejor dejarlas donde están pero...

-No... está bien, Marta. Está muy bien. –dijo posando su mano de largos y finos dedos con una manicura reciente y perfecta, encima de mi desastrosa mano. Una lágrima sincera recorrió su mejilla. Miró la taza de su café con leche y volvió a mirarme a mí. –Sigue por favor.

-Tiempo. Le faltó tiempo para hacer lo que de verdad quería hacer. Estar con vosotros, con sus hermanos... cambiar sus maneras, sus formas. Y demostrar que de verdad os quería. Lo siento. De verdad que lo siento mucho...

-Muchas gracias por haber venido. Aún me parece algo increíble que esas

palabras salieran de mi hija pero... es bastante probable que se arrepintiera de todo.

-¿No fue buena? –quise saber.

-Fue la mejor. En todo. Pero era muy independiente y la profesión se le subió a la cabeza.

-Pero era su hija y...

-Y la quería, claro. Y la quiero y la adoro. Lo peor que le puede pasar a un padre es perder a un hijo. Lo estamos pasando muy mal.

-No puedo ni imaginarlo... –yo también estaba a punto de llorar. Pero me contuve. Le di un sorbo a mi café y una última calada al cigarro. La miré fijamente a sus ojos llorosos y tuve unas ganas locas de contarle la verdad. Que su hija estaba metida en ese nuevo cuerpo y con una nueva forma de ser.

-¿De dónde eres, Marta? Por tu acento pareces extremeña. –se interesó.

-Sí, de un pueblecito al lado de Portugal.

-¿Y has venido desde allí sólo para vernos? –asentí. –Pues no voy a aceptar un no por respuesta. Quédate a comer. Vienen mis hijos y mi nieta... sólo tiene dos meses, ¡es preciosa!

-¿Sí? –¡Había nacido mi sobrina! Una niña...

-Te la comes. Iban a llamarla Chloe... pero a mi hijo le afectó mucho la muerte de su hermana, así que finalmente se llama Laura, como su tía. –al escuchar eso, lloré. Desconsoladamente, con hipo incluido. Carlota –mi madre-, estaba muy sorprendida. –No llores, mujer...

-Lo siento... es que estas cosas me afectan mucho... –me ofreció un pañuelo. –Gracias...

Al cabo de media hora llegó “mi padre”, al que tendría que llamar Gustavo cuando mamá me lo presentara. Más gordo y calvo, se había dejado barba. Mamá le contó quien era y el motivo de mi inesperada visita. Papá asentía y me miraba con curiosidad, agradeciéndome el gesto que había tenido al haberles ido a ver. Me sentía feliz junto a ellos, pero triste por no poder demostrarles afecto... decirles la verdad. Salimos al jardín, era un mes de

octubre cálido, con un cielo despejado y mucho sol. Tomamos más café y Carlota y yo compartimos cigarrillos.

-Fumaba en mi juventud. –explicó. –Lo dejé cuando tuve a mis hijos y ahora... A raíz de la muerte de Laura, me volví a enganchar.

-Vaya... –suspiré.

-Pero lo puedo dejar cuando quiera. –dijo Carlota, risueña.

-Ya, claro... eso es lo que dicen todos. –refunfuñó papá, quien siempre había sido anti-tabaco total. –Lávate las manos que si no, no te dejarán coger a la niña. –¡La niña! Tenía tantas ganas de conocerla... era fantástico tener esa oportunidad.

-A Laura le hubiera encantado conocer a su sobrina.

-¿Sí, tú crees? No le gustaban los niños. –repuso papá encogiéndose de hombros. Ya... lo recuerdo.

-Pero... ¡Su primera sobrina! Eso es especial. –respondí entusiasmada. También me miró sorprendido como lo había hecho antes mi madre. Pero no dijo nada, siguió mirándome a los ojos, como buscando algo.

-Me recuerdas a alguien y no sé a quien... –dijo entonces. Venga papá, busca... búscame... estoy aquí, estoy cerca... ¿Pueden unos padres reconocer a un hijo que se ha trasladado a otro cuerpo? ¿Las miradas pueden hablar? –No sé, hay muchos parecidos. Ya me saldrá. –siguió, restándole importancia.

Una hora más tarde, llegó mi hermana Miriam. Enérgica, hiperactiva y ocupada como siempre. Atenta al teléfono y a lo que pasaba a su alrededor. Siempre decíamos que Miriam se parecía al fontanero. Su melena pelirroja rizada, sus pequeños ojos color miel, su nariz pequeña afilada y sus labios carnosos no procedían de ningún familiar a quien conociéramos. Al menos era alta, mucho más alta de lo que fue Laura y eso sí lo habíamos heredado de nuestros padres. A ella le gustaba inventar que procedía de algún antepasado irlandés. Pero ni siquiera mis abuelos sabían si teníamos antepasados procedentes de Irlanda.

-¿Eras amiga de mi hermana? –preguntó. –Entre tú y yo... era un poco bruja ¿verdad? –estuve a punto de estamparle un manotazo en su delgaducha cara. Pero sonreí.

-No, que va... era muy agradable.

-¿Agradable Laura? ¡Venga ya! –afortunadamente se fue a la cocina a ayudar a mamá a acabar de preparar la comida. Si no, no sé que hubiera sido de su melena rizada.

Seguidamente, llegó mi hermano Adrián con su mujer Irene y... un ángel. La pequeña Laura llegó durmiendo en los brazos de mi hermano. Todos nos acercamos a ella, yo con más disimulo y distancia que el resto y entonces, abrió los ojitos. Unos ojos grandes, redondos, azules y brillantes. Mejillas sonrosadas, cuatro pelos rubios bien puestos, boquita de piñón y una naricita redonda y perfecta. Era el bebé más bonito que había visto en mi vida.

-Es preciosa. –le dije a Adrián.

-Gracias. ¿Quién eres? –preguntó desconcertado. Entonces mamá, explicó una vez más la historia. –Vaya, gracias. ¿Todo eso decía mi hermana?

-Pues sí...

-Sólo llamarla por teléfono era una odisea. –recordó sonriendo. –Nunca contestaba ni devolvía las llamadas.

-Lo siento.

-¡No es culpa tuya! –Adrián... si tú supieras... Ser papá le había sentado bien. Para mí era el hermano más guapo del mundo. Había heredado los ojos azules de mamá, la nariz recta y la masculina barbilla de papá. Era alto, como todos en la familia y aunque nunca le había gustado hacer deporte, se mantenía en forma.

-No, claro... aún así... le hubiera encantado conocer a su sobrina.

-¿Quieres cogerla? –me sorprendía mucho la gratitud de mi familia.

¿Siempre habían sido así? ¿Tan majos, tan abiertos y entrañables? Los recordaba como personas aburridas, con vidas monótonas y rutinas estrictas. ¡Cuánto me había perdido!

-¡Claro! –respondí emocionada. Adrián se agachó para que yo pudiera coger a la pequeña. Odiaba ser tan bajita, me estaba empezando a doler el cuello de tanto mirar a todos hacia arriba. ¿Cuándo se habían vuelto tan altos?

Cuando tuve a Laura en brazos y vi como su miradita se posaba fijamente en mí, sentí que el haber vuelto había sido lo más maravilloso que me había pasado nunca. Hacía muecas y me sonreía, parecía estar muy cómoda en mis brazos, como si me conociera desde siempre.

-Le has gustado. –dijo Irene sonriendo.

-¿Sí? Eso parece. –respondí sin poder apartar la vista de mi preciosa sobrina.

Lo pasamos genial. Comimos, reímos y no dejamos de hablar y contar historias. Laura salió en muchos temas de conversación, sobre todo cuando Carlota nos enseñó los álbumes de fotografías de la infancia y adolescencia de los tres hermanos. Tenía que ir con mucho cuidado al hablar. Como Marta, la gente me hablaba de cosas que yo debía saber pero no me sonaban de nada. Con mi “ex familia”, debía no saber de lo que me estaban hablando, pero lo recordaba todo con exactitud. Además del entrañable álbum familiar, mamá quiso enseñar otro álbum. La tapa era amarilla –mi color preferido- y en purpurina estaba escrito el nombre de LAURA. En su interior habían fotografías de mi época como modelo desde mis inicios. Portadas, gráficas, pasarelas, fotos de rodajes... la última fotografía era reciente. Promocionaba una crema cosmética carísima y en la fotografía aparecía con el cabello recogido hacia atrás dejando mi rostro despejado. Tan guapa, tan perfecta... con una piel envidiable y unos ojos llenos de vida. Quise coger el álbum para observar bien la fotografía. Quería observar mejor esos ojos claros... sólo en ese momento me percaté de que no eran felices. Estaban repletos de sombras a pesar de brillar con luz propia. De tristeza, de soledad... Sonreí con pena a ese rostro ya inexistente, feliz porque mamá guardara algo así... una colección tan

especial de parte de lo que fui.

-Nunca me hubiera imaginado que guardaras un álbum así... –todos me miraron perplejos. Mierda. Lo había dicho en voz alta.

-Perdona, ¿cómo has dicho? –preguntó mamá. Les miré a todos, uno a uno, deseando retroceder unos segundos en el tiempo y evitar la situación. O salir corriendo hacia mi viejo Vitara y desaparecer. También podía utilizar una táctica que a Laura le iba de perlas cada vez que metía la pata... fingir un vahído. Todos olvidarían mis palabras y se centrarían en la nueva situación.

-Esto... quería decir... –sigue Marta, sigue... por lo que más quieras, ¡SIGUE! -... .. que es genial que guardes un álbum así de Laura. Mira... – dije señalando una fotografía cualquiera. –Aquí la maquillé yo.

-¿De verdad? –preguntó Miriam.

-Sí. –respondí con orgullo. Creer tus propias mentiras, ahí está el truco.

Había funcionado. Me preguntaron en qué foto más había maquillado a Laura. Era como si quisieran saber quien había sido en realidad esa hija, esa hermana, esa tía... como si nunca hubieran conocido a la verdadera Laura.

-Te parecerá raro que te hagamos todas estas preguntas. –dijo papá.

-Para nada. –respondí mirando a la pequeña Laura. Dormía plácidamente en su cochecito. –Pero me sorprende que Laura no os viniera a ver más a menudo. Sois una familia increíble. La mejor que he conocido nunca.

-Muchas gracias Marta. Eres encantadora. –respondió mamá mirándome con una amplia sonrisa.

-Bueno, tenemos nuestras cosillas... –Miriam siempre había sido experta en romper bonitos momentos.

No volví a pifiarla en las tres horas siguientes que estuve con ellos. Sabía que esa sería la última vez que los vería y se me rompía el corazón en

mil cachitos. No tenía sentido que la maquilladora de una modelo muerta fuera a visitar cada fin de semana –algo que me hubiera encantado- a su familia. Ver crecer a su sobrina, envejecer a sus padres... ya no era mi vida, pero los seguía sintiendo muy míos, mi familia. A la que nunca valoré ni aprecié y con la que tendría que haber pasado más momentos. –TENDRÍA QUE...- cuanto daño hacen dos palabras. Dos simples palabras. De nada servía arrepentirse, fui quien fui y pagué las consecuencias.

-Marta, muchísimas gracias por haber venido. –se despidió mamá. Detrás de ella, el resto. Me miraban sonrientes y agradecidos. Incluso Miriam, a la que parecí caerle bien.

-Gracias a vosotros por este día. Ha sido fantástico. –y sin esperarlo, mamá me dio un abrazo. Fuerte, entrañable, amistoso y cariñoso. Al separarse de mí me miró fijamente a los ojos y frunció el ceño.

-¿Verdad que te recuerda a alguien? –volvió a preguntar papá.

-No, no es eso... es que... –mamá dudaba. Venga mamá, va... di lo que piensas, di lo que crees... aunque te parezca una locura... ¡DILO! –Perdona, Marta. Ven a vernos otro día ¿sí?

-Será un placer. –respondí agradecida, al mismo tiempo que me acerqué al resto a darles dos besos de despedida. Pero sabía que esas cosas se dicen por quedar bien y que ella también sabía que esa sería la primera y última vez que nos volveríamos a ver.

Despedirme de la pequeña y preciosa Laura fue el peor momento. Cogió mi dedo con su pequeña manita y me miró sonriente.

-Feliz vida, chiquitita. –le dije dándole un beso en la frente.

Todos se quedaron en el umbral de la puerta diciéndome adiós con la mano. Pude ver su unión, su amor, su respeto. Cogí mi Vitara y con lágrimas en los ojos y mis malditas manos más temblorosas que cuando llegué a Loeches, volví a casa. A la que ahora y por el resto de mis días, era mi casa.



Capítulo 9
ANTES DE MORIR... ¡VIVE!



Mi ángel octogenario murió el siete de noviembre. Lo supe mientras me duchaba con agua calentita –el frío había llegado-; al ver una sombra en el cuarto de baño a través de la cortina de la ducha. Con temor, asomé mi cabeza y ahí estaba ella, tan amable como siempre, sonriendo. Me alivió que no fuera el viejo Anthony cruzando el charco y visitando a otras ciudadanas del mundo en el relajante momento de la ducha.

-He venido a despedirme. –dijo con paz. Mucha paz. Su espíritu decidió abandonar los vestidos floreados que tanto le gustaban, para dar paso a una túnica blanca impecable. Rápidamente me puse el albornoz y me situé frente a ella llorando. –No llores, mi niña... Y come más, te estás quedando muy flacucha. –me reí.

-Echaré de menos tus tappers, Angustias. –sonrió amablemente. –Y por supuesto, te echaré de menos a ti... –continué, arrepintiéndome de no haber pasado más tiempo con la anciana, sin recordar que los espíritus, pueden leer nuestros pensamientos.

-No te preocupes, has estado muy ocupada. Y ahora que sé cosas, entiendo las reacciones que tanto me sorprendían al principio. –hablaba con claridad y serenidad. –Y... me gustas más tú. Le diré a Marta que su cuerpo está en una alma muy bonita.

-Muchas gracias Angustias. ¿Puedo hacer algo por ti?

-Por favor. Hay un joyero granate en la mesita de noche de mi habitación. En su interior hay un colgante en forma de corazón. Si lo abres, verás una foto con mi marido y mis dos hijas cuando eran pequeñas. Quiero que me entierren con él puesto. Nada más.

-Eso está hecho. Dale saludos a San Pedro de mi parte... –Angustias rió. –Hasta la próxima... –me despedí con pena.

-Antes de morir, vive mi niña... y que sean muchos años.

Asentí, incapaz de pronunciar una palabra más. La vi esfumarse con su imborrable sonrisa y lloré durante al menos media hora.



Eran las diez de la noche. Aún con el cabello mojado, me vestí rápidamente y fui hacia la casa de al lado de la de Angustias, donde vivía una pareja de cincuenta y tantos, Rita y Gonzalo. Tenía las palabras exactas para que entráramos en casa de mi ángel octogenario a descubrir lo que yo ya sabía y ellos ignoraban por completo, sin que me tomaran por una loca.

-Buenas noches. Siento molestar a estas horas pero estoy preocupada por Angustias. –saludé evitando llorar más.

-Buenas noches, Marta. ¿Qué ha pasado? –preguntó Rita imitando mi cara de preocupación.

-Por la mañana me dijo que fuera a su casa por la noche pero he ido y no me abre. Llevo un buen rato y no sé...

Sin mediar palabra, Gonzalo cogió una copia de las llaves de la casa de Angustias y fuimos a abrir la puerta. Entramos poco a poco. Rita iba diciendo el nombre de mi ángel octogenario pensando que estaría durmiendo. Ambos se llevaron las manos a la cabeza y empezaron a llorar cuando se toparon de frente con la realidad. La televisión estaba encendida, empezaba la serie preferida de Angustias. En la mesita de al lado, una revista del corazón, en cuya página abierta aparecía una deslumbrante Isabel Preysler. La chimenea estaba encendida y su cuerpo sin vida sentado en su butaca preferida, tenía las manos entrelazadas apoyadas en su barriga. Sus pequeños y arrugados ojos cerrados y su sonrisa eterna, marcada para siempre en su rostro sin vida... como si hubiera estado esperando a la muerte y se hubiera ido en paz con la vida.

Mientras Gonzalo llamaba a los servicios funerarios, aproveché para ir a la habitación de Angustias a coger el colgante. Al abrirlo, observé

con atención la fotografía en blanco y negro. Una Angustias joven y preciosa. Delgada -¡sorprendentemente delgada!-, de ojos pequeñitos y vivarachos y esa sonrisa... su marido también era muy guapo, todo un galán con bigote pero algo más serio que su mujer. Y sus dos niñas, de unos cuatro y cinco años en la fotografía, con sus cabellos recogidos en unas perfectas coletas y los ojos oscuros heredados de su madre, así como sus sonrisas, a las que graciosamente les faltaban dientes.

Rita me señaló el colgante.

-Angustias quería que la enterraran con él. No quería olvidarme. –Rita sonrió, complacida y asintiendo con la cabeza.



Los forenses dijeron que llevaba dos horas muerta desde el momento en el que la encontramos. Le dio un infarto, así, sin más... sin dolor ni sufrimiento ya que muy probablemente la muerte la pilló dormida. Al día siguiente, cerramos la peluquería a las doce y Loli y yo fuimos al tanatorio. Dudé mucho que Angustias hiciera acto de presencia en su funeral. Pero me equivoqué. Estaba junto a sus hijas, que llorando, iban recibiendo a todo aquel que se acercaba a ellas. Mi ángel octogenario me miró sonriendo y me indicó con el dedo posado en sus labios silencio. Presentía que no íbamos a hablar más. Sólo quería estar con sus hijas, presente aunque invisible, en ese doloroso trance. Lo respeté.

Las hijas de Angustias me conocían. Vinieron a mí llorando a abrazarme. Gracias a Loli, que parecía ser amiga de ellas, supe que se llamaban Macarena y Catalina.

-Lo siento mucho. –dije dándoles dos besos.

-Gracias por todo, Marta. Por el colgante... nosotras con todos los trámites no nos hubiéramos acordado. –Angustias asintió al lado de la que supe que era la mayor, Macarena.

-De nada... Vuestra madre siempre se portó muy bien conmigo. –recordé la primera vez que la vi. Cuando gritó mi nombre desde su ventana cuando yo

estaba llenando con fastidio el barreño de agua de la fuente. El momento en el que me dio el primer tupper que yo, hambrienta, recibí con lágrimas en los ojos. El día en el que me habló de Teresa y la desaparición de su hijo y lo claves que fueron sus palabras para ayudar al fantasma a deshacerse del bucle eterno en el que se encontraba... sus palabras, siempre cariñosas, su sonrisa hacia mí eterna, sus favores desinteresados y su manera de vivir. Me quedaría con eso, desconociendo todo lo que había vivido la anterior Marta con ella. Y envidiándola por haber pasado, quizá, más tiempo de su vida con la anciana.

Me aparté un poco de la multitud mientras Loli hablaba con las hermanas. Angustias seguía con ellas pero de vez en cuando me miraba. *“Está todo bien... todo bien, muy bien”*, me decían sus ojos. Al cabo de una hora, Loli y yo volvimos a la peluquería. Ese día cerramos a las cinco y media, ya que a las seis fuimos a la misa y al entierro de Angustias. Una despedida a la que acudió todo el Pino y parte de Valencia de Alcántara. No volví a ver a mi ángel octogenario, pero debía sentirse orgullosa al ser querida por tanta gente, por haber dejado huella, por haber tenido una larga y buena vida.



Cuando volví al Pino a las nueve de la noche y miré hacia la casa de mi ángel octogenario me sentí un poquito más sola. La oscuridad invadía la casa y la plantación de rosas rojas que tenía en la ventana, pronto se marchitarían por su ausencia.

Entré en casa y me fui directa a la terraza a fumar un cigarrillo. A pesar del frío. Miré el móvil. Hacía días que no sabía nada de Alejandro. Nuestra última conversación telefónica fue el quince de octubre. Por whatsapp el veintisiete de ese mismo mes. Y ya estábamos a ocho de noviembre. Después de un día triste y difícil, decidí llamarle, deseosa por escuchar su voz. Después de cuatro eternos tonos, contestó.

-Hola guapa. –saludó con tristeza.

-¡Cuánto tiempo!... –exclamé intentando animar la conversación.

-Lo siento. Sabes que estoy muy ocupado. –Hacía tiempo que Alejandro no

era cariñoso conmigo. Siempre que hablábamos le echaba las culpas al trabajo pero yo intuía que había algo más. Algo que me escondía. Algo que presentía desde el día en el que se fue, a pesar de las promesas que hizo y de lo perdidamente enamorado que estaba de mí. Había dejado de creer en los príncipes y en las historias de amor eternas desde que tenía cinco años en mi anterior vida, cuando Matías, el niño del cole que me gustaba, me dijo que le daba asco y que me fuera a la caca.

-Las excusas de siempre, Alejandro. ¿Qué pasa?

-Es largo de contar y no es algo que me gustaría hablar por teléfono.

-¿Me tele transporto? –San Pedro no me había dado ese don. De momento...

-Vale... ¿Cómo te lo explico?

-Empezando desde el principio. –suspiré.

-Me dijiste que si encontraba a alguien, fuera feliz. –menuda idiota. ¿Quién le dice eso a la persona de la que está enamorada? –Ha pasado. Marta, nuestra historia ha sido increíble... pero he reflexionado mucho y aunque lo he intentado evitar estos últimos meses por lo cambiada e increíble que estás ahora... lo siento, no puedo perdonarte. Mi jefe me presentó a su hija y hace dos semanas que...

Colgué. Lloré. Me enrabíé. Tiré una maceta vacía y la rompí en mil cachitos. Alejandro me llamó tres veces pero no cogí el teléfono. Me envió un whatsapp diciéndome que lo sentía pero no contesté. Volví a maldecir a la propietaria anterior de mi cuerpo. Entré en casa y entre lágrimas me dormí. Sabiendo que al día siguiente, mi cara sería todo un poema. Ojos rojos e hinchados no sólo por la muerte de mi ángel octogenario... Recordé las palabras de San Pedro, disfrazado de ese hombre aparentemente mortal que me vino a visitar en Aveiro. La escena de una vida anterior terrible. Eso, al lado de lo sucedido, era mil veces peor, pero cuanto dolía... Quise volver a ser Laura o al menos como ella... fría, sin sentimientos, escondida tras una coraza en la que nadie podía atacar con una mirada, un beso, un baile... unas bonitas palabras... ÉL. Desaparecería de mi mundo, de mi vida, de mi tiempo, de mi momento... desde ya. Dejaría de ser mi palabra preferida en mi actual

vida. ÉL. Sólo ÉL. Se acabó.



Viernes nueve de noviembre. Como siempre, el despertador sonó a las nueve, pero ese día me desperté con menos ganas... al mirarme en el espejo casi salgo corriendo escaleras abajo del susto. Ojos hinchados, rojos... estaba horrorosa. Me vinieron a la mente las dulces palabras de Angustias... “*Antes de morir... vive mi niña*”. VIVE. VIVIR. VIDA. Sonreí para mí misma. No dejaría que un hombre –aunque fuera ÉL-, arruinara mis días. Mis nuevos días.

Antes de coger el coche, miré el móvil. Tenía cientos de whatsapps. Clara, Felisa, Jaime, Toni, Silvia... todos me felicitaban. ¿Mi cumpleaños? “*¡Veintinueve añazos! ¡Menuda vieja me estás hecha, a las puertas de los treinta!*”, escribía Felisa con emoticonos bastante cachondos, confetis y pasteles de cumpleaños. Apagué el móvil. En ese momento, volvió a sonar. Lo miré. Whatsapp de Alejandro. “*Felicidades princesa. Disfruta de tu día y lo siento... me perdonarás?*”. Quise tele transportarme hasta Aveiro. Tenerle de frente. Cara a cara y no preguntarle nada, sólo volver a tener el don de saber lo que pensaba –pero sin volver a ser un espíritu, claro...-. Descubrir la noche que había tenido... ¿Había llorado también? ¿Padecido de insomnio? La rabia volvió a mí imaginándole con otra mujer. En la cama que compartimos, en la plaza en la que bailamos, en los restaurantes donde disfrutamos... en la playa donde vimos anochecer entre besos y abrazos. Ese resentimiento hacia mí era totalmente injusto. Yo no le había hecho ningún daño, al contrario... había hecho que volviera a querer a este cuerpo mamarracho. ¿Pero él que podía saber? Sólo había una culpable y aunque su cuerpo estuviera presente, su alma había desaparecido del plano terrenal, seguramente –creí-, en el momento en el que más lo necesitaba...



Los viernes la peluquería estaba abarrotada de gente. Por las mañanas, ancianitas en busca de un look clásico. Por las tardes, jóvenes – muchas me conocían-, para cortar las puntas, cambiar su look radicalmente, maquillaje, manicura, pedicura... Les encantaba escuchar mi sincera opinión. Sabía lo que les quedaría bien y en cuanto a maquillaje salían de la peluquería

con una sonrisa permanente, creyéndose las más guapas.

Antes de cerrar, Loli, que se había pasado el día recordando a las clientas que era mi cumpleaños, me detuvo.

-¿Cuánto hace que no te cortas el pelo? –preguntó. –Ven, siéntate.

Me lavó el cabello con masaje incluido, me enseñó unas mechas color chocolate que yo acepté, corto, escaló... y me peinó. Me había dejado una melena increíble con un flequillo de lado muy favorecedor a mi rostro que ya no era redondo como lo conocí. Había adelgazado mucho y ¡hasta se me marcaban los pómulos!

-Me encanta, Loli. Muchas gracias.

-De nada, bonita. ¿Hoy vas a salir?

-¡Claro! Habrá que celebrar que soy un añito más vieja... –respondí con el mejor ánimo del que fui capaz.

-Mañana si vienes a las doce no me importa. Tenemos citas a partir de esa hora.

-Gracias, pero estaré aquí a las diez.

-Eres la mejor. Que tengas una feliz noche. –me abrazó y me dio dos besos.

-Igualmente, Loli.



Felisa me esperaba en la puerta de la peluquería para ir a cenar a la hamburguesería donde trabajaba Silvia. Ya maquillada, bien peinada y mejor vestida que antaño gracias a mis nuevas adquisiciones para renovar necesariamente mi armario, me sentía guapa. Bien conmigo misma. Aunque por dentro Alejandro me dejara destrozada. Era muy doloroso imaginarlo con otra...

-¿Qué tal con Alejandro? –preguntó Felisa sin darme tiempo a darle un mordisco a mi apetecible hamburguesa con queso.

-Mal, muy mal.

-¿Y eso?

-¿Sabes que te dije que hacía tiempo que no hablábamos ni nos escribíamos? –asintió. –Por lo visto hace dos semanas que está con otra... la hija de su jefe, algo así... –intentaba no darle demasiada importancia. Pero la tenía...

-¡No me digas! Este tío está fatal... ¿Te acuerdas de la rubia esa con la que iba?

-Ramona.

-¿Se llamaba Ramona?

-Sí...

-Chacho, y yo que aún no perdono a mis padres que me pusieran el nombre de mi abuela. –reí.

-Feliciano no está tan mal...

-¡Calla! –se me atragantó el trozo de patata frita por culpa del empujón que Felisa me dio. –Pues esa, Ramona. Se iba a casar con ella. Y luego mira, volvéis... Es como muy enamorado el pobre...

-Ya, pero no es lo mismo. Dice que no es capaz de perdonarme...

-A ver, normal... lo que le hiciste fue muy fuerte. –la apuñalé con la mirada. –Pero ya no eres la misma de antes. –me miró fijamente a los ojos mientras comía tres patatas fritas de golpe. –Es como si el golpe en la cabeza que tuviste con la tostadora te hubiera cambiado. Lo que sufrí ese día por ti... que rara te pusiste. ¡En fin! Serán los veintinueve. –siguió diciendo más para sí misma que para mí.

-Serán los veintinueve... –repetí riendo. –Gracias por hacerme reír y por estar siempre aquí, conmigo.

-Es un placer... y siento lo de tu vecina, tuvo que ser un shock encontrar el cadáver...

-Tuve un presentimiento... era mayor. –respondí recordando el momento ducha, mi encuentro con su espíritu y su sonrisa. La paz y aceptación con la que se había ido a ver a mi amigo San Pedro.

-Ya... Pobrecita. Y volviendo al tema Alejandro, tú tranquila. Volverá. Y además, los líos con las hijas de los jefes... eso no puede ser nada bueno.

-Es culpa mía. Yo le dije que si encontraba a alguien que le hiciera feliz, que se fuera con ella... pero no pensaba que iba a pasar tan rápido.

-¿Eso le dijiste? Tú eres muy tonta.

-De todas formas está bien así. Tengo que pasar página, será lo mejor. ¿Y como va con tu friki? –quise saber. Hacía tiempo que no me mencionaba al fan de Star Wars.

-Ay mi Felipito... viene a pasar las navidades con su familia. ¡Le tengo unas ganas!

-¿Entonces todo bien?

-Sí, sí... es que ya sabes que no soy muy dada a hablar de estos temas.



A las doce quedamos con toda la pandilla en el bar de siempre. Todos vinieron a abrazarme, a felicitarme y a destrozarme el maquillaje con tanto beso. Nada que ver con aquella primera vez a finales de julio en el mismo bar, cuando no conocía a nadie. Estaba incómoda y tensa, me sentía como una mamarracha a la que nadie prestaba atención. Envidiando mi vida anterior, cuando Laura era siempre el centro de todas las miradas. Yo seguía pasando desapercibida para mucha gente, pero al menos no para quienes me importaban. Mi teléfono volvió a sonar. Alejandro me llamaba. Opté por apagar el móvil.

El bar ese día estaba muy animado. Repleto de grupos de amigos pasándolo bien y gente que no había visto nunca en los meses que llevaba con mi nuevo cuerpo. En especial un grupito de hombres de unos treinta y pocos muy altos y fuertes.

-¿Habéis visto lo buenos que están los nuevos bomberos? –informó Clara. Toni, Jaime y Andrés pusieron los ojos en blanco.

-Veis un brazo hinchado y ya os volvéis locas. –repuso Jaime celoso.

-¡No es verdad! –rechistó Silvia riendo.

Lo cierto es que como Laura estaba tan acostumbrada a ver a hombres así, que ya no me llamaban la atención. Altos, musculados, guapos... mi cuerpo de top model se llevó a la cama a unos cuantos. Como Marta, no creo que me comiera un colín. Mis pensamientos me hicieron reír. Pero entonces, al igual que aquel viernes de verano cuando vi a Alejandro entrar por la puerta; mi mirada volvió a detenerse. Y fue correspondida con una sonrisa. Era alto y fuerte, muy fuerte. Al contrario que Alejandro, ningún mechón entorpecía su rostro, ya que llevaba el cabello rapado. Barba de tres días sobre su tez sutilmente bronceada y unos ojos rasgados de color azul en los que podía verse el mismísimo cielo... Pasó por nuestro lado uniéndose al grupo de bomberos y siendo inmediatamente el protagonista de su grupo.

-Como mi Felipito ninguno. –dijo Felisa. Todos rieron excepto ella, que los miró con los ojos achinados.

Yo seguía enfrascada en esos ojos azules que ya habían dejado de reparar en mí, cuando repentinamente entró por la puerta una mujer alta y muy delgada, vestida de novia. Estaba furiosa pero su rostro seguía siendo uno de los más bonitos que había visto en mi actual vida. Cabello rubio, ojos grandes de un color miel muy bonito, labios carnosos y una piel envidiable... me di cuenta de que era un fantasma cuando nadie excepto yo, reparó en esa extraña presencia. Fue corriendo hacía el bombero en el que me había fijado. Lo golpeaba, lo miraba... inútilmente.

-Se te van a salir los ojos. –me dijo Clara riendo.

-¿Cómo? –volví a la realidad. La mujer vestida de novia se había quedado quieta, mirando fijamente al bombero de ojos azules.

-Nada, que menudo cuadro ¿verdad?

-Sí, menudo cuadro... –no tenía ni idea de lo que me estaba hablando.

-Con mi primo... ¿qué? –se interesó Clara.

-Nada. Tiene a otra. –todos escucharon mis palabras. Suspiraron y siguieron bebiendo queriendo quitarle hierro al asunto.

-Ya le vale. –respondió Clara indignada.

Volvimos a encontrarnos con los bomberos en el pub. Yo bailaba con Felisa, si a lo que hacíamos se le podía llamar bailar... saltábamos, gritábamos... “Mi” bombero nos miró y rió. El espíritu de la mujer vestida de novia ya no estaba a su lado.

-¿De que te ríes? –preguntó pícara Felisa. El bombero se puso rojo como un tomate. –Me llamo Felisa. –Mi amiga le dio dos besos.

-Pablo. –se presentó. Me miró esperando a que le dijera mi nombre. Tímida, sonreí.

-Marta. –fue él quien se acercó a mí a darme dos besos. Cuando su mano tocó mi hombro me estremecí. Me puse nerviosa, notaba mis mejillas acaloradas y por un momento, Alejandro desapareció de mi mente y el tiempo se detuvo en esos ojos azules que desde el principio me habían llamado la atención.

-Encantado Marta. Te vi anoche. –eso sí que no me lo esperaba. –En el Pino. Pasabas por la fuente y paraste a mirar una casa. Estabas muy triste.

-Sí, la casa que miraba es la de una vecina que murió antes de ayer.

-Vaya, lo siento. ¿Vives allí verdad? –asentí. –Yo también.

-¿Sí? ¿Dónde?

-En frente de la caseta de los bomberos.

-¿Eres bombero?

-¿Tanto se nota? –rió. -¿Quieres algo? Te invito a una copa. -¡Una copa! Cuanto tiempo sin escuchar “*Te invito a una copa*”. Allí todo el mundo decía

cubata, trago, chupito... pero... ¿Una copa? ¡Que felicidad!

Hacia rato que Felisa nos observaba desde la barra. Cuando la miré me guiñó un ojo. Fui con Pablo hasta la barra y le conté que era mi cumpleaños.

-¡Esto hay que celebrarlo! –exclamó animado. –Cuando cumplas los treinta y tres... –suspiró.

Y lo celebramos. ¡Vaya si lo celebramos! Pablo no se separó de mí en toda la noche. Lo pasamos muy bien aunque yo seguía pensando en el espíritu que le acechaba. ¿Quién era? ¿Qué tenía que ver con él? Afortunadamente, no volví a verla pero le temía... la experiencia me decía que los espíritus en la mayoría de casos, no aparecen sólo una vez.

Silvia –que ya no estaba con Jaime- y Clara aprovecharon para coquetear con todos los bomberos. Felisa sin mucho interés y pensando en “su friki”, las acompañaba. Toni, Jaime y Andrés por otro lado, hablaban con otro grupito de mujeres. La soltería en el pueblo estaba a la orden del día y los inviernos en soledad son muy duros.

A las cinco de la mañana, decidí irme. Dormiría pocas horas, pero las necesitaba para rendir en la peluquería.

-Te acompaño hasta el coche. Yo también me voy. –dijo Pablo caballeroso.

-Vale.

-A mí me verás poco por la peluquería. –rió tocando su cabeza rapada que le quedaba tremendamente sexy.

-Ya lo veo.

Llegamos a mi coche. Cuando un hombre manosea nerviosamente sus manos, es que espera algo de la mujer que tiene delante. Y aunque me apetecía

darle un beso y estaba feliz por iniciar algo desde cero como Marta, algo en mí me decía que debía esperar.

-Bueno, nos vemos por el Pino. –dije divertida abriendo la puerta del coche.

-Sí, pero... esto...

Le miré, ya sentada frente al volante de mi Vitara. Esperé unos segundos a que le salieran las palabras. ¿A que venía ese nerviosismo? Nunca había conocido a un hombre tan guapo y tan poco seguro de sí mismo.

-¿A que hora acabas de trabajar? –dijo al fin.

-Normalmente a la siete pero puede alargarse algo más.

-¿Quieres ir a cenar conmigo? ¿Mañana?

-Claro. ¿Me pasas a buscar?

-A las nueve.

-A las nueve. Hasta mañana.

Con una sonrisa imborrable en mi rostro, me fui a casa. Ya en mi habitación, encendí el móvil. Diez llamadas y un mensaje rotundo de whatsapp de Alejandro.

“No quiero acabar así. Contigo no. Por favor, llámame... quiero hablar contigo”.

Mis dedos dudaban. A mi mente sólo venían imágenes de Pablo y esa noche. La fantástica noche de mi cumpleaños.

“Hablaemos cuando vengas. Mientras tanto, tal y como te dije, sé feliz. Yo lo voy a ser. Sin ti”.

Sin ÉL. Porque había aparecido otro ÉL con quien empezar desde cero. Sin pasados, sin resentimientos, sin décimo cuartas oportunidades... Porque merecía VIVIR y merecía mi oportunidad. No podía empeñarme en desperdiciar mi tiempo en alguien que ya no estaba conmigo, en alguien que no podía perdonar ni olvidar algo que aunque él no lo supiera, ¡YO no hice!

Y me fui a dormir... sonriendo, feliz... recordando una vez más las palabras de mi ángel octogenario.



Capítulo 10

ÉL

(Y su fantasma)



A las siete de la mañana una especie de sacudida me despertó. Mi cama empezó a moverse agitadamente y al mirar al frente, la vi a ella. De nuevo, la mujer vestida de novia mirándome fijamente. Aún podía ver rabia en sus ojos y entonces recordé lo debilitada que yo me sentía siendo espíritu, cuando me enfadé tanto al oír hablar mal de mí.

-Yo no llamaría a esto tener un buen despertar. –le dije frotándome los ojos.

-Perdona. Era imposible despertarte de otra manera. –su voz era suave, susurrante y envolvente. –No te vayas con él, te va a matar.

-¿Quién me va a matar? –eso sí que daba miedo.

-Pablo.

-¿Pablo? –mierda. -¿Te mató a ti?

Asintió con la cabeza y se fue. Los espíritus y sus manías de dejarte con la palabra en la boca. Obviamente no pude dormir más y la sonrisa con la que me fui a dormir había desaparecido. ¿Era Pablo un asesino? ¿Había matado a esa mujer vestida de novia? ¿Se iba a casar con ella? Tras meses de ausencia, la risa de mi abuela volvió a hacer acto de presencia.

-¿Sabes que no es un buen momento? ¡Ve a jugar a la petanca! –grité.



Los sábados en la peluquería eran muy entretenidos. Ecos de voces pasadas me seguían contando sus historias de juventud, mientras que a los vivos, les gustaba más enfrascarse en la lectura de las revistas de cotilleos. Las horas pasaron velozmente y tanto Alejandro como el espíritu que aseguraba que Pablo me mataría, habían desaparecido de mi mente. Todo tenía una explicación, seguro. Y esa noche lo averiguaría.

Pablo me vino a buscar puntual a las nueve. No trajo coche, lo cual me asombró. Me ofreció su fuerte brazo para ir caminando juntos hasta su casa donde al entrar, vi en el salón una mesita redonda con un par de velas encendidas. ¡Pablo había cocinado para mí! En el centro había una rica ensalada y en los dos platos un succulento pollo asado.

-¡Que buena pinta! –le dije.

-Gracias. Pensé que sería original prepararte la cena. –sonrió. ¿Cómo alguien con esa cara de bonachón podría matarme? Era imposible.

-Pues me ha encantado.

Pablo era muy galante. Apartó la silla para que me sentara y sin dificultad,

me colocó frente a la mesa. Se sentó y me sirvió una copa de vino tinto.

Había ensayado la manera de sacarle información sobre la mujer vestida de blanco. Decidí ir al grano, directamente, sin compasión.

-Y dime Pablo... ¿Has estado casado alguna vez? –levantó la vista del plato para mirarme con estupor. Como si mi pregunta directa, le trajera algún recuerdo doloroso que al empezar a hablar, decidió compartir conmigo.

-Sí. Hace siete años. Pero... Bueno, fue muy duro. Al salir del restaurante donde celebramos la boda, tuvimos un accidente de coche. Ella murió y yo me sentiré culpable toda mi vida. –me llevé las manos a la boca. Muchos espíritus confunden con sus palabras la realidad. Y ella estaba cabreada, muy cabreada con él.

-Lo siento muchísimo...

-¿Por qué me has hecho esa pregunta? Nadie hace esas preguntas de buenas a primeras. –dijo riendo.

-No sé, me ha salido. Lo siento.

-No pasa nada. Esto no lo cuento hasta la quinta, sexta, séptima cita...

-¿Esto es una cita? –quise saber.

-Sí. O al menos eso me gustaría.

Yo aún quería saber qué era lo que tenía Marta para atraer a hombres buenos y atractivos. ¿Serían sus/mis pecas?

Pablo me contó que era de Zaragoza. Había vivido en Lugo, Madrid y Bilbao, pero necesitaba un cambio y le ofrecieron trasladarse al pueblo a finales de octubre. Lo aceptó de inmediato, buscaba algo pequeño y tranquilo donde poder empezar de nuevo. Quiso ser bombero desde que tenía uso de razón. Le apasionaba ayudar a la gente, disfrutaba de su trabajo. Era valiente y aventurero, dos cualidades que siempre me han gustado en un hombre.

-Llevo dos semanas aquí y estoy muy a gusto. Este pueblo es tranquilo...

justo lo que necesito ahora.

-A veces muy tranquilo... yo estoy todo el día en la peluquería, así que no tengo tiempo para aburrirme. Pero no me imagino vivir aquí sin trabajo.

-Claro. Me da a mí que en invierno los bomberos nos vamos a aburrir un poco por aquí.

-Siempre hay gatos que suben a los árboles y no pueden bajar...

-¡Eso es verdad! ¿Está rico el pollo?

-En su punto, muy jugoso. Cocinas muy bien.

-En los parques de bomberos donde he estado casi siempre cocinaba yo.

-No me extraña. Tus compañeros estarían contentos.

-Eso creo, sí... –nos miramos fijamente. Él tenía otra forma de mirarme, muy distinta a la de Alejandro. Intensa, apasionada y curiosa. Como cuando quieres saberlo todo de alguien, incluso lo que sucede en lo más profundo de su ser. Y me gustaba. –Tienes unos ojos muy bonitos. Verde, miel... se mezclan colores... sí, muy bonitos.

-Tú no te quedas atrás. –Azules. Como el cielo, pero más bonitos que el cielo.

Pablo fue a la cocina a buscar los postres que él mismo había preparado también. Aproveché para observar la decoración rústica del salón. Los muebles parecían estar ahí desde mucho antes de que Pablo se instalara, y sólo había colocado en una mesita al lado del sofá de piel marrón, una fotografía. En ella aparecía él con sus padres –supuse-, otro hombre con un asombroso parecido a Pablo pero más joven y un perro de raza labrador. Al volver a mirar al sofá, vi al espíritu sentado. Me miraba con la furia de una mujer celosa.

-¿Por qué me mentiste? –le pregunté en un susurro para que Pablo desde la cocina no pudiera escucharme y pensar que era una chiflada que hablaba sola.

-Porque quieres robarme a mi marido. –respondió. Su voz ya no era

serena, ni bonita, ni aterciopelada... era pura maldad.

Por suerte, volvió a desaparecer cuando vino Pablo con dos cuencos.

-Serradura. Postre típico portugués... aprendí a hacerlo hace tres días.

-No lo he probado nunca... –dije con curiosidad.

-¿Cómo? ¿Extremeña y no has probado nunca este postre? -¿Y ahora que le digo yo?

-Me refiero a que así, casero... no lo he comido nunca.

-A ver si te gusta. –eso debía engordar a base de bien. Probé un poquito.

-¡Delicioso! Que cena tan agradable, Pablo. –dije sonriendo. Alguien me había enviado a ese perfecto bombero. San Pedro, Claudia, mi ángel octogenario... quien sabe...

Pablo hizo café y a regañadientes, dejó que fumara un cigarrillo.

-¿Y tú? ¿Te has casado alguna vez? ¿Parejas? –preguntó con curiosidad.

-No, no me he casado nunca... –reí. ¿Yo casada? Con mi anterior metro setenta y seis, un espectacular vestido de novia me hubiera quedado genial. Con mi actual metro sesenta temía parecer un botijo vestida de blanco... – Pareja... sí, Alejandro. Hace unos meses por trabajo se fue a trabajar a Aveiro y nada... parece ser que ha encontrado a otra mujer, así que ya se ha acabado. –respondí con total normalidad, disimulando la tortura que ese reciente suceso había provocado en mí.

-Vaya, lo siento. ¿Dónde está Aveiro? –escuchar esa pregunta en voz de otro, era música celestial para mis oídos.

-En Portugal. La llaman la Venecia Portuguesa. Muy bonita la ciudad, sí.

-¿Y esto es reciente? Lo de Alejandro, digo.

-Que va, pasó hace dos meses... –mentí.

-Entonces... ¿está superado? –asentí con la mejor de mis sonrisas.



A las doce de la noche nos fuimos a Valencia de Alcántara a mover el esqueleto. El grupo de bomberos y mis amigas volvieron a juntarse esa noche. Toni, Jaime y Andrés evitando cualquier proximidad con los bomberos, hablaban entre ellos. Su tema preferido eran los caballos. Y a veces, hablaban de mujeres. Felisa hablaba con todo el mundo y no dejaba de observar todo lo que hacía con Pablo. Sabía que en nuestro café del domingo, habría un interrogatorio en toda regla.

Pablo y yo bailamos. Nos gritábamos al oído cualquier tontería y reíamos. Y nos mirábamos. Nos mirábamos mucho. Hubo un instante, en el que incluso parecía que en el mundo sólo estuviéramos él y yo. Perfecto para un beso de película que no hubo. Él era tímido, pero ese detalle le hacía ser aún más encantador. No tenía nada que ver con Alejandro. De aspecto más tosco, tenía menos picardía y más humildad. Alejandro era genial, el hombre ideal por el que todas las mujeres suspiran... Pablo también era objeto de deseo, las allí presentes lo miraban con descaro, pero más como objeto sexual que como el hombre con quien compartir sus vidas. Tal vez si les hubiera preparado la cena que me había preparado a mí, cambiarían de opinión.

Como Laura, conocía bien a ese tipo de hombres... Nunca quise ver más allá en ellos... darles una oportunidad en una cena, un paseo por el parque, ver una buena película en el cine o simplemente disfrutar de una agradable y sincera conversación. Los utilizaba, eran simples kleenex para mí, sin pensar en las consecuencias o en que ellos pudieran tener sentimientos. Con Pablo no quería cometer ese error, pero tampoco ir demasiado rápido. Me apetecía conocerlo, saber más de él... tal vez fuera el hombre de mi vida. Tal vez nunca se hubiera fijado en alguien como Laura, pero sí en mí. En Marta, la nueva Laura. A lo mejor había vuelto al plano terrenal por él y lo mío con Alejandro fue un simple aperitivo. Pero antes, era primordial deshacerme de su mujer. ¿Era todavía su mujer? No lo sabía. No hay nada peor ni más peligroso, que una mujer celosa enfurecida... y verla en espíritu era bastante desagradable.

A las siete de la mañana nos fuimos a comer churros. Los bomberos, las chicas y yo. Pablo no se había separado de mí ni un segundo. Todos

teníamos ojeras y el maquillaje había desaparecido en cualquier rincón del lavabo del pub. Clara estaba muy acaramelada con Hugo, el mejor amigo de Pablo. Silvia sin embargo, no logró esa noche cazar a ninguno. Y Felisa no dejaba de mirar el móvil con impaciencia.

Tras dos churros con chocolate calentito, Pablo y yo nos fuimos en su coche al Pino. Estaba tan cómoda en su Audi blanco con calefacción en el asiento, que me dormí.

-Marta, ya hemos llegado. –me dijo Pablo en un susurro, muy cerca de mi oreja izquierda. Miré por la ventanilla, estábamos frente a mi casa.

-Sí... ¡Que sueño! Gracias por traerme. Bueno, y por la noche que hemos pasado... por todo. –abrí la puerta del coche.

-De nada, me lo he pasado genial. Ya tenemos nuestros teléfonos y somos vecinos, así que...

-Sí, nos vemos pronto. –nos miramos con timidez. Me acerqué y le di un beso en la mejilla. Él sonrió complacido y asintió con la cabeza. Esperó a que abriera la puerta de mi casa, entré diciéndole adiós con la mano y cerré. Inmediatamente su coche se alejó.



Me quedé apoyada en la puerta como una tonta, mirando las escaleras. Los diez minutos de sueño parecían haberme bastado, me había desvelado. Miré a mi alrededor sin saber qué hacer y con muy pocas ganas de irme a dormir. Cuando me giré hacía la puerta dispuesta a abrirla y a dar un paseo por el campo, escuché unos pasos en las escaleras. Despacio, con pocas ganas de hablar con nadie y menos con un espíritu, me giré. De nuevo el perfecto espíritu de Pablo, vestido de novia.

-¿Cómo te llamas? –pregunté.

-Me llamaba. Me llamaba Fiona.

-Fiona, fue un accidente.

-No, fue una putada. Y el maldito viejo de la barba pelirroja no me deja entrar en la puta luz.

-Hombre mujer, San Pedro no es santo de mi devoción pero no te pases ni un pelo con él. –dije esperando ganar algún puntito para cuando volviera a estar frente a él.

-No te acerques a Pablo. Ya te lo has pasado bien un rato con él, ahora déjalo.

-No. No lo voy a dejar. No quiero y no voy a permitir que un espíritu me de órdenes.

-Tú te lo has buscado.

No me dio tiempo a pestañear dos veces. Se había vuelto a ir y yo me había ganado una enemiga. Como Laura tuve muchas, todas modelos tan arpías o más que yo. Aquello sí que eran enemigas... Fiona al lado de aquellas top models de piernas infinitas no tenía nada que hacer. No conmigo.

Me fui a dar un paseo. Pasé por la pequeña iglesia del pueblo y seguí caminando por el despejado camino de tierra con muros de piedra a sus lados. Un perro callejero me seguía moviendo su cola alegremente. Llegué hasta la fuente de Las Carrizas. Me senté en su fría piedra y contemplé el juego del sol y las nubes. Estas últimas se movían a gran velocidad, dejando un bonito cielo despejado de domingo.



Mientras Felisa tomaba su café, pude ver un ápice de tristeza en su mirada. Me había hecho muy pocas preguntas sobre Pablo, como si no le importara lo más mínimo. Estaba ensimismada en sus propios pensamientos.

-¿Qué te pasa? –pregunté.

-Mi Felipito... que al final no viene en navidades.

-Ve tú a Barcelona.

-Sí, claro... en navidades. Y a mi madre le da un soponcio. No, no... tendré

que esperar hasta verano.

-¡Venga ya! ¿Hasta verano? ¿Y no hay ningún bombero que te llame la atención?

-A mí es que las tabletas de chocolate como que no...

-Ah, pero los fofitos fans de Star Wars sí, ¿no?

-Vamos a ver... ¿qué posibilidades tengo yo con un tío de esos? Ninguna. Chacho...

-No te amargues... –puse mi mano encima de su brazo cariñosamente. – Llegará, algún día llegará el hombre por el que te harán chiribitas los ojos. Y a él le pasará lo mismo, os querréis... os corresponderéis. Y lo demás no importará. Tiene que llegar Felisa, y llegará.

-O sea, ¿crees que no es Felipe?

-No lo sé. Eso es algo que sólo puedes saber tú.

-Ya. Sí, pues... esperaré a que llegue. Que a este paso se me pasa el arroz fijo... Por cierto, ya veo que Alejandro es agua pasada... Jolín con el bombero.

-No, no es agua pasada... –seguía estando presente en la distancia. -Y con Pablo no ha pasado nada. Ni pasará, de momento... quiero ir poco a poco.

-Así me gusta, muy bien.

De repente, el café con leche voló por los aires y se me cayó como por arte de magia encima del chaquetón, estropeándolo por completo.

-¡Fiona! –grité cabreada. Muy cabreada.

-¿Pero qué ha sido eso? ¡Brujería! –exclamó Felisa levantándose de la silla impactada.

-Maldita...

-¿Con quien hablas? –preguntó Felisa, aún aterrorizada por no entender qué era lo que había pasado exactamente.

-Nada, da igual.

El suceso me recordó a otro muy similar en una espléndida pasarela de París. Rebecca, una de las modelos más cotizadas del momento, más alta, más delgada y por supuesto más guapa que yo, salió a desfilarse con una mancha de café en su precioso vestido verde repleto de cristales Swarovski. ¿Quién había sido la responsable? La arpía de Laura, por supuesto... o sea, yo. Nunca lo descubrieron, quienes salieron perjudicados fueron los estilistas.

-¿Estás bien? –preguntó Felisa algo más tranquila.

-Sí, ya está.

-¿Quién es Fiona?

-¿Fiona? ¿De que hablas? –nada como responder con una pregunta cuando lo que intentas es evitar la respuesta.

-Has dicho... Bah, da igual. –Menos mal.



Me estaba preparando la cena –una triste ensalada a falta de los tupperts de Angustias-, cuando escuché el timbre de la puerta. Era Pablo. Llevaba unos tejanos negros y una sudadera gris con capucha de lo más favorecedora.

-Hola. –mi sonrisa me delataba, lo sé.

-Hola.

Como dos bobos, nos quedamos en el umbral de la puerta mirándonos.

-Perdona. Pasa, pasa. –dije al fin. -¿Quieres algo para cenar? Me estaba haciendo una ensalada.

-No, gracias. Acabo de cenar. Cena tú.

-Vale. Voy a buscarlo.

Al ir a la cocina, la lechuga y el tomate estaban tristemente desparramados por el suelo. Los cajones y los armarios, abiertos de una manera estratégica para que yo al entrar me diera un golpe tremendo en la frente.

-¿Estás bien? –preguntó Pablo desde el salón al escuchar mi “Auchh”.

-¡Sí!

Lo cierto era que no. Tenía la frente roja, en las próximas horas con un poco de suerte, me saldría sólo un moratón en vez de un horrendo chichón más digno de un niño de cuatro años que de una mujer de casi treinta. Me había quedado sin mi ensalada y ÉL estaba ahí. Decidí ir hasta el salón sin mi triste plato de ensalada.

-¿Y tu ensalada?

-Nada, no sé como pero se ha caído... Debí dejarla en el borde del mármol, no sé...

-Vaya... ¿Te preparo algo?

-Que majo eres... –suspiré. –No, gracias. Así adelgazo un poquito.

-Pero si no te hace falta.

-Gracias por el cumplido pero yo sé que sí...

-Pues yo creo que estás perfecta.

En ese momento, una foto “mía” cayó estrepitosamente al suelo. El cristal se rompió en mil cachitos. Bien, otra tragedia más para apuntar en mi colección por culpa del maldito espíritu de Fiona.

-¿Cómo ha pasado? –Pablo estaba tan impactado como horas antes Felisa

con el café desparramado sobre mi chaquetón.

-Habrá sido el viento... –resoplé. ¿Qué viento? Pareció pensar Pablo.

Pablo me ayudó educadamente a recoger los cachitos del cristal del marco. En una esquina del salón, el espíritu de Fiona mirándonos con odio. Me equivocaba, mis enemigas las top models, eran cachorritos indefensos al lado de esa bruja. Pablo cogió “mi” foto. Por supuesto, no era yo quien había posado en ella... si hubiera sido así, habría salido más favorecida. La sonrisa de la anterior Marta era forzada, su barbilla estaba demasiado alta y el cuello en tensión.

-Que cambiada... no tienes los mismos ojos que en la foto. –me fijé bien en los ojos de la anterior Marta escondidos tras las gafas de pasta. Era algo que tenía que estudiar detenidamente y en otro momento, pero Pablo tenía razón. No tenía los mismos ojos. Sí el mismo color y forma, pero la expresión era totalmente distinta. Era evidente que en su interior se escondía otra alma.

-Serán las gafas. Hace unos meses que me decanté por las lentillas. –respondí alegremente.

-¿Te pasa mucho?

-¿Qué?

-Esto... que se te caigan las cosas, así como así.

-No, de echo sólo me ha pasado hoy... tres veces. –mi respuesta pareció dejar preocupado y pensativo a Pablo.

-Me tengo que ir. –se levantó precipitadamente y sin echar la vista atrás para mirarme, abrió la puerta y se fue.

Fiona desde lo alto de la escalera, empezó a reír.

-Muy bien fantasmita... No soy la primera a la que le haces estas putadas ¿verdad?

-Exacto. Pero sí eres la única que puede verme, lo cual resulta aún más divertido.

-Eres una bruja. Verás cuando se lo cuente a San Pedro.

-Mira como tiemblo... –y volvió a desaparecer.

Acto seguido, me levanté del suelo intentando no clavarme ningún cristalito en la mano y fui corriendo a casa de Pablo.

-¿Qué es lo que ha pasado? –pregunté cuando me abrió la puerta. –¿Por qué te has ido así?

-Créeme, tengo mis motivos. –respondió seriamente.

-Tu mujer se llamaba Fiona. Y sí, está muy cabreada y no va a dejar que seas feliz con nadie. Le hará mil putadas a todas las mujeres que se acerquen a ti y tú les demuestres un mínimo de interés, ¿me equivoco? Pero yo lo puedo arreglar. –Pablo se quedó boquiabierto. No sabría definir la expresión perpleja de su rostro, pero al menos había despertado su interés. Y no por pensar que era una chalada.

-Pasa por favor. ¿Cómo sabes que se llamaba Fiona? –preguntó sentándose en el sofá. Me senté a su lado intentando tranquilizarme.

-Me lo ha dicho ella.

-Ya. –asintió. –En todos estos años he conocido a varias mujeres, sólo me gustaron tres. Y que casualidad... cuando me conocieron y estuvieron interesadas en mí, empezó a pasarles de todo. Ellas pensaban que era una racha de mala suerte pero no es muy normal que una taza de café salga volando por los aires y las ponga perdidas... –rió negando con la cabeza.

-No, normal no es... díselo a mi amiga Felisa. No hagas preguntas, no puedo contarte demasiado... pero la he visto, he hablado con ella y está muy enfadada. Mucho...

-Pero... ¿eso existe? Pensaba que estaba loco.

-No estás loco. Existe más de lo que crees, de lo que cree todo el mundo. –

Me apetecía tanto contarle a alguien quien era yo en realidad... pero no podía... si decir que podía ver espíritus era demasiado arriesgado y descabellado, explicar que mi alma era la de la top model Laura Smith era para enviarme directamente al manicomio junto a Napoleón.

-Y tú... ¿Puedes ver espíritus?

-Sí, algunos.

-¿No te da miedo?

-Al principio pensaba que me aterraría... nunca he podido ver una película de terror hasta el final... un simple programa de Iker Jiménez me ponía los pelos de punta... Pero ya ves, hay que echarle valor. ¿A ti te da miedo que yo los pueda ver?

-Para nada. Y no pienso que estés loca si es eso lo que te preocupa. –sonrió amistosamente.

-Mejor. Porque Fiona está aquí. –miré hacia arriba. Su expresión de bruja enfurecida se transformó en una triste mirada hacia Pablo.

-Era tan joven... tenía una vida por delante con él. –susurró el espíritu.

-Lo sé, pero todo pasa por alguna razón. –le contesté ante la atenta mirada del bombero. –Tienes que dejarlo ser feliz con quien elija. Él está vivo, déjale vivir. No merece todo lo que le estás haciendo, Fiona.

-Fiona... –Pablo estaba llorando como un niño pequeño. –Lo nuestro hubiera durado dos días... ¿Recuerdas que estábamos discutiendo minutos antes del accidente? Siempre nos estábamos peleando. –Fiona asintió.

-Pero yo le quería.

-Dice que te quería.

-Y yo a ella... Pero quiero pasar página. Siete años son muchos años, quiero ser feliz y dejar de huir.

Fiona se agachó y a su manera, abrazó a Pablo. Él me miró sintiendo el calor del espíritu de su mujer, sin entender qué era lo que realmente estaba pasando.

-Te está abrazando. –le dije sonriendo.

-Siento todo lo que te he hecho, Marta. Cuídalo ¿vale? Merece mucho la pena... –dijo Fiona. –¿Crees que San Pedro me dejará pasar?

-Creo que ahora te lo has ganado. –le guiñé un ojo. –Es buena gente, así que... seguro.

-¿Voy por ese túnel? –asentí recordando el largo túnel por el que yo también pasé.

-Dale recuerdos a San Pedro. –Pablo me miró sorprendido.

-Se los daré. Gracias.

La mujer más bonita que había visto vestida de novia, desapareció. Su figura se fue desvaneciendo lentamente a través de la ventana del salón. Me sentía feliz de haberme librado de ella y tener vía libre, por decirlo de alguna manera, con Pablo. Sin interrupciones ni desastres. Vi lo afectado que se había quedado. De sus ojos azules seguían brotando lágrimas y abracé ese cuerpo fuerte que en esos momentos me parecía frágil e indefenso.

-Se ha ido. –le susurré. –Ya puedes pasar página. –cogí su rostro con mis dos manos. Quería darle un beso. Y también pasar mi propia página con Alejandro. Pero opté por darle un beso en la mejilla y despedirme. –Descansa, mañana será otro día.



Capítulo 11

Volverán –dijo-. La vergüenza tiene mala memoria

“Gabriel García Márquez”



El año en el que morí acechaba con desaparecer con el paso de los días. Diciembre había llegado. Frío y distante como una pompa de jabón cuando logra alzar el vuelo. Desde el último whatsapp que le envié Alejandro, no había vuelto a tener noticias de él pero sabía que en pocos días estaría por el pueblo a pasar las navidades. Gracias a Clara, también sabía que vendría acompañado. Me daba igual.

Aún no había tenido un “primer beso” con Pablo, pero día a día nos gustábamos más y era bonito ir conociéndolo poco a poco. Era algo que sabíamos y que no necesitábamos hablar. Ya hacía algo más de un mes desde nuestra primera cita y habían habido muchas más. A él le gustaba cocinar para mí algunas noches, aunque fuera entre semana y al día siguiente tuviéramos que madrugar. Muchas mañanas antes de ir a trabajar, hacíamos footing juntos. Una buena alimentación y ejercicio con mi entrenador personal, estaban declarándole la guerra a los michelines de Marta, con los que por otro lado, me había encariñado. Disminuí considerablemente el número de cigarrillos que me fumaba al día y lo mejor... hacía días que no veía a ningún espíritu que entorpeciera mi fructífera relación con el bombero.

-¿Con quien cenarás en nochebuena? –preguntó Pablo una tarde en la que me vino a buscar a la peluquería al terminar mi jornada laboral.

Lo cierto es que no había pensado en eso. No tenía familia y mis amigos se reunirían con las suyas. Obviamente, no podía decirle a Carlota “*Ey! Voy a cenar con vosotros, soy vuestra hija en el cuerpo de otra, así que me doy por invitada*”. Volví a pensar en ellos... en las pocas probabilidades de volver a verlos. Me entristecí... mis navidades como Laura las pasaba en las Maldivas desde hacía años entre “amigos” modelazos. Muy superficial, sin ningún tipo de significado y sin intención de ir a Madrid a celebrar las navidades con mi familia... cuando aún tenía una familia. ¿Y ahora? No tenía dinero para irme a las Maldivas y no sabía qué era lo que había hecho la anterior Marta desde que murieron sus padres y se quedó sola. ¿Cenaba sola en su casa? ¿No lo celebraba? ¿Odiaba las navidades? A mí siempre me gustaron... en ese momento ni siquiera sabía si me gustaban.

-¿Me has oído, Marta? ¿En que piensas? –insistió Pablo ante mi silencio.

-Pues no sé... imagino que las pasaré sola. –me encogí de hombros y bebí un sorbo de mi coca cola.

-Eso no lo voy a permitir.

-Pero te vas a Zaragoza con tus padres y...

-Da igual, me quedo contigo. Cocinaré un pavo asado riquísimo, ya verás. Le pediré la receta a mi madre.–dijo animado.

Tenía ganas de abrazarlo, de comérmelo a besos, de... de... ¡De tantas cosas! Éramos idiotas perdiendo el tiempo de esa manera. Habíamos tenido un sin fin de momentos íntimos y románticos en los que darnos ese primer beso hubiera sido envidiado por las mejores películas de Hollywood. Y sin embargo, habíamos dejado escapar esos momentos por... ¿vergüenza? ¿miedo? Teníamos la suficiente confianza como para atrevernos a dar ese paso y estábamos a punto de entrar en la delicada zona de “Mejores amigos”.

-¿Qué me dices? –preguntó.

-Que me encanta... pero creo que tendrías que estar con tu familia. –dije pensando en la familia que tuve y perdí.

-Bueno... si todo va bien... el año que viene podemos irnos juntos a Zaragoza a pasar las navidades...

Tímido. Era muy tímido. Cada una de las palabras de esta frase las dijo con vergüenza, con la timidez más típica de un adolescente enamorado o de un hombre poco atractivo con miedo al rechazo. Le sonreí como sólo le sonreía a él. Como nunca le sonreí a Alejandro con quien en realidad nunca tuve la confianza suficiente para ser yo misma, algo que sí podía permitirme con Pablo que no conocía absolutamente nada de la anterior Marta... sólo me conocía a mí. Acaricié su brazo y le di la mano. Pablo hizo el movimiento perfecto para que nuestros dedos quedaran entrelazados, encajando los unos con los otros. Igual que dos piezas que desde siempre se han ido buscando... y finalmente, se encuentran. En el lugar más inesperado, en el momento oportuno... viviendo lo mejor de cada momento.



Martes dieciocho de diciembre. Loli y yo teníamos mucho trabajo en la peluquería. Todas las mujeres querían estar perfectas para las fechas navideñas y lucir un buen corte de cabello. En el pueblo eran muy presumidas y les encantaban las mechas y el buen maquillaje. También les encantaba cotillear, pero ese día no sobre buenas noticias. A las doce del medio día me enteré que se había declarado un peligroso incendio en Cedillo, a algo más de treinta kilómetros de distancia. Los bomberos del pueblo habían ido a ayudar y eso incluía a Pablo...

-Tranquila, seguro que están bien. –me dijo Loli tras ver mi cara de preocupación desde que me enteré de la noticia. Había llamado a Pablo pero

no me cogía el teléfono y según su whatsapp no se había conectado desde las nueve de la mañana.

-Eso intento.

Estaba entretenida ya que a lo largo del día no dejaban de entrar clientas. Una detrás de otra. Pero mi cabeza no paraba de darle vueltas a tragedias que aún no sabía si habían sucedido. Espíritus octogenarios, clientas asiduas de la peluquería, me susurraban al oído que él estaba bien. Claro que para ellas, estar bien podía no ser lo mismo para mí... para mí que estuviera bien era que estuviera a salvo, VIVO. Para ellas, podía ser que estuviera en la luz con mi amigo San Pedro.

A las seis de la tarde informaron que el incendio estaba controlado y que tres bomberos estaban ingresados en la UCI en estado grave. Volví a llamar a Pablo sin éxito. No respondía. ¿Sería él uno de los heridos? La próxima hora se me hizo eterna. A las siete me despedí de Loli y me fui corriendo a casa. Por el camino y sin esperarlo, encontré a Alejandro que iba solo, paseando sin rumbo. Yo iba corriendo inmersa en mis siniestros pensamientos sin darme cuenta que él, el más guapo del pueblo, pasaba por mi lado. Me detuvo y nos quedamos frente a frente, mirándonos fijamente a los ojos. De nuevo esa mirada... No daba señales de tanto amor como meses atrás. Tal vez nunca lo hubo y mis deseos de encontrar el amor con ese nuevo cuerpo me hicieran alucinar. Creer que los cuentos de hadas con príncipes perfectos como Alejandro existían y nada podía salir mal. Le habíamos fallado una vez más a esos cuentos que desde algún rincón aún deseaban explicar historias con finales felices.

-Alejandro, tengo mucha prisa...

-Vaya, no esperaba que en nuestro primer encuentro estas fueran tus primeras palabras. –seguía tan guapo como siempre. Tan apuesto, fino y elegante. Y se le veía feliz.

-Ya, pero lo son...

-Tenemos que hablar.

-Vale, en otro momento. Adiós.

Salí corriendo y escuché desde la lejanía “¿Ni siquiera dos besos?”. Yo tampoco había imaginado un primer encuentro con Alejandro así. Ya no esperaba que fuera algo romántico, pero al menos sí un encuentro triste y conmovedor por todo lo vivido intensamente en poco tiempo. Pero ahora sólo me preocupaba Pablo, dándome cuenta de que lo que sentía por él era REAL. Arrepintiéndome de no haberle dado un beso de película. Llorando en el coche de camino a casa, por el miedo que tenía a perderlo. ¿Me preparó San Pedro para este suceso aquella mañana en Aveiro mostrándome lo peor de mi anterior vida?

Cuando llegué al Pino, vi el camión de bomberos lleno de polvo en el garaje de la caseta. El coche de Pablo estaba aparcado frente a su casa. Las luces de su casa estaban apagadas, por lo que supuse que él no estaba ahí. Aparqué y entré rápidamente a casa mirando mi móvil silencioso. Una de esas voces a las que ya me había acostumbrado me dijo “*Ve a la terraza*”. Así que rápidamente subí las escaleras y abrí la puerta de mi rincón preferido, donde tantos momentos había compartido con Pablo mirando las estrellas...

En la oscuridad de la noche con una tenue luz que iluminaba mi terraza, vi la silueta de Pablo, esperándome de pie. Por un momento temí que estuviera viendo su espíritu vestido de bombero con sus ropas sucias hasta que con una sonrisa, empezó a hablar.

-Te dejaste la puerta abierta. Habría podido entrar cualquiera.

Corrí hacia él y lo abracé tan fuerte como fui capaz. Él me rodeó con sus brazos dejándome pequeña e indefensa pero con un sentimiento de seguridad que me encantaba.

-No eres un espíritu ¿no? –rió negando con la cabeza.

-Estoy bien. Ha sido un día duro... pero ya ha pasado. –cogió mi rostro con sus grandes manos, se agachó y finalmente nos dimos ese primer beso de película que habíamos estado esperando desde hacía tiempo.



Cálido, dulce, acogedor... fue como volver a casa, a un hogar repleto de amor. No queríamos separarnos, besarlo se había convertido en mi nuevo vicio. Tantos siglos, tantos mundos, tanto espacio... y coincidir.

-Tengo que ir a casa a ducharme. Estoy hecho un desastre...

-No, quédate... dúchate aquí y quédate conmigo. –no quería separarme ni un segundo de él. Nunca más.

-Vale. Voy a buscar ropa a casa y vuelvo. –asentí. Feliz de tenerlo a mi lado, sano y salvo.

Yo no era tan manitas como Pablo en la cocina, pero preparé un par de sándwiches mientras él se duchaba. Mientras cenamos, me explicó que los tres bomberos heridos en la zona no eran de su unidad. Aunque no era alivio el saber que tres personas se estaban debatiendo entre la vida y la muerte –que yo tan bien conocía-, sí lo era que no hubiera resultado herido ninguno de los amigos de Pablo.

-Sólo pensaba en ti. –dijo al fin. –Entre esas llamas asfixiantes... sólo podía pensar en lo tontos que hemos sido y en el tiempo que hemos perdido.

-Ha sido un día horroroso... habrás visto mis llamadas. Estaba muy preocupada, no sé que hubiera pasado si... –ni siquiera quería pensarlo.

-Tenemos toda la vida por delante. –dijo con seguridad cogiendo mi mano.

Después de cenar subimos a la habitación. A oscuras y lentamente nos desvestimos el uno al otro. Volvió a abrazarme al ver que temblaba. Una mezcla de frío y nerviosismo se apoderaba de mí. Si con Alejandro tenía complejos, con Pablo estaba tranquila. No me importaban mis michelines ni mi celulitis oculta en la oscuridad. Para él también parecía ser la mujer perfecta que en realidad no era. Su cuerpo sin embargo, era precioso. Entre las

sombras sus músculos eran poderosos e intimidantes. Su rostro sereno y confiado. Sus labios me besaban con calidez, como rozando lo más preciado. Con cuidado, con calma... con tiempo.



Tal y como me prometió, Pablo y yo tuvimos una nochebuena íntima y repleta de manjares sobre la mesa deliciosos. Pavo relleno, almejas, gambas... y de postre... ¡serradura! –Como no-. Nos recordaba a nuestra primera cita. Para la ocasión, compré un vestido precioso –y barato- de color turquesa que me sentaba muy bien. Andar con tacones en mi nuevo cuerpo no fue tan aparatoso como creía desde un principio y en seguida volví a andar con la gracia de la top model que un día fui. Pablo odiaba los trajes, así que se puso una camisa de color azul oscuro que resaltaba sus fuertes brazos ejercitados diariamente con pesas y unos tejanos. Estaba guapísimo.

Prácticamente vivía conmigo aunque muchas de sus cosas aún las tuviera en su casa. Dormíamos juntos cada noche y al despertar y ver su cepillo de dientes en el cuarto de baño, me daba a entender que era una relación seria. Me sentía acompañada y querida, aunque odiaba hacer todavía comparaciones internas entre Pablo y Alejandro.

Como Laura, jamás tuve otro cepillo de dientes en el baño que no fuera el mío. Paso a paso, iba consiguiendo mucho más como Marta, que como la top model que fui. Nuestro tiempo es incierto, nunca sabemos cuando se nos puede caer una tostadora desde la ventana de un edificio y mandarnos a las puertas de San Pedro... pero de lo que estaba segura y eso intentaba ganarme a pulso diariamente, era que en el funeral de Marta habría AMOR. Y nadie hablaría mal de ella... sería totalmente distinto al de Laura.



Después de cenar, nos fuimos de fiesta a Valencia de Alcántara donde habíamos quedado con nuestros amigos que al igual que nosotros, esa noche vestían sus mejores galas. Toni, Jaime y Andrés resignados, se habían adaptado a la nueva situación de compartir territorio con los bomberos. Clara y Hugo también habían empezado una bonita relación, Silvia estaba locamente enamorada de Bruno, otro de los bomberos de la unidad de Pablo; pero éste a su vez, había dejado una relación de diez años con una gallega y no se sentía

preparado para iniciar algo nuevo. Y Felisa... seguía pensando en su Felipito. A la una y tres minutos de la madrugada, tuve un déjà vu. Alejandro entraba por la puerta acompañado de una mujer alta y esbelta que llevaba un provocativo y demasiado escotado vestido negro. Destacaba su melena negra lacia, sus grandes ojos marrones excesivamente maquillados y unos prominentes labios rojos que parecían operados. Esa mujer no tenía nada que ver conmigo... con Marta. Iban cogidos de la mano. Alejandro ni siquiera me miró y su acompañante y sus aires de superioridad provocaron odio inmediato en mis amigas. Todos los saludaron con educación incluido Pablo, que al fijarse que no me dirigieron la palabra a mí, me preguntó si quería ir a fuera a fumar un cigarrillo. Obviamente le dije que sí. Me sentía incómoda, nerviosa y triste. Aquel no era el Alejandro que yo conocí... ni siquiera en la primera mirada que me dedicó repleta de odio y rencor aquella noche de julio cuando acabé de aterrizar a esta nueva vida. El Alejandro con el que yo pasé algunos de los momentos más bonitos de mi nueva vida –y de la anterior-, no era arrogante, serio y con apariencia de capullo. ¿Qué le había pasado? ¿Quién era esa mujer? ¿Realmente le estaba haciendo feliz?

-Imagino que ese era Alejandro. –dijo Pablo comprensivo.

-S

í, ese es.

-Me ha parecido un capullo. –si algo tenía Pablo, es que era muy sincero.

-A mí también... antes no era así. –respondí encendiéndome un cigarrillo.

-¿Aún sientes algo por él? –Felisa salió interrumpiendo la posibilidad de que pudiera responderle.

-Este tío está agilipollado. –chilló Felisa encendiéndose apresuradamente un cigarrillo.

-¿Qué ha pasado? –pregunté.

-¿Has visto la tía con la que va? Esa portuguesa me ha metido un empujón que casi caigo al suelo y me desparramo el cubata por el vestido. –Pablo no pudo evitar reír. Y yo tampoco... –Tíos, no os riáis que me ha costado un ojo

de la cara, cojones.

-Últimamente hablas muy mal Felisa. –le avisé. No había una frase en la que no soltara por lo menos dos tacos.

-Estoy muy susceptible, déjame. –el motivo era Felipe. Su friki catalán.

-Felisa, ¿no hay ningún bombero que te guste? –preguntó Pablo guiñándole un ojo.

-Ya me dirás tú que hago yo con una tableta de chocolate de esas que tenéis todos. –respondió agarrándose de la cintura un michelín.

-Tú te lo pierdes. –dije abrazando a Pablo y tocando la tableta de chocolate que se marcaba a través de su camisa.

-Vuelvo dentro a dejarle unas cuantas cosas claras a la portuguesa. –Felisa se fue y volvimos a quedarnos solos Pablo y yo.

-No me has respondido... ¿Aún sientes algo por él?

-No. –no lo sabía. –Porque siento mucho por ti. –eso era verdad.

En el momento en el que Pablo me abrazó y me besó frente a todas las personas que pasaban por la calle, Alejandro salió del bar. Nos miró de reojo y se encendió un cigarrillo. ¿Alejandro fumando? ¿Desde cuando? Parecía nervioso e incómodo como yo minutos antes ante su presencia y la de la portuguesa. Acto seguido, salió su acompañante blasfemando en portugués como si nadie la entendiera, sobre mis amigas. Lo peor de todo es que Alejandro no dijo nada. Se limitó a asentir con la cabeza mientras seguía observándome sin disimulo. Pablo se dio cuenta y volvimos a entrar al bar. Todos comentaban lo diferente que estaba Alejandro. Algunos bomberos que no lo conocían hasta ese momento, sólo se habían fijado en lo espectacularmente buena que estaba la portuguesa.

Dos horas más tarde, bailaba tranquilamente en el pub con Pablo, cuando Alejandro, algo pasadito de cubatas me cogió bruscamente del brazo.

-Quiero hablar contigo. –me dijo chillando.

-¿Crees que estas son maneras? –preguntó Pablo interponiéndose y apartando la mano de Alejandro de mi brazo. Sabía que tenía una conversación pendiente con Alejandro. Hablar, dejar las cosas claras y pasar página. Olvidarme de él para el resto de mis días como Marta.

-Tranquilo. –le dije a Pablo. –Voy a hablar con él.

Nos retiramos apenas unos metros ante la atenta mirada de Pablo que se había ido con sus amigos a la barra del pub. Ni rastro de la portuguesa.

-Estás borracho.

-Un poquito. ¿Estás bien con ese musculitos?

-Sí, muy bien.

-Entonces nada.

-¿Nada qué? Alejandro, fuiste tú quien me dijiste que no podías perdonarme –volví a tener ganas de patearle el culo a la Marta de antaño. –y que había otra que te hacía feliz. Que lo habías pensado mucho y que lo nuestro no iba a ningún lado.

-Yo nunca dije eso. Y no soy feliz con Daniela.

-Hombre, al menos esta tiene un nombre bonito. –dije intentando quitar hierro al asunto.

-No tienes ni idea de lo que he pasado por ti. De las noches en las que no he pegado ojo pensando en ti y en lo que seríamos tú y yo si hubiéramos tenido ese hijo.

-¡Basta! –grité. Estaba harta de que me echara en cara algo de lo que yo no era responsable. –Olvida ese tema ¿vale? Y olvídalo todo. Yo lo estoy intentando, Alejandro. Y yo sí soy feliz con Pablo. –grité demasiado. Casi todos los presentes en el pub fijaron sus miradas en nosotros y nuestra acalorada discusión.

Los ojos verdes de Alejandro se llenaron de ira y dolor. Hizo lo posible

por no llorar, cogió fuerte su cubata y salió corriendo del pub. Menuda nochebuena... Pablo se acercó a mí y abrazó mi cuerpo que una vez más, temblaba por nervios. Alejandro seguía doliendo...



Capítulo 12

**La Gran Tragedia de la vida no es la muerte.
La gran tragedia de la vida es lo que dejamos morir
en nuestro interior mientras estamos vivos.**

“Norman Cousins”



Tic Tac Tic Tac... la cuenta atrás para despedir mi intenso 2012, había llegado. Pablo y yo nos atragantamos con las uvas mientras nos reíamos el uno del otro. Recibimos al 2013 con un apasionado beso y un intenso abrazo. El mejor comienzo de año para mí de entre todos los que había tenido en mi anterior vida. No cambiaba las Maldivas por esa nueva situación de enamoramiento ni en sueños.

No habíamos vuelto a tener noticias de Alejandro pero sabíamos que esa noche saldría y sin acompañante. Tal y como decía su prima Clara, “*¿Alejandro en nochevieja por el pueblo y sin salir? Imposible*”. No quería dejar las cosas como las dejamos en nochebuena y Pablo apoyaba mi decisión. Aún no le había hablado del aborto que mi cuerpo sufrió hacía meses y que fue el detonante para deteriorar una relación “de toda la vida” con Alejandro. Porque era algo que no me pertenecía, no era mío... mi historia con Alejandro

duró a penas dos meses, para él años. Demasiados años. Para mí todo fue intenso, feliz y romántico. Para él hubieron más momentos de amargura y ni siquiera esos dos meses felices pudieron con todo un pasado tormentoso.

Clara no se equivocaba. Esa noche Alejandro salió solo, más relajado y tranquilo que en nochebuena. Parecía volver a ser el mismo de siempre y no aquel capullo prepotente acompañado de una espectacular y grosera portuguesa. Aproveché el momento en el que salió del lavabo del pub para detenerlo y hablar con él.

-Hola. –saludé sonriente. Por suerte, él me devolvió la sonrisa.

-Siento lo del otro día.

-No pasa nada. No quería que te fueras a Aveiro y acabáramos así. –Pablo nos miraba desde la barra del bar.

-Acabáramos así... –repitió sonriendo tristemente y bajando la mirada. – Para ti lo nuestro está acabado ¿verdad? ¿Ya no tengo nada que hacer? Estás enamorada, se te ve.

-Si te digo que te he olvidado te estaría mintiendo.

-Hemos vivido muchas cosas... es normal.

-Ya... –para mí no tantas, pensé. –Pero sí, estoy enamorada de Pablo. –mis palabras le hirieron. Pero le salió una sonrisa forzada, se agachó y me dio un beso en la mejilla.

-Dile que te cuide. Y sé feliz. –quería llorar. Él también, lo vi en su mirada. Y sin embargo, nos separamos como si nada y continuamos con nuestras vidas por separado.

A las seis de la mañana Pablo y yo decidimos ir a casa a dormir. Alejandro seguía dando tumbos por el pub, bebiendo y ligando con todas, mujeres felices por llamar la atención de un hombre tan atractivo. El príncipe de sus sueños... el yerno perfecto, el padre de sus hijos ideal... No esperaba algo así, me dolía verlo coquetear con otras como si nada, como si él también hubiera pasado página repentinamente, como si ya me hubiera olvidado para

siempre, como si ya no me quisiera... ni a mí ni a la Marta de siempre, la que ya no estaba en ese cuerpo. Me sentía injustamente decepcionada recordando el dichoso dicho del perro del Hortelano, “*ni comes ni dejas comer*” que tanto mencionaba mi abuela en vida.



Mi primer sueño de 2013 fue extraño. Fantasmas, llantos de bebés, oscuridad, cielos nublados, ruidosos truenos... y la ciudad de Nueva York que tan bien conocía. Al día siguiente me desperté mal, como si no hubiera pegado ojo a lo largo de todas mis horas de sueño matinales. Miré hacia la ventana. El día era gris, extraño... tenía un mal presentimiento, temía que algo malo iba a suceder. A las tres del mediodía mis trágicos pensamientos se hicieron realidad. El teléfono sonó. Torpemente lo cogí mirando a Pablo, que dormía profundamente. Era Felisa, a penas entendía lo que decía. Hablaba rápida y atropelladamente, llorando desconsoladamente.

-Felisa por favor. No te estoy entendiendo. Vocaliza...

Vocalizó. Pero ojalá no lo hubiera hecho. Ojalá no la hubiera entendido y me hubiera vuelto a dormir como si nada. ALEJANDRO HA MUERTO, logró decir entre sollozos. El teléfono empezó a carecer de importancia, resbaló de mis manos y cayó al suelo. Mis manos temblaban y de mis ojos empezaron a brotar lágrimas. Muchas. Me tapé la boca para no hacer ruido y desaparecí de la habitación. Poco a poco, pasito a pasito... torpemente y con un tremendo dolor de cabeza. Al salir a la terraza las lágrimas parecieron esfumarse por un momento, al sentir el viento en mi cara. Grité. Al cielo, a San Pedro, al mismísimo rostro de la muerte... esperando ver el espíritu de Alejandro en algún rincón, entre los tejados quizá.

-Ya lo tienes contigo Marta... –susurré llorando aún más. Imaginándolos en el cielo como dos figuras esbeltas y hermosas, felices, llenas de luz y paz. Fundiéndose a besos sin importar lo que se hicieron el uno al otro en vida... quise imaginar la confusión que Alejandro sentiría al cruzar el túnel y

encontrarse con Marta... con su Marta. Y dejar atrás a la estafadora que lo había hecho feliz durante dos bonitos meses estivales en un cuerpo que no le pertenecía... que había ocupado sin más. Sin pedir permiso.

Al cabo de media hora, Pablo salió a la terraza. Yo temblaba, de frío, de pena, de rabia...

-¿Qué haces aquí? Vas a coger frío. –dijo preocupado, levantándose del suelo. Lo abracé fuerte, muy fuerte. -¿Qué te pasa?

-Alejandro ha muerto. –susurré aún con los ojos llenos de lágrimas.

-¿Cómo? –preguntó incrédulo. -¿Qué ha pasado?

-No lo sé...

-¿Quieres que llame a alguien? –asentí. Le di mi teléfono y le señalé el número de Felisa.

A las seis de la tarde me reuní con todos en el paseo. Todos vestían de negro, sus rostros eran pálidos, ojerosos y muy, muy llorosos. Lo peor de todo fue saber como murió Alejandro. A las ocho de la mañana decidió coger el coche con alguna copa de más... no iba a casa, iba a verme. En medio de la carretera dirección al Pino, se le cruzó un jabalí que intentó esquivar dando un volantazo. Su coche salió de la carretera y murió en el acto. Cuando vino la ambulancia, una hora más tarde tras el aviso de un hombre que iba a su huerta y vio el trágico accidente, nada pudieron hacer para salvarle... y yo aún seguía esperándolo. Verlo en cualquier rincón del paseo, sentado tomando una Coca Cola... sonriéndome... mirándome como sólo él sabía hacerlo. Entrando por la puerta del bar. Tan guapo, tan alto... apartándose un mechón de su rostro, siendo el protagonista del local, el centro de las miradas de todas las mujeres... ¿Qué querría? ¿Por qué quería verme? ¿De que quería hablar? La vida está llena de malas decisiones, él tomó la peor. Querer verme en vez de ir a dormir a su casa a tres calles caminando del pub. Podría estar sano y salvo, a dos días de volver a Aveiro a seguir con su prometedora vida. A ser feliz. Pero estaba muerto... la cabeza me iba a estallar.

-Que difícil... Sobre todo para ti Marta, lo siento mucho... –me dijo Silvia abrazándome. Felisa no se había separado de mí ni un segundo y Pablo en silencio, me acompañaba. Respetuoso y cariñoso.

Una vez más, recordé a San Pedro sentándose a mi lado en aquella terraza de Aveiro. Diciéndome que en la vida hay momentos malos... pero que pensara que siempre podría ser peor recordando aquella imagen de una vida pasada en el siglo XVII. ¿Había algo peor que la muerte de un ser querido? ¿De su desaparición total? Pensé que yo una vez morí... no hacía tanto tiempo, aunque para mí fuera ya una sensación lejana. Volví a un cuerpo con el que fui plenamente feliz –por fin- con Alejandro. Y ahora él se había ido. Lo peor de todo era no saber donde estaba... ¿Estaría presente entre nosotros como espíritu y yo no podía verlo?



El cuerpo de Alejandro fue trasladado a la sala del Tanatorio, donde hacía dos meses había estado mi ángel octogenario. La sala se llenó de gente a pesar de ser las tantas de la noche. Menuda manera de empezar el año... con infinita pena. Los padres de Alejandro me conocían, yo aún no tuve la ocasión de verlos hasta ese momento. Alejandro se parecía a los dos. Tenía los ojos verdes de su madre y la forma del rostro con una mandíbula y barbilla marcadas de su padre. Los dos me abrazaron, estaban destrozados como era lógico. Esa sala estaba inundada de lágrimas, de dolor... de amor.

-Lo siento mucho... –no sabía como se llamaban y si Alejandro los nombró alguna vez, no recordaba sus nombres.

-Que pena... que pena... –repetía su madre a punto de desmayarse.

Salí al exterior a sentarme en un banco y fumar un cigarro. No podía con esa situación, era demasiado enfermiza para mí...

-¿Lo has visto? –preguntó Pablo sentándose a mi lado. Ni siquiera me había dado cuenta que había venido detrás de mí.

-No...

-¿Te gustaría verlo? –miré a Pablo. Él también estaba triste por la muerte de Alejandro aunque no lo conociera y hubiera cierta rivalidad entre ambos. Pero sabía que su tristeza iba más allá, la duda de lo que yo podía sentir en ese momento le dolía.

-Te quiero. –dije con seguridad. Él sonrió y me abrazó durante mucho tiempo... tanto, que cerré los ojos y me dormí entre sus brazos mientras acariciaba dulcemente mi cabello.



Cientos de personas acudieron al funeral de Alejandro. Era irónico que en los veintiocho años de Laura sólo hubiera acudido a los funerales de mis abuelos. Cuatro funerales en veintiocho años... Como Marta en menos de seis meses, dos. Y ambos de personas que me importaban. ¿Para eso había vuelto? Me había quedado claro que lo importante de la vida son esos pequeños momentos que se hacen grandes con el tiempo. Los pequeños detalles y las personas que forman parte de nuestro día a día. El amor. Había descartado por completo de mí misma el egoísmo y todas las riquezas materiales que no tenían ningún valor y había aprendido a AMAR en tiempo récord, a hacer cosas por los demás sin esperar nada a cambio. Y de nuevo, me habían vuelto a castigar aunque ya no pensara que volver con el cuerpo de Marta hubiera sido un castigo.

Estaba sentada en la cuarta fila, detrás de los familiares directos de Alejandro, junto a Felisa y Pablo. A mi lado, mi inseparable paquete de kleenex que tanto había utilizado las últimas horas. Más que nunca. Tenía la nariz roja y mis globos oculares estaban irritados de tanto llorar... parecía que no me quedaban lágrimas... pero me quedaban, muchas. El ataúd se encontraba en medio de la sala de la fría iglesia rodeado de flores. No podía dejar de mirarlo y quería pensar que ahí dentro se encontraba otra persona, no Alejandro. Pero estaba él. En oscuridad, en silencio... vestido con uno de esos trajes que tanto le gustaban y tan bien le quedaban. Y de repente, dejé de escuchar las palabras del cura, los llantos de las personas de mi alrededor y

mis propias lágrimas se silenciaron. Unos metros detrás del cura, en una esquina al lado de un piano se encontraba le espíritu de Alejandro. Observaba a cada una de las personas que había en la iglesia, como buscando a alguien... buscándome a mí. Nuestras miradas se encontraron y él pareció desconcertado al ver que yo podía verlo. Le sonreí pero no me devolvió la sonrisa. Su rostro no parecía el mismo que cuando estaba vivo, podía sentir su amargura y él seguramente podría sentir mis pensamientos. Sus ojos estaban tristes, la luz con la que brillaba en vida se había apagado. Quería acercarme, hablar con él, indicarle qué era lo que tenía que hacer... su próximo paso. Tal vez estuviera tan perdido como yo lo estuve por las calles de Nueva York el día que morí. A lo mejor me culpaba por ser la responsable de su muerte... si no hubiera querido venir a verme, seguiría vivo. No habría tenido el fatídico accidente de coche que acabó con su vida. Seguía mirándome. El discurso del cura se me estaba haciendo eterno...

-¿Estás bien? –susurró Pablo.

-Sí... lo estoy viendo. –le dije al oído. Me gustaba compartir uno de mis secretos con Pablo y que no me tratara como una loca. Sonrió y puso su mano en mi hombro para tranquilizarme. Ese gesto provocó en el espíritu de Alejandro una reacción extraña, su rostro se enfureció y desapareció.



A los dos días de la muerte de Alejandro, yo seguía sin creer que ya no estaba en el plano terrenal. Me preguntaba a donde habría ido... si se había ido... No dejaba de ver su expresión extraña y su rostro lleno de furia y dolor. Afortunadamente tenía a Pablo, que me consolaba y estaba ahí en mis momentos más bajos. Felisa también estaba pendiente de mí, dura y clara como siempre sin permitir que me derrumbara.

Loli me dijo que me tomara unos días libres en la peluquería a pesar de tener muchas citas y trabajo. Le dije que trabajar me entretendría, no podía quedarme en casa y darle vueltas a la cabeza. Eso acabaría conmigo si no lo hacía antes el catarro que había cogido.

Una noche de enero en la que Pablo trabajaba, me abrigué y salí como siempre a la terraza con una taza hasta arriba de poleo menta y mi inseparable

cajetilla de cigarros. Se había convertido en un ritual para mí después de una larga jornada laboral. Miré las estrellas y una vez más, al ver una estrella fugaz supe que en cualquier momento vendría alguien. Y aunque la visita era querida, no era la esperada.

-Hola Laura.

-Hola Claudia... –esa melena rubia, esos ojos verdes brillantes... El espíritu de la niña de doce años que me conquistó desde el primer momento que la vi en Central Park.

-¿Dónde está Alejandro?

-Bastante perdido... y enfadado.

-¿No ha subido arriba?

-No puede. Tienes que ayudarlo.

-No ha venido a verme...

-Lo hará. Cuando encuentre el camino lo hará.

-¿Qué hago ahora?

-Vivir... sé que tienes mucha pena, que fue la primera persona importante para ti en tu nueva vida pero estaba escrito en su destino. Si no hubiera sido de esa forma, hubiera sido de otra, no te culpes más. Su tiempo como Alejandro acabó.

-Quieres decir que... ¿puede volver?

-Eso no lo decido yo. ¿Te gustaría?

No supe que contestarle. Quería a Pablo, estaba locamente enamorada de él. Pero también lo estuve de Alejandro, algo poderoso y extraño me atrajo hacia él desde el minuto uno. Y sí es cierto que nos quedó pendiente algo... aunque sólo fuera un último beso. Y pensé que aunque volviera en el cuerpo de alguien gordo, muy gordo y muy feo... algo en él sentiría atrayéndome irremediabilmente. En esos momentos me di cuenta que mi historia con Alejandro había sido real... había sentido por él como nunca antes por nadie.

-Me gustaría que fuera feliz. –contesté al fin.

-¿Por qué esa obsesión de que Alejandro sea feliz?

-No lo sé... aunque no tengo la culpa, sé que la mamarracha de Marta, la real quiero decir... le hizo mucho daño. Se merecía ser feliz. Puede que de ahí venga mi obsesión como tú le llamas pero... no sé...

-Te entiendo. –dijo sonriendo.

-¿Y como está Marta? La real...

-Contenta desde que supo que Alejandro estaba muerto. –respondió Claudia encogiéndose de hombros. –No me cae muy bien ¿sabes? Es un poco... maliciosa.

-Esa debería estar ardiendo en el infierno.

-Yo no diría tanto pero... la pobre también sufrió mucho en su vida. Ahora lo está esperando.

-Y Alejandro... ¿sabe quien soy en realidad?

-Aún no. Me tengo que ir.

-Gracias Claudia.

-Sé fuerte ¿vale? –asentí. Y una vez más con su maravillosa sonrisa, se esfumó entre los tejados de las casitas del pueblo.



Le di un sorbo a mi poleo menta y encendí un cigarrillo. Una corriente de aire enfrió mi cara de repente e hizo que estornudara.

-Fumar mata, ¿lo sabes? –esa voz...

-¡Alejandro!

-¿Por qué eres la única que puede verme? –me acerqué a él hasta tenerlo frente a frente. No tenía el mismo rostro que en la iglesia. Seguía siendo él, como siempre tan guapo... con la nobleza que le caracterizaba en su rostro

aunque un ápice de melancolía destacaba en su mirada.

-Es una larga historia que me gustaría contarte. Pero dime, ¿cómo te sientes?

-No sé lo que tengo que hacer. ¿Tú lo sabes? –asentí.

-Antes me gustaría preguntarte algo. ¿Por qué venías a verme?

-¿A verte?

-Sí. Venías a verme y tuviste el accidente de coche.

-Lo siento... no lo recuerdo. –respondió con pena.

-¿No ves ninguna luz? –negó con la cabeza. -¿Sabes si tienes algo pendiente? –volvió a negar. No sabía lo que tenía que hacer.

-¿De verdad me has olvidado?

-Nunca. La última vez que hablamos te dije que no te había olvidado. Pero quiero contarte algo... No soy Marta. Marta murió el 20 de julio del año pasado. –lo recordaba bien. –Mi nombre real es Laura Ruíz, más conocida como Laura Smith...

-¿La modelo? ¿Qué lleva ese cigarrillo, Marta?

-¿No puedes leer mis pensamientos?

-¿Leer tus pensamientos? ¿Se puede? –Alejandro estaba más perdido de lo que yo lo llegué a estar como espíritu. Siempre había pensado que todos los espíritus podían leer los pensamientos de los vivos hasta ese momento.

-Soy Laura. Morí en Nueva York en junio del año pasado. Cuando encontré la luz, pasé por ella. Un túnel muy largo... hasta llegar al cielo. Allí nos espera San Pedro... me dijo que todavía no era mi momento y entonces entró Marta. Tu Marta. Volví con su cuerpo, con su vida y con un toque del más allá, es por eso que puedo verte a ti y a todos los espíritus que quieran ser vistos por mí.

-¿Y Marta dónde está?

-En la luz, en el cielo... no lo sé. Con sus padres, en paz. ¿Quieres ir con ella?

-Preferiría quedarme contigo. Vi algo diferente, por eso me enamoré. Pero no me enamoré de Marta, me enamoré de ti. Ahora lo veo, ahora lo entiendo

todo...

-Quería que fueras feliz. No podía explicarte la verdad, hubieras pensado que estaba loca. Odiaba que me recordaras lo del aborto y todo lo que te hizo Marta porque no fui yo quien lo hizo... ¿Pero cómo lo ibas a saber? – Alejandro asintió. Asimilando, comprendiendo lo que le estaba explicando.

-Siento haberte perdido. Si lo hubiera sabido antes... no podía perdonar a Marta, de echo aún no la puedo perdonar pero tú fuiste buena conmigo. Me arrepiento de todo... de haberme ido a Aveiro, de liarme con esa portuguesa... fui un idiota.

-Bueno, hay que asimilar que ya es tarde. Estamos en dos planos distintos... hasta que nos volvamos a encontrar. –expliqué con toda la madurez de la que fui capaz. En verdad sólo quería ponerme a llorar como una niña pequeña y acurrucarme en sus brazos... algo físicamente imposible.

-¿Qué me espera?

-Nada malo seguro, Alejandro. No tengas miedo.

-Entonces... ¿me querías?

-Y te voy a querer siempre. Puedo decir con toda seguridad que has sido el primer hombre en todas mis vidas... –dije riendo. –a quien he querido de verdad. Por el que he sentido cosas muy bonitas.

-Pues no necesito saber más... Estoy viendo una luz ahí. –dijo señalando una esquinita de la terraza donde nos habíamos sentado el uno al lado del otro muchas noches para contemplar las estrellas.

-Debes ir. Dale recuerdos de mi parte a San Pedro y dile que se porte bien. –me despedí llorando.

-Sé feliz ¿vale? –asentí emocionada.

Había visto espíritus cruzar a lo largo de todos esos meses. Pero ninguno me había hecho llorar como lo hizo Alejandro. No miraba al frente atraído por la luz. Iba hacia ella mirándome a mí, como si no quisiera olvidar mi cara. Se encontraría con Marta y a lo mejor la perdonaría... a lo mejor. Alejandro se había ido para siempre... pero seguiría vivo en mí, en mi recuerdo. Hay algo

que compartimos los vivos y los muertos, y son los recuerdos. Alejandro no había muerto del todo porque seguía en mí y así sería hasta el día de mi final.



Capítulo 13

**Si el Cosmos quiere que se encuentren,
aunque estén muy lejos se encontrarán.**

**Si no quiere, aunque estén cara a cara,
no se verán...**

“Alejandro Jodorowsky”



Principios de julio de 2013. Habían pasado 6 meses desde la muerte de Alejandro y a lo largo de ese tiempo habían habido cambios en mi vida como Marta. En unos días celebraría mi primer año de vida y no olvidé el cumpleaños de Laura, el 12 de marzo; en el que hubiera estado un poco más cerca de la barrera de los 30... Como top model seguramente hubiera pasado el día en mi cama maldiciendo al tiempo por hacerme un año más mayor. En esos momentos, cada segundo era importante y cumplir años un privilegio.

Pablo vivía conmigo. Dejó su casita frente al cuartel de bomberos y trajo todas sus cosas a la mía. Éramos felices. A ambos nos gustaba nuestro trabajo y nos sentíamos completos en todos los sentidos. Teníamos amigos, salíamos con ellos y lo pasábamos bien. Pero a veces la sombra de Alejandro me acechaba y cuando eso ocurría todo mi mundo se tambaleaba. A menudo necesitaba estar sola, a veces más de lo necesario. Pablo me entendía, respetaba mi espacio y sabía que ser yo no era fácil.

Cuando Pablo trabajaba por la noche, me pasaba horas esperando en la terraza por si a Claudia o al mismísimo San Pedro se le ocurría venir a contarme como estaba Alejandro. Pero no venían y yo no sabía nada. Se fue hacia la luz, sin más. Sin volver a tener señales. A mí sólo me quedaban fotografías y recuerdos... nuestros recuerdos.



Hacía calor. Los días en la peluquería eran agotadores pero a parte de tener la compañía de mis clientas terrenales, también seguía teniendo las del otro lado, incapaces de abandonar ese lugar. Esas sí que eran divertidas y animaban a cualquiera. Aprendí a peinar y poco a poco con la ayuda y paciencia de Loli, a cortar con la perfección que requería para llegar a ser una buena peluquera. Gracias a eso y la confianza que Loli tenía en mí, muchas veces me quedaba sola en la peluquería cuando había poco trabajo.

-Ha sido un bonito día. –dijo Loli al terminar la jornada. –Me encantan las bodas, ensayar recogidos, maquillaje... es la mejor época. ¿No te parece, Marta?

-Sí, es bonito. –respondí mientras barría el suelo.

-Pablo te está esperando. –miré hacia la puerta y lo vi esperando en la otra acera, sonriéndome. –Antes me gustaría comentarte algo...

-Dime Loli.

-Voy a dejar la peluquería. –esas cinco palabras me aterrorizaron y se me notó en la cara. ¿Qué iba a hacer yo ahora? No quería volver al súper, estaba tan cómoda ahí... Mis clientas fantasmas, sentadas en las butacas se reincorporaron y abrieron los ojos como platos. Estaban tan angustiadas como yo. –Pero me gustaría ponértelo fácil. ¿Quieres quedarte con ella? Tal vez tengas que contratar a alguien pero de momento te cobraré poco de alquiler y...

-Sí. Quiero quedarme con la peluquería. –afirmé convencida y feliz.

-Es una fantástica noticia. No imagino a alguien mejor que tú para seguir con el negocio.

Mis espíritus sonrieron felices y aplaudieron. Sus aplausos resonaron en mi cabeza y las miré orgullosa.

-¿Por qué siempre miras hacia las butacas? ¿Te gustaría cambiarlas? –preguntó Loli.

-No, están bien así... Gracias Loli.

-Si te parece bien, empezará en septiembre. Hasta entonces, acabaré de enseñarte todo lo que necesitas saber... Que ganas tengo de tomarme un largo descanso... –suspiró. La abracé, le di las gracias y me despedí hasta el día siguiente.

Fui corriendo hacia Pablo. Mi cara reflejaba felicidad.

-¿Qué ha pasado? ¿Y esa alegría? –preguntó Pablo contento.

-Estás frente a la nueva propietaria de la peluquería de Loli. Bueno, en septiembre...

-¡Eso es un notición! Vamos a celebrarlo.

Esa noche tuvimos una velada romántica inolvidable. Lo mejor de la vida es compartir las alegrías con los demás. Buenas noticias que alegren a las personas que importas. Aunque tenía la sensación de ser Marta desde siempre, detalles y recuerdos de Laura venían a mi mente. La top model que fui triunfó laboralmente hablando, pero nunca tuvo a nadie con quien celebrarlo. Era bastante peligroso celebrarlo con otras modelos, siempre tenías la inseguridad de que te pudieran poner veneno en la bebida para conseguir tu campaña publicitaria.

El día 20 de julio llegó. Un año como Marta. Un año desde que aterricé en ese nuevo cuerpo que había tuneado y mejorado. Al que me había adaptado, con el que me había encariñado por tantas satisfacciones y nuevas experiencias vitales. Esa noche también se cumpliría un año desde la primera vez que vi a Alejandro entrar por la puerta del bar. Compré una magdalena y una vela que entre lágrimas y en soledad, soplé. Sólo yo y algunos espíritus, sabían mi verdad. Cuantas miradas llenas de luz y paz habían pasado por mi lado buscando ayuda... espíritus atrapados en el tiempo deseosos de encontrar su particular túnel y dejar zanjados sus asuntos pendientes. Aunque muchas veces sólo se tratara de decirle "*Te quiero*" a alguien importante. Que poco valor le damos a veces en vida a esas dos palabras... y que significativas se vuelven cuando ya nos es imposible decirlas o recibirlas de quien más queremos.



3 años después

En el pueblo corrió como la pólvora la noticia de que se había instalado un famoso modelo neoyorquino llamado Mark Spencer. Su nombre no me sonaba, no debía ser famoso en mi época como top model, que tras cuatro años como Marta había olvidado completamente. Antes de que llegara el fin de semana y todas las jovencitas se convirtieran en las reinas de los pub

del pueblo, todas vinieron a la peluquería a ponerse guapas. Hablaban constantemente de Mark, deseosas por ser las protagonistas de su mirada y sus palabras y tanto mis clientas fantasmas como yo, estábamos hasta las narices de oír hablar del modelo. La peluquería iba bien. La había modernizado y contratado a Estefanía, una chica de veinte años rápida y eficaz que me ayudaba con la faena. Loli me lo puso fácil desde el principio y gracias a eso, los gastos no eran un quebradero de cabeza. Tras tres años, había logrado obtener ganancias gracias a una buena y reconocida publicidad del negocio.

Mis amigos seguían como siempre. Felisa había olvidado al friki barcelonés de Felipe. Había abandonado el nido familiar y junto a dos gatos se había ido a vivir a un pisito al lado de la iglesia de Valencia de Alcántara. La ubicación le encantaba, ya que cada sábado puntual a las nueve de la mañana iba al mercadillo de la Plaza de la Constitución, en frente de donde vivía y al lado de mi peluquería, por lo que sus visitas eran frecuentes. Solía decir que no necesitaba la compañía de nadie, que con ella solita se bastaba. Nunca me quedó claro a que se refería...

Clara y su relación con Hugo iba viento en popa. Tenían previsto casarse en junio del año siguiente y tener muchos hijos... como mucho cinco y como poco tres, como siempre decía ella ante la mirada asustadiza del bombero. Silvia seguía soltera y aunque lo tuvieran muy calladito, todos sospechábamos que su lío con Jaime había vuelto. Por otro lado, Toni y Andrés seguían de flor en flor y el verano era su época preferida. El pueblo se llenaba de forasteras urbanitas en busca de su particular amor de verano. Toni y Andrés estaban dispuestos a ser el amor de verano de unas cuantas.

Mi relación con Pablo seguía siendo única y especial. Nos seguíamos queriendo aunque no todo era perfecto. A lo largo de esos tres años habían habido baches, diferencias y peleas. Me acordaba de Fiona y como Pablo le dijo antes de que ella se fuera para siempre, lo mucho que discutían. No quería acabar así. No quería tener una relación tormentosa repleta de discusiones. Así se lo expresaba cada vez que discutíamos por algo y nuestra reconciliación resultaba ser lo mejor del día. Tal y como me dijo Pablo en nuestra primera navidad juntos, la siguiente la pasamos en Zaragoza con su familia con quien congenié desde el principio. Y así el resto de navidades a lo largo de estos años. Su hermano Marcos había sido papá de una niña preciosa

llamada Emma a la que fuimos a conocer en febrero de este año. No pude evitar sentir una de las espinitas clavadas que llevaba dentro... por mi anterior familia, por la pequeña Laura que ya habría dejado de ser un bebé precioso para pasar a ser una niña de cuatro años. No había vuelto a saber nada de ellos y seguía pensando en lo extraño que resultaría volver a visitarlos. Volver a abrazar a mamá... sin que ella supiera que estaba entre los brazos de su hija muerta.

Mi otra espinita era Alejandro, de quien no había vuelto a saber nada. Claudia vino a verme en dos ocasiones y siempre omitía mi pregunta. Su respuesta siempre era que no le permitían dar información sobre los seres que habían cruzado. A veces soñaba con él pero en mis sueños nunca me miraba. Se limitaba a entrar por la puerta y a quedarse quieto en un rincón. Tan lejos y tan cerca...



Desde el salón, Pablo hablaba sobre lo revolucionado que estaba el pueblo por la llegada del susodicho modelo mientras yo acababa de arreglarme en el cuarto de baño de la planta de abajo.

-Especialmente las mujeres. Están como locas.

-No sé quien es. Nunca había oído hablar de él. –grité para que me oyera, mientras me aplicaba un poco de rímel. -¿Tan guapo es? –pregunté yendo hasta el salón donde estaba Pablo.

-Míralo. –dijo enseñándome una fotografía que había buscado en google. El tal Mark Spencer sabía posar y mostrar lo mejor de si mismo. Sin camiseta, dejaba al descubierto unos pectorales y abdominales que el mismísimo Pablo envidiaba. Su rostro era refinado, angelical. Cabello rubio estratégicamente engominado hacia atrás y unos ojos azules muy similares al del seductor Paul Newman junto a una destacada sonrisa de dientes blancos y perfectos. Todo él era perfecto.

-Vaya, muy guapo. ¿Cuántos años tiene? ¿Veinte?

-Puede ser... Oye, ¿pues te puedes creer que tengo ganas de verle?

-Si te soy sincera, tanto revuelo también me ha provocado curiosidad.

Venga, vámonos. ¿Le pedimos un autógrafo? –pregunté riendo a la vez que me levantaba para coger el bolso, las llaves del coche y salir de casa.

Cuantas veces me habían pedido un autógrafo y una fotografía a mí... A Laura. Debo reconocer que era algo halagador aunque molesto cuando lo que querías era el anonimato total. Algo que había conseguido con esta nueva vida y que con el tiempo, empecé a apreciar. Hacía tiempo que no entraba en el perfil de Facebook u otras redes sociales de Laura... simplemente había aprendido a vivir como Marta, olvidándome de un pasado ya oculto y enterrado.

Como cada viernes por la noche, nos reunimos con la pandilla. Más adultos, más maduros... en definitiva, tres años más viejos. Algo que se notaba en la hora de retirarse a casa. Cada vez teníamos más ganas de cama y menos de fiesta. En noviembre cumpliría 33... 33 sonaba a muy mayor.

Tras beber un par de coca colas, fui un momento al cuarto de baño. El suficiente como para perderme el espectáculo que me hubiera encantado vivir. Al salir, vi a todo el mundo revolucionado, especialmente a las chicas jóvenes que estaban en el bar vestidas con sus mejores mini faldas y provocativos tacones con los que muchas, pobrecitas mías... no sabían caminar.

-¿Qué ha pasado? –pregunté mirando a mi alrededor.

-Lo que te has perdido. –rió Felisa que esa noche lucía un modelito nuevo y extremadamente escotado para lo mojigata que vestía siempre. –Ha entrado el modelo. ¡Está cañón!

-¡Venga ya! Felisa por favor, si es un chavalín de veinte años. –comenté.

-¿Veinte años? Pero si tendrá treinta y cinco por lo menos. –dijo Clara.

-Creo que la foto que hemos visto era antigua... –susurró Pablo encogiéndose de hombros.

-Ah... ¿Y dónde está? –pregunté con curiosidad.

-Un tío rarito. Ha entrado por la puerta, ha mirado unos segundos y se ha ido. Con menudos aires de superioridad iba el tío. –comentó Jaime celoso,

mirando a Silvia. Sí, definitivamente entre esos dos había algo.

El pub estaba repleto de adolescentes y veinteañeros. Los treintañeros nos habíamos quedado un poco desfasados pero tras cada fin de semana, ya estábamos acostumbrados a la situación. Era verano, por lo que el pueblo estaba animado. Nada que ver con el frío invierno, donde a penas éramos tres o cuatro grupos de amigos. De repente, tras un trago a mi cubata, me empecé a encontrar mal. Sólo tenía ganas de vomitar.

-¿Qué te pasa? –preguntó Pablo. –Te has puesto blanca...

-No me encuentro muy bien. Será el cubata. –respondí quitándole importancia. Pero pensé en la última vez que me había venido la regla y supe en ese preciso instante, que estaba embarazada. –Voy un momento al baño.

Cuando salí, todos los presentes en el pub miraban hacía la calle. Las chicas, amontonadas entre ellas, corrían hacia el exterior como si hubieran visto a Justin Bieber.

-¿Pero que pasa hoy? ¿Estamos locos? –dije intentando hacerme un hueco al lado de Pablo.

-Madre mía, madre mía... pero que cañón está... –para que Felisa dijera eso de un hombre, realmente tenía que estar cañón.

-Ha vuelto a entrar, ha mirado y se ha ido... sí es un poco rarito, sí. –dijo Pablo dándole la razón a lo que había dicho anteriormente Jaime.

-A lo mejor está buscando a alguien. Pablo, ¿nos vamos?

-No te encuentras bien ¿verdad? ¿Qué pasa?

-Será mejor que hablemos en casa.



Lo primero que hice nada más entrar por la puerta de casa, fue ir

directa al cuarto de baño y coger una prueba de embarazo. Tenía unos cuantos guardados en un cajón para ese tipo de situaciones. Me encerré. Pablo estaba fuera dando toquecitos a la puerta a modo de... *“Estoy aquí. No quiero molestarte, pero acuérdate de mí”*. Siempre lo hacía. Cuando coloqué la tapa del predictor y lo puse horizontal encima de la pica del baño, abrí la puerta. En silencio, le enseñé la prueba de embarazo a Pablo que abrió mucho los ojos. Parecía ilusionado.

-¿Crees que...?

-Sí. Hay que esperar unos minutos pero... –miré hacia el predictor. –Como ves, ya están las dos barritas.

-¿Y eso que quiere decir?

-Que estoy embarazada. –respondí. Una mezcla de ilusión y temor se apoderó de mí. Sabía que la reacción de Pablo sería buena pero... ¿y si no? No temí más cuando vi su sonrisa.

-¡Eso es genial!

Me abrazó, me levantó del suelo y me besó intensamente. Apasionado como siempre, dulce como desde el principio...

-Esto es muy fuerte... vamos a ser papás. –comenté nerviosa tocándome la barriga.

-Va a ser lo mejor que nos pase, Marta.



Aunque no tenía muchas ganas, al día siguiente salimos de nuevo con nuestros amigos. Sábado por la noche, el pueblo lleno de gente, una noche agradable y la mejor de las noticias. Pablo estaba como loco por contárselo a todo el mundo aunque no supiéramos aún de cuantas semanas estaba. A parte de encontrarme un poco mal, hacía horas que había dejado de fumar... y por el momento, no le estaba sentando muy bien a mi humor.

-¡Marta! Pero que fuerte, que fuerte, que fuerte... si hace cuatro años me dicen esto no me lo creo. –dijo Felisa feliz.

-¿Cuántas cosas hemos pasado juntas verdad, amiga? –estaba emocionada. Porque al mirarla, sólo podía pensar en la primera vez que la vi. Su preocupación por mí en la pequeña tienda de electrodomésticos de Manoli, su insistencia por ir al médico, todos sus favores desinteresados, su verdadera y eterna amistad. Por supuesto ella tendría más recuerdos con la anterior Marta... ¡toda una vida! Y no podía evitar sentir cierta envidia.

-Ni que lo digas... ¡Felicidades! –me abrazó como sólo te abraza una amiga que te quiere de verdad y te desea lo mejor.

-¡Os habéis adelantado! –dijo Clara.

-¿Cómo? –preguntó Pablo perplejo.

-¡Estoy embarazada de un mes! –exclamó Clara.

-¡Pero bueno! ¿Qué pasa aquí? Felisa, ya vamos tarde. –rió Silvia.

-No nos lo esperábamos... ya sabéis, primero queríamos boda y luego niños pero ha sido al revés, así que bienvenido sea. –explicó feliz Hugo.

-Nos vamos a poner tan gordas... –lamentó Clara sonriendo y cogiéndome la mano.

-Por cierto, han vuelto a ver al modelo. –dijo Felisa cambiando de tema.

-¿A quien le importa el modelo ahora? –dije riendo.

Recordaré siempre el momento en el que vi al modelo. A Mark Spencer. Aunque no pensábamos ir al pub, finalmente Pablo y yo nos animamos. Él estaba en el baño y yo con un zumito de piña bailando al son de Melendi con Clara, Felisa y Silvia. Entró por la puerta mirando a su alrededor hasta fijar su mirada en mí. Se me cayó la caña por la que bebía el zumo. Lo miré fijamente con la seguridad de saber que tras esos ojos azules se escondían unos muy diferentes que yo conocía tan bien. Su cabello rubio lucía algunas canas que no hacían más que destacar su atractivo. Su aspecto

desaliñado lo hacía irresistible y su sonrisa de dientes perfectos era muy provocadora. Felisa exclamó un “*Ay Dios mío, es él*”. Y yo también lo pensé, pero con otro significado. Seguía mirándome, sonriendo, feliz.

-¿Podemos hablar? –preguntó acercándose a mí. Tenía un marcado acento americano pero ni siquiera eso lograba confundirme. Todos en el pub nos miraban, incluido Pablo que se acercó a nosotros rápidamente.

-Hola, soy Pablo. Su novio. –saludó cogiéndome la mano.

-Lo sé. –sonrió Mark. -¿Puedo robártela cinco minutos?

-Claro... –musitó Pablo.

-Será un momento. –dije dándole un beso. –Estaremos en la plaza, ¿vale?

Ante la atenta mirada de todos los presentes y siendo la envidia de todas las mujeres del lugar, fui con el modelo hasta la plaza Gregorio. Nos sentamos en un banco frente a la fuente. Nos miramos durante unos segundos, imposible que desapareciera la sonrisa de nuestros rostros. Acaricié su mejilla y ladeé un poco la cabeza para observarlo mejor. Era él, Alejandro... tan guapo como siempre.

-Me has reconocido. –dijo cogiendo mi mano.

-Esa mirada... Nadie me mira como tú. ¿Cómo ha pasado?

-Supongo que me pasó lo mismo que a ti. Volví hace un año en el cuerpo de este modelo, de repente me vi en la calle 72 de Nueva York sin saber qué hacer o donde ir.

-¿Sabes que esa es la calle de John Lennon?

-¿Qué?

-Nada, nada... –reí. –Sigue.

-Por suerte llevaba encima documentación, así que fui a casa. Un pisazo de lujo en frente de Central Park, ¿te lo puedes creer? Y después todos esos trabajos tan sencillos...

-¿Y por que yo cuando era modelo no conocía al tal Mark?

-Creo que es popular desde hace un par de años. Con la madurez... tengo 35 tacos... –explicó riendo.

-Suele pasar... no en el caso de las mujeres, pero los hombres... ¡tenéis una carrera como modelos más larga! –envidié sin que esa vida ya me perteneciera.

-El caso es que tengo suficiente dinero como para vivir toda la vida sin preocupaciones. Así que decidí comprar una casita aquí y volver. Marta, podemos estar juntos. –dijo acariciando mi rostro. Me puse a llorar. -¿Qué pasa? Después de estos años ¿sigues enamorada del bombero? –asentí.

-Y estoy embarazada. –el nuevo Alejandro se quedó blanco como la pared de la oficina de turismo del pueblo que teníamos en frente de la fuente. –Si hace un año que volviste... ¿por qué no me llamaste?

-No todos somos como tú. Recordé mi vida como Alejandro hace un mes. Te veía en sueños sin saber quien eras y al final... la lucidez llegó. –calló durante unos segundos. Miró al cielo y a su alrededor sintiéndose observado. –Así que embarazada... –susurró dolido. -¿Eres feliz?

-Sí. Pero quiero que sepas que nunca te olvidé. He llorado mucho por ti, he pensado tantas veces en como podría ser mi vida si hubieras vivido... –le cogí la mano. Nuestros dedos se entrelazaron y ambos suspiramos al saber que sería una locura besarnos. Infidelidad por mi parte, un espectáculo por la suya. Medio pueblo seguía observándonos. –No sé que le voy a explicar a Pablo... – dije riendo.

-Quiero estar presente en tu vida. Como amigos. ¿Te parece bien?

-Claro.

-Seguiré enamorado de ti siempre.

-Yo también sentiré cosas muy bonitas por ti... –no podía prometerle amor. Sabía que estaba enamorada de Pablo, profunda y sinceramente. -¿Cómo te llamo? ¿Alejandro? ¿Mark?

-Para ti siempre seré Alejandro. Por cierto, vi a Marta.

-¿Sí? ¿Y como está?

-Aburrida. Dice que el cielo es aburridísimo y tiene ganas de volver. Creo que San Pedro no le concederá ese deseo...

-Entonces tú y yo hemos tenido suerte. Con tu nuevo cuerpo no te faltarán conquistas, Alejandro. –reí.

-Lo sé, lo sé... –dijo apartándose un mechón de la cara como hacía cuando era Alejandro. Los mismos gestos en un cuerpo distinto... Siempre tan perfecto. -Pero... en fin... Será difícil estar cerca de ti y no tenerte pero estoy feliz por ti, de verdad.

-Gracias. Me alegra tenerte por aquí. –dije abrazándolo.

-Y a mí estar aquí. Aunque detesto firmar autógrafos y hacerme fotos con todo el mundo... es un poco agobiante. Así que me voy a casa. –me dio un beso, me guiñó un ojo y con una seductora sonrisa se fue. Era el hombre más guapo que había visto nunca y lo mejor de todo es que se trataba de Alejandro... tan cerca... tan lejos.



Volví al pub con el corazón encogido en un puño. Afortunadamente Pablo no preguntó nada. No hubiera sabido que responderle. Bailamos, reímos, hablamos y aunque a Pablo se le había olvidado la extraña situación con el modelo, a Felisa no. Ni por asomo.

-¿Me vas a contar que es lo que ha pasado? ¿Por qué ese hombre ha querido hablar contigo? –preguntaba incansable.

-Déjalo Felisa... de verdad... –arrugó el ceño y dejó de preguntar pensativa, molesta y aturdida.

Volvimos a casa y con una sonrisa, me dormí. Sintiendo los latidos de otro ser en mi interior, sintiéndome afortunada por volver a tener a Alejandro en mi vida, saber al fin donde se encontraba. Tan cerca... a mi lado. Como amigo.

El lunes fuimos al médico. Primera ecografía. Pablo me cogía la mano

mientras emocionados, veíamos a nuestro chiquitín o chiquitina en la pantalla del monitor. Crear una vida dentro de mí era emocionante. Estaba de diez semanas.

-¿No habías notado nada hasta ahora? –preguntó la doctora Hernández.

-La verdad es que no... –respondí.

-Entonces tendrás un embarazo fácil. Sales de cuentas en febrero.–explicó con una sonrisa.

¿Embarazo fácil? Me pasé los siguientes meses vomitando, mareada y difícilmente teniéndome en pie. Engordando cada día como un cochinito, mi cara repleta de manchas y los pies hinchados.

Alejandro (Mark) y yo nos veíamos a escondidas respetando en todo momento mi relación con Pablo. Me sentía mal por ocultárselo al padre de mi hijo pero no lo hubiera entendido nunca. Elegíamos noches en las que Pablo trabajaba y subíamos hasta el castillo del pueblo. Nos recordaba a nuestra cita –mi primera cita- en el castillo de Marvão. Era difícil que en el pueblo no nos vieran, pero hacíamos lo posible para pasar desapercibidos. El revuelo por el modelo afortunadamente, había disminuido en los últimos meses. Incluso Felisa había dejado de mencionarlo en cada conversación.

-Estoy tan gorda... –dije riendo.

-Yo creo que estás preciosa.

-No me mientas Alejandro.

-¿Y ya sabes como le vas a llamar? –preguntó tocando mi prominente barriga.

-Adrián, como mi hermano. –era genial no tener secretos de mi anterior vida con alguien. A menudo Alejandro se interesaba por la vida de Laura Smith y no paraba de hacer preguntas. También él rió con el auténtico motivo de mi muerte. Aquella maldita tostadora...

-Muy bonito. Le tengo tanta envidia a Pablo...

-Esto tiene que traerte malos recuerdos. –dije pensando en el aborto de la anterior Marta sin que Alejandro quisiera.

-Un poco... pero ya no tengo rencor. Vivir con rencor no es vivir. –asentí.

-Te quiero. –confesé sinceramente.

-¿Puedo besarte? –siempre hacía la misma pregunta en cualquier momento de la conversación. Mi respuesta era siempre la misma. *“No, no está bien”*. Pero esa noche era distinta... quedaba poco tiempo para dar a luz a Adrián y algo en mí me decía *“Hazlo, no te quedes con las ganas... vive”*. Afortunadamente lo hice... cogí su cara, me acerqué a él mirándolo fijamente, y le besé. A mi mente vinieron infinidad de besos con Alejandro. No veía los ojos azules de Mark, si no los verdes de quien fue. Al separarnos, ambos sonreímos.

-Ojalá todo hubiera sido distinto... de verdad. Pero... Bueno, me tengo que ir.

-Vale... –suspiró. –Hasta la próxima.

Le guiñé un ojo y me alejé observándolo. Se quedó quieto, sentado bajo las estrellas con las manos en los bolsillos y viendo como me alejaba. Jamás olvidaría esa imagen... quedaría grabada en mi retina para siempre porque fue la última vez que lo vi.



Capítulo 14
FELIZ VIDA, ADRIÁN



La madrugada del 20 de enero, empecé a encontrarme mal. Aún faltaban tres semanas para salir de cuentas pero sabía que Adrián no quería esperar más para darse a conocer. Pablo condujo el coche hasta el hospital de Cáceres. Los dolores eran insistentes e intensos, pero no podía pensar en ellos al ver a una gran multitud de espíritus en el arcén de la carretera diciéndome adiós. ¿Qué significaba? A medida que íbamos avanzando habían más y más... y sus rostros no eran de alegría si no todo lo contrario... Estaban tristes, muy tristes.

A las siete de la mañana y tras cinco horas de duro y difícil trabajo

físico, nació Adrián. Pablo lloraba y reía a la vez y yo no había visto un ser tan hermoso como mi hijo -¡MI HIJO!- en mi/s vida/s. Estaba sano, fuerte y rollizo.

Tras cortar el cordón umbilical, pusieron a mi bebé encima del pecho. Pablo nos observaba emocionado, acariciándome el cabello mientras yo no podía dejar de mirar a mi pequeño... de repente, empecé a verlo todo nublado, oscuro... Pensé que tras el esfuerzo era normal pero miré a Pablo sabiendo que era el momento de irme.

-Pablo... me voy...

-¿Cómo que te vas? -Pablo salió corriendo hacia la puerta llamando a las enfermeras pero ya era demasiado tarde para mí. Acaricié a mi bebé que empezó a llorar desesperadamente... mi corazón se detuvo y de repente volví a ver mis largas piernas de modelo frente al cuerpo inerte de Marta al que ya consideraba tan mío. Era el momento de desprenderme de él... y volar.

Intenté calmar al bebé como espíritu pero no podía sentirme. Ni él ni nadie. Aunque intentaron reanimarme dándole el bebé a Pablo, no se pudo hacer nada por mí. Por Marta. No sentí dolor, sólo pena y tranquilidad en el momento de morir... pero ese sentimiento de paz se convirtió repentinamente en un cabreo monumental.

Acaricié el rostro de Pablo y acto seguido, sonrió a la vez que lloraba. Me sintió.

-Marta... te quiero. -dijo sabiendo que yo estaba ahí, con él.

Miré a mi bebé por última vez. Empezaba a abrir un poquito sus ojos... parecían azules como los de Pablo. Me despedí de los dos hombres de mi vida y fui hacia la luz. Con firmeza y determinación, pensando en las mil maneras en las que podría patearle el culo a San Pedro. En ella me esperaba Claudia, que con una triste sonrisa cogió mi mano para acompañarme en el viaje.

-Tengo una palabra para esta vida. –le dije a Claudia antes de cruzar. –
ELLOS.

Claudia asintió sonriendo.

Volví a caminar por el túnel oscuro viendo pasar miles de imágenes... imágenes preciosas de una vida que había merecido la pena vivir aunque sólo hubieran sido cuatro años y seis meses. El pueblo, su cielo, las estrellas, espíritus agradecidos... Claudia y su sonrisa eterna... Angustias y sus tupperes... Loli, los chismes de la peluquería, el sonido del secador de cabello, los amistosos rostros de Clara, Silvia, Jaime, Toni y Andrés... y de repente... ÉL, Alejandro... sus miradas, nuestro baile en Aveiro, nuestros besos, nuestra despedida... la última vez que lo vi sentado bajo las estrellas del castillo del pueblo con el cuerpo del modelo Mark Spencer y de nuevo su mirada, tan suyas, tan nuestras... Felisa, nuestros cafés, sus preguntas, nuestros bailes, risas... muchas risas... Y Pablo. Timidez, nuestro primer abrazo, sus ojos... azules como el cielo... el llanto de nuestro bebé, piel con piel junto a mí... era reconfortante... En esa ocasión, el túnel no se me hizo tan largo como la primera vez. En seguida di con la puerta que me llevaba a la sala blanca donde al abrirla, vi de frente a San Pedro. Sonreía encogiéndose de hombros como pidiendo disculpas. Claudia lo saludó y mirándome, desapareció. Mi ángel había cumplido su misión.

-No sabes cuanto lo siento...

-¿Cómo? ¿Cuánto lo siento? ¿Pero de que va esto? ¡Quería ver crecer a mi hijo! Maldita sea, tenía tantos planes... estaba feliz, ¡era feliz! ¿Ahora qué?

-De echo tengo una sorpresita para ti... Y lo de patearme el trasero, no es buena idea niña.

-¡Vete al infierno!

-¡Por favor Laura! No digas esa palabra en el reino celestial. –dijo San Pedro sentándose en su silla de terciopelo azul cómodamente.

-¿Y ahora que papeles tienes que revisar?

-Debes volver.

-¿Cómo? ¿Volver?

-Y tengo el cuerpo perfecto. –inmediatamente pensé en alguna modelo cañón y no pude evitar sonreír. Aunque me hubiera acostumbrado a Marta, volver a ser una mujer de piernas largas, rostro perfecto y un cabello envidiable no me molestaba en absoluto. –Mira hacia la puerta.

Pero lo que vi no me gustó. No me gustó nada. De echo incluso grité. Miré de arriba abajo a la señora de unos cincuenta y muchos, de pies enormes, que miraba desconcertada a su alrededor sin pronunciar palabra. Ese camisón repleto de florecitas en un cuerpo descomunal, unos brazos que triplicaban la media normal y ese rostro gordinflón bronceado pertenecía a la responsable de la muerte de mi cuerpo de top model. La mujer de la maldita tostadora.

-¡Bienvenida Feliciania!

-¿Feliciania? ¿Estamos de broma? –dije con una risita nerviosa.

-¿He muerto? –preguntó la mujer. Su voz era chillona y desagradable.

-¡Bruja! ¡Eres una bruja! –le grité.

-Shhhh... Laura, por favor... –intentó calmar San Pedro.

-¿De que va esta delgaducha? –preguntó la mexicana Feliciania impasible.

-Feliciania, bienvenida al cielo.

-Gracias, señor.

Feliciania se fue contorneando su enorme trasero hacia el lugar que aún y por razones inexplicables, no me pertenecía.

-San Pedro estás majara. ¡Esa mujer me mató! ¿Y entra ahí? Por otro lado me han dicho que es de lo más aburrido pero me niego a volver con el cuerpo de esa mujer. En serio... no, no y no.

-Hasta la próxima Laura... Feliz vida.



Capítulo 15
Pocos ven lo que somos,
pero todos ven lo que aparentamos
“Nicolás Maquiavelo”



Siete, siete fueron las personas que me ayudaron a levantarme del suelo. Irónico que fuera el mismo sitio donde vi mi cuerpo de top model muerto por la caída de la maldita tostadora. Y ahora estaba dentro del cuerpo de Feliciano, la del pecado capital –la gula-, la responsable de la primera muerte de la que fui consciente. Miré a mi alrededor perdida, desorientada a pesar de conocer bien esa calle neoyorquina en la que viví tanto tiempo como Laura. El viejo Anthony miraba la situación prudente desde un rincón, mientras John Lennon que había abandonado su calle 72 por un momento, se reía de mí y mi fracaso desde la otra acera.

-Mierda. –logré decir.

-Señora, ¿qué hace saliendo a la calle así en camión? –preguntó una de las siete personas que me estaban ayudando a incorporarme.

-Y yo que sé... Gracias.

Miré hacia arriba. No hacía frío ni calor, por lo que supuse que la primavera había llegado al mundo terrenal. Observar los altos edificios de Nueva York provocaron en mí un insólito rechazo, echando de menos mi casita del Pino. Aquel cielo rosa que me recibió la primera vez que subí a la terraza, sus casitas blancas... A penas podía caminar. Me sentía pesada, muy pesada... observé mis brazos gordos y flácidos. Toqué mis gruesas mejillas y mi amplio cuello, la envidia de cualquier culturista.

-Vaya, vaya... Quien te ha visto y quien te ve. –dijo mi no-amigo John Lennon acercándose a mí. Aún tenía la capacidad de ver espíritus aunque en ese momento hubiera preferido no tener el don.

-¿Qué pasa? ¿Te hace gracia?

-Un poco... es surrealista ¿no?

-Surrealista es estar en medio de la nada como lo estás tú. Ni en este mundo ni en el otro. No sabes lo mucho que me he compadecido de ti.

-¿Por qué? –preguntó John desconcertado.

-Por no poder sentir el calor de un abrazo. –Lennon empezó a reír.

-¿Y crees que tú recibirás muchos abrazos ahora?

Lennon se fue riendo. Y yo me quedé triste, muy triste... porque sabía que tenía razón. Miré hacia el edificio de grandes y ostentosos ventanales en el que un día como top model viví. Observé el nombre de los diversos buzones en el vestíbulo para averiguar el piso de Felicianana... mi nuevo piso... aunque Juan el portero, salió rápidamente a recibirme.

-Señora Felicianana, ¿qué le ha ocurrido? –la última vez que vi al portero fue en aquella mañana soleada de junio cuando morí. Hace años.

-No lo sé hijo... –respondí dramáticamente. –Me he dado un golpe en la cabeza que... ¿Podría darme una copia de las llaves de mi piso?

-Por supuesto. –me fijé en el diminuto armario que abría Juan para coger mis nuevas llaves. Gracias a eso, supe donde vivía la vieja bruja... Yo...

-Gracias Juan.

Subí al piso pensando que Felicianana sería la sirvienta de cualquier familia rica que viviera ahí. Como Laura nunca supe mucho de la mayoría de mis vecinos. ¡Pero que equivocada estaba! Nada más entrar por la puerta vi en el gran recibidor una pintura abstracta con el feo rostro de Felicianana. El piso era amplio, mucho más que el que tuve como Laura... Resaltaba el color rojo chillón en las paredes y a penas había un hueco sin una alfombra, un cómodo y caro sillón o alguna estatua cutre pero costosa. La gran cama de la habitación tenía oro macizo alrededor del respaldo y en frente, una

fotografía de un hombre barbudo y grueso agujereado por un montón de dardos. Recordé lo que me dijo el viejo Anthony... su marido la había abandonado para irse con su prima, de ahí su rabia y su impulso al tirar la tostadora por la ventana... aunque empezaba a dudar que no fuera por el color rojo de las paredes. Ponían nervioso a cualquiera. Supe que la mexicana estaba forrada... ¡Yo estaba forrada! Bajo el colchón habían miles de dólares y una cuenta bancaria repleta de ceros. Algo bueno tenía que tener... porque en seguida supe qué hacer con ese dinero. Dicen que uno siempre vuelve a los sitios en los que fue feliz... y a pesar de mi nueva situación, aún creía que en el desagradable cuerpo de Feliciano, también podía ser feliz.



20 de julio. Una fecha muy significativa para mí y quien fui. La fecha en la que elegí volver tras cientos de trámites burocráticos y la venta del rimbombante piso neoyorquino. Tras un largo vuelo en primera clase y ocupando tres asientos del avión, llegué a Madrid. Pensé en mis padres, en mis hermanos... en mi sobrina Laura. Si como Marta les costó creer que era amiga de la top model, como Feliciano morirían de risa. Así que rechacé la idea de ir a verlos y contraté a un chófer para que me llevara a mi destino final, el único sitio donde quería pasar el resto de los días que me quedaran como Feliciano. A cuatro horas de la capital... mi retiro, mi pueblecito... directa al Pino.

No acababa de acostumbrarme a mi nuevo cuerpo y dudaba mucho que algún día lograra adaptarme. Me costaba moverme, me horrorizaba mirarme en el espejo... Cambié el vestuario floreado por ropa ancha hecha a medida de colores discretos y los rizos oscuros por un alisado japonés y un tinte más claro. No había nada que hacer... Feliciano era horrorosa en todos los sentidos y estaba a punto de cumplir los 60.

A las ocho de la tarde empecé a ver en la carretera los inconfundibles olivos extremeños. Pasamos por Valencia de Alcántara y el chófer se detuvo en el semáforo desde donde podía verse el Paseo. Pude ver a mis amigos... sonrientes, hablando animados. Jaime y Silvia estaban abrazados, después de tanto tiempo, ya no ocultaban su relación. Clara y Hugo movían el carrito de un bebé felices. Y Felisa... parecía estar muy acaramelada con un hombre gordo, calvo, con gafas de pasta y... ¡una camiseta

de Star Wars! ¡Felipe! Su Felipe... Felisa me miró. Ajustó sus gafas para tratar de observarme mejor y me sonrió. Le devolví la sonrisa sabiendo que seguramente nos veríamos... algún día... pero nuestro tiempo de amistad se había quedado en algún rincón del tiempo. Y en nuestro recuerdo. La echaría de menos.



Al cabo de diez minutos, llegué a mi destino final. El cielo volvía a recibirme como la última vez... rosáceo, despejado... Le di las gracias al chófer no sin antes pagarle con un montón de dinero que ya lo hubiera querido la buena de Marta. Miré mi anterior casa. El coche de Pablo estaba aparcado en frente por lo que supuse que se encontraba en casa. Y seguía conservando mi destartalado Vitara... ¡Tenía tantas ganas de ver a Pablo! De ver a mi bebé... Aparté las imágenes que vinieron a mi mente sobre el día en el que morí con Adrián en mi pecho y fijé la vista en mi nueva casa. La que un día fue la de mi ángel octogenario, Angustias. Ahora era mi casa. Los octogenarios reunidos en la plaza, habían callado para ver qué hacía la gruesa mexicana recién llegada. Una desconocida para ellos. Los saludé a todos sonriendo y entré en casa. Estaba tal y como la dejó Angustias. Aún pude recordar su cuerpo inerte en el sillón ahora vacío, frente al televisor. Se notaba que alguien había ido a poner orden y limpiarla. Sonreí. Y lo primero que hice fue encenderme un cigarrillo...

Al cabo de media hora Rita me vino a ver junto a varias vecinas. Agradecí el gesto de que vinieran a darme la bienvenida y prometí reunirme con ellas la tarde siguiente. A las nueve y media vi luz en mi anterior casa... la que ahora era de Pablo y mi bebé. Arrastrando mi pesado cuerpo, me dirigí hacia ella y toqué al timbre. Abrió Pablo. Lo miré embobada, como sólo se mira a alguien a quien quieres. Se notaba que lo había pasado mal, su barba dejada de varios días y la expresión triste de sus ojos azules lo demostraban.

-Dígame señora. –saludó educadamente.

-Perdona... Acabo de llegar al pueblo, me llamo... –Marta, soy Marta... tu Marta... –Feliciana.

-Yo Pablo. Y ese de ahí es Adrián. –dijo apartándose y mostrándome a mi

bebé de seis meses sentado felizmente en su trona... Era precioso. Su cabello era rubio, brillante y sus ojos azules como los de Pablo. Era idéntico a él. Adrián me sonrió e hizo unos ruiditos encantadores.

-Es precioso. –me puse mis gruesas manos de dedos hinchados a la boca y empecé a llorar. Pablo puso cara de circunstancias sin saber que hacer.

-Señora ¿está bien? –asentí sin poder evitar seguir llorando.

-Lo siento, me tengo que ir...

Cuando llegué a casa, me senté en el sillón sin saber como demonios me levantaría de ahí. Lloré hasta que no me quedaron más lágrimas. Y volví a maldecir a San Pedro por no darme más tiempo como Marta. No quería a Feliciano, no la quería en absoluto... ver a las personas que me importaban desde la lejanía no era algo que me motivara en mi actual vida.



Con los días me fui adaptando a mis nuevos amigos octogenarios y ellos a mí. Nos pasábamos las tardes en la plaza hablando. Yo más que hablar escuchaba lo que decían. No había nada que me interesara salvo ver a Pablo y a Adrián. Cada vez que los miraba se me encogía el corazón... Pablo saludaba sonriente y le enseñaba a decir hola con la manita a Adrián. Era un bebé feliz y tenía el mejor padre del mundo, pensaba. Yo como madre seguramente hubiera sido desastrosa... pero ya era tarde para pensar en esas cosas. Y triste, muy triste.

Una noche, mientras preparaba mi cena tocaron a la puerta. Al abrir me sorprendió ver a Pablo con Adrián en brazos. Ambos me miraban sonriendo.

-Buenas noches Feliciano. El otro día me supo muy mal verla llorar. Sólo queríamos saber si estaba bien. –tan bueno y atento como siempre...

-Muchas gracias Pablo. Estoy bien, sólo que me emocioné al ver a esta ricura de niño. –contesté con mi marcado acento mexicano.

-¿Quiere cogerlo? –asentí tratando de no volver a montar un espectáculo lacrimógeno.

Cogí a mi pequeño Adrián. Mi bebé me cogía los mofletes y se reía de mí. Era tan bonito... Recordé mi barriga de embarazada, las ecografías que con tanta emoción mirábamos durante horas, sus latidos y pataditas en mi interior... Fue el mejor regalo que me dio la vida como Marta y ahora lo tenía en brazos... después de tanto tiempo, después de toda una vida.

-Es un bebé precioso... –susurré.

-Creo que le cae bien. –dijo Pablo. ¿Adrián sentiría que bajo ese desastroso cuerpo estaba su mamá? –Puede venir a verlo siempre que quiera. –continuó diciendo amablemente.

-Muchas gracias.



Pablo cumplió su promesa. Pude ver crecer a mi hijo desde la cercanía de una vecina mayor siempre cariñosa con él, colmándole de regalos que me podía permitir. Y aunque el amor se me negara en mi nueva vida y situación, me bastaba con ver de lejos a Pablo sonriéndome y hablándome siempre desde el respeto y la amabilidad. Al menos podía tenerlo en sueños... en ellos volvía a ser Marta y podía acurrucarme entre sus brazos y besarle hasta la saciedad. A veces también se me antojaba soñar con Alejandro, contemplando el cielo estrellado abrazada a él como hacíamos cuando estábamos vivos. Pasaría el tiempo, pasarían los años... y también como Feliciano tendría que volver a cruzar el túnel. No tenía prisa, quería ver como avanzaba en la vida el pequeño y guapísimo Adrián. Como envejecía Pablo y lo doloroso que sería volver a verlo enamorado.

Pero estamos vivos para sentir aunque no siempre estemos preparados para el dolor. Eso también forma parte de la vida, del momento y de nuestro aprendizaje terrenal. Venimos a aprender... se nos concede el don de vivir... entonces, ¿por qué perder el tiempo? ¡VIVAMOS! Y seamos felices.

Mientras tengamos tiempo, recopilemos bonitos recuerdos a nuestra colección. Al fin y al cabo, todo sucede por alguna razón... todo acaba encajando como piezas perfectas de un mismo puzle que se habían buscado

desde siempre.

Y me aliviaba saber que algún día, volvería a encontrarme en un plano dimensional en el que todavía no me habían dejado entrar, con todas y cada una de las personas a las que amé en mis vidas.

FIN

